

**RAY BRADBURY
ARTHUR C. CLARKE
ISAAC ASIMOV**
Pioneros del futuro



CLARKE · BRADBURY · ASIMOV

12
38

Peter Haining presenta en este volumen ocho relatos de autores tan dispares —y tan acreditados— como Ray Bradbury, Robert Heinlein, Isaac Asimov, Theodore Sturgeon y Arthur C. Clarke, que constituyen otras tantas meditaciones sobre el tiempo no terrestre, el tiempo inconmensurable y sobre las valoraciones subjetivas de las coordenadas espacio-temporales. El tema, habitual en la narrativa de ciencia-ficción, aparece aquí planteado desde diversas técnicas y con unas perspectivas muy distintas entre sí. Este volumen cobra así un valor paradigmático de las diversas tendencias, representadas por los nombres más famosos dentro del género, que se esfuerzan hoy en una renovación radical de los supuestos en los que se apoya la narrativa de ficción científica.



AA. VV.

Pioneros del futuro

Antologías de ciencia ficción Caralt - 12

ePub r1.1

Hechadelluvia & DrDoa & dekisi 22.12.14

Título original: *The Future Makers*

AA. VV., 1977

Traducción: Antonio-Prometeo Moya

Editor digital: Hechadelluvia & DrDoa & dekisi

ePub base r1.2



A mi padre, que me enseñó el valor de la herencia.

ÍNDICE

Introducción, *Peter Haining*

El demostrador de la cuarta dimensión, *Murray Leinster*

Colón fue un cretino, *Robert Heinlein*

La hora de la batalla, *Robert Sheckley*

El arma demasiado espantosa para ser usada, *Isaac Asimov*

Sin reacción, *Theodore Sturgeon*

El flautista, *Ray Bradbury*

Ecuador, *Brian Aldiss*

Náufrago, *Arthur C. Clarke* 114

INTRODUCCIÓN

Los ocho contributarios a la elaboración de este volumen son, probablemente, los autores más distinguidos con los que hoy en día cuenta la ciencia ficción: sus nombres son familiares a todos los adeptos y su reputación como narradores ha roto las fronteras propias del género. De hecho, se trata de profesionales; imaginativos, esmerados y devotos escritores que han manejado magistralmente sus dotes y habilidad para comunicar una nueva idea, tema o concepto.

Hoy, la brillantez de estos ocho hombres —pues tal brillantez es indudable— casi la damos por sentada. Aguardamos celosamente sus nuevas producciones, confiando en que serán, al menos, tan buenas, si no mejores, que sus trabajos anteriores. No pueden producir, al ritmo que el aficionado vulgar exige, pues ni siquiera lo intentan, cosa, por otra parte, muy sabia. Antes bien, como verdaderos artesanos, atravesaron un período de aprendizaje cuando sus nombres significaban muy poco para los lectores, abriéndose camino industriosamente por entre las páginas de publicaciones de poca monta y enfrentándose a desalentadoras remuneraciones, pero siempre desarrollando y perfeccionando estilos que con el tiempo han sido mundialmente aclamados.

Esta antología echa una mirada retrospectiva sobre los inicios de estos ocho hombres; una selección llevada a cabo en los archivos de la ciencia ficción dio como resultado un grupo de relatos que nos ilustran sobre la técnica adoptada por cada uno de estos ocho autores. Los cuentos elegidos son un ejemplo típico de su producción durante su época de aprendizaje; uno o dos pertenecen incluso a los primeros esfuerzos de sus autores. Todos se encuentran agotados y son probablemente desconocidos para los lectores de

hoy. Muestran el desarrollo de un estilo y una imaginación que comienza a caminar sobre un nuevo terreno... aunque no los juzguemos por los más modernos y templados trabajos de sus autores, sino más bien por su propia valía y su sentido dentro de un «período» de la ciencia ficción. No obstante, creo que coincidirán conmigo en que el modelo seguido por todos ellos es bastante sorprendente.

Vayamos ahora al encuentro de *Los fabricantes de futuro*, pues conjuntar estas historias presenta un insólito punto de vista de los hombres que han perfilado la moderna ciencia ficción.

PETER HAINING, 1968

MURRAY LEINSTER

Murray Leinster es incuestionablemente el «decano de los escritores de ciencia ficción». En el curso de una vida que sobrepasa los setenta años, se ha ganado duradera reputación escribiendo relatos de gran imaginación y, a menudo, siniestramente proféticos. Su primera publicación en el género, *The Runaway Skycraper*, apareció en 1919 y en el intermedio no sólo ganó el Premio Hugo sino que fue citado muchas veces como uno de los puntales de las publicaciones afines, al tiempo que fue desarrollando un interés privado por la ciencia hasta el punto de que uno de sus inventos —un método para hacer cine sin plato, en el que los actores interpretan sobre fondos proyectados— es continuamente utilizado por la TV norteamericana y las productoras de cine. Pero por encima de todo esto, son las historias como la que aquí presentamos —y que Sam Moskowitz llama «uno de los relatos más divertidos de la ciencia ficción»— las que le han asegurado un puesto permanente en el gran recinto de este género literario.

EL DEMOSTRADOR DE LA CUARTA DIMENSIÓN

The Fourth Dimensional Demonstrator

Pete Davidson estaba prometido a la señorita Daisy Manners, del cabaret Green Paradise. Acababa de heredar todas las propiedades de un tío suyo que había sido una autoridad en la cuarta dimensión

y era guardián de un canguro llamado Arthur que raramente se mostraba amable. Sin embargo, no era feliz y ello se demostró aquella mañana.

En el laboratorio de su tío, Pete garabateaba sobre el papel. Hizo sumas y se llevó las manos a la cabeza con desesperación. Luego hizo restas, divisiones y multiplicaciones. Pero los resultados, invariablemente, eran problemas tan imposibles de solucionar como las ecuaciones tetradimensionales de su difunto pariente. De vez en cuando, un rostro caballuno y esperanzado le lanzaba miradas escudriñadoras. Se trataba de Thomas, el criado de su tío, que Pete temía haber heredado también.

—Perdón, señor —dijo Thomas tanteando.

Pete se echó atrás en la silla, molesto.

—¿Qué pasa, Thomas? ¿Qué es lo que Arthur hace ahora?

—Está curioseando entre las dalias, señor. Quería preguntarle sobre la comida, señor. ¿Qué debo preparar?

—¡Cualquier cosa! —dijo Pete—. ¡Lo que sea! No. Espera. Pensándole bien, después de darle a los papeles de tío Robert me he quedado con el cráneo seco. Prepárame algo que sea rico en fósforo y vitaminas; las necesito.

—Sí, señor —dijo Thomas—. Pero el colmado, señor...

—¿Otra vez? —preguntó Pete desesperanzado.

—Sí, señor —dijo Thomas, entrando en el laboratorio—. Espero, señor, que sus asuntos vayan mejor.

Pete sacudió la cabeza, observando sus cálculos con desaliento.

—Pues no. Pagar la cuenta del colmado es aún una remota y brumosa posibilidad. Es horrible, Thomas. Recuerdo lo poco que le importaban a mi tío los pagos, mientras yo creía que la cuarta dimensión era un problema matemático y no libertino. Aunque tío Robert podía haberse organizado sus orgías con los cuantos y los continuos espaciotemporales. No hay derecho a recibir una herencia que no produce el menor beneficio.

Thomas hizo un sugestivo ruido de aprobación.

—Si sólo se tratara de mí... —continuó Pete con aire lóbrego—. Hasta Arthur, en su sencillo corazón de canguro, mantiene la esperanza. ¡Pero Daisy! ¡Aquí está la cuestión, muchacho! ¡Daisy!

—¿Daisy, señor?

—Mi novia —dijo Pete—. Trabaja en el cabaret Green Paradise.

Técnicamente, es la propietaria de Arthur. Porque le dije, Thomas, que yo había heredado una fortuna.

Y se va a llevar un chasco.

—Eso es muy malo, señor.

—Esa respuesta me parece más humorística que acertada, Thomas. Daisy no es una persona que se desilusione así como así. Cuando le explique que la fortuna de mi tío se encuentra en la cuarta dimensión, Daisy se hará la despistada y no me prestará oídos. ¿Has intentado ligarte alguna vez a una chica que se hace la despistada?

—No, señor —dijo Thomas—. Pero en lo que respecta a la comida, señor...

—Tendremos que pagar, ¡condenación! —dijo Pete en tono pesimista—. No tengo más que cuarenta centavos, Thomas, y no podemos permitir que al menos Arthur se muera de hambre. A Daisy no le gustaría. ¡Veamos!

Se apartó del escritorio y echó un vistazo al laboratorio con aire de ave de rapiña. No era exactamente un lugar cálido y acogedor. Había por allí una especie de almacén de varillas de hierro, de unos cuatro pies de altura. Thomas había dicho que se trataba de un teselacto, una especie de cubo que existía en cuatro dimensiones en vez de en tres.

A Pete le parecía más bien un instrumento medieval de tortura: algo que podía ser usado como argumento teológico contra la obstinación hereje. Pete no podía imaginar que alguien que no fuera su tío necesitara trasto semejante. Había también otras piezas de aparatos de todos los tamaños, aunque en su mayor parte desmontados. Semejaba el producto de alguien que ha invertido grandes cantidades de dinero y paciencia, esforzándose por lograr algo que podía resultar insatisfactorio una vez alcanzado.

—Aquí no hay nada que podamos dejar en prenda —dijo Pete deprimido—. Ni siquiera algo que pudiéramos utilizar como organillo, sustituyendo a Arthur por el mono tradicional.

—Está el demostrador, señor —dijo Thomas esperanzado—. Su tío de usted lo terminó, señor, y funcionaba, y a él le dio resultado, señor.

—¡Mira qué bien! —exclamó Pete—. ¿Qué es el demostrador ese? ¿Qué se puede esperar que haga?

—Caramba, señor, es el demostrador de la cuarta dimensión —dijo Thomas—. La gran obra de su tío, señor.

—Echémosle una ojeada entonces —dijo Pete—. Quizá nos den algo de comer si nos ponemos a demostrar la cuarta dimensión en los escaparates de las tiendas, anunciando cualquier baratija. Aunque no creo que a Daisy le entusiasme tal ocupación.

Thomas se acercó solemnemente hacia una cortina situada justo detrás del escritorio. Pete había pensado que ocultaba una alacena. Deslizó la cortina y ante sus ojos apareció un inmenso cachivache que parecía gozar de la solitaria virtud de lo terminado. Pete podía ver una monstruosa herradura de latón de siete pies de altura. Bajo ella, había una placa circular de vidrio de una pulgada de grosor, al parecer diseñada para rotar sobre sí. Debajo podía apreciarse una base sólida hasta la que corrían algunos tubos de cobre procedentes del congelador de una nevera.

Thomas giró un dial y el conjunto comenzó a zumbar. Pete observó.

—Su tío de usted solía hablar para sí mismo, aunque en voz alta, de este invento, señor —dijo Thomas—. Me atrevo a conjeturar que tiene que ser algún triunfo científico, señor. Para que se entere, señor, la cuarta dimensión es el tiempo.

—Me alegro de oír una explicación tan sencilla —dijo Pete.

—Sí, señor. Según entiendo, señor, si uno va en coche y ve que una linda chica está a punto de pisar una piel de plátano, señor, y uno deseara avisarle, por decirlo así, para evitarlo, tardaría en hacerlo digamos dos minutos, hasta pasada media milla más allá...

—Cuando la chica hubiera pisado ya la piel de plátano y la naturaleza hubiera seguido su curso natural.

—Pues no ocurriría así con este demostrador, señor. Para avisar a la damisela uno tendría que volver atrás la media milla y también el tiempo, señor, o de lo contrario sería demasiado tarde. Esto es, uno tendría que regresar no sólo la media milla sino también los dos minutos. De este modo, señor, construyó el demostrador su tío de usted.

—Y de este modo pudo hacer frente a una situación semejante cuando surgió la oportunidad —acabó Pete—. ¡Entiendo! Pero me temo que esto no soluciona nuestros problemas financieros.

La unidad refrigeradora cesó de ronronear. Solemnemente,

Thomas encendió una cerilla de seguridad.

—Si puedo completar la demostración, señor —dijo ufano—. Apago la cerilla y ahora la coloco sobre la lámina de cristal entre los extremos de la herradura. La temperatura es ideal, de modo que no fallará.

De la base de la máquina surgieron cloqueantes sonidos de autosatisfacción. Se mantuvieron algunos segundos. Repentinamente, la amplia lámina de cristal giró aproximadamente el octavo de una revolución. Se escuchó un ruidoso zumbido. Se detuvo. De súbito había sobre la vítrea lámina una segunda cerilla de seguridad consumida. La máquina se puso a cloquear triunfalmente.

—¿Lo ve, señor? —dijo Thomas—. Ha producido otra fe cerilla quemada. Arrastrada desde el pasado, señor. Hasta que la lámina se movió hace escasos segundos, había una sola cerilla en ese lugar. Igual que con la chica y la piel de plátano, señor. La máquina fue hasta el lugar en que la cerilla se encontraba, y a continuación la trajo consigo hasta aquí y ahora.

La lámina giró otro octavo de revolución. La máquina cloqueó y zumbó. El zumbido se detuvo. Una tercera cerilla quemada pudo verse sobre la lámina de cristal. El ruido cloqueante comenzó una vez más.

—Puede mantenerse así indefinidamente, señor —dijo Thomas.

—Comienzo a ver —dijo Pete— la verdadera grandeza de la ciencia moderna. Con sólo dos toneladas de latón y acero, un coste de apenas doscientos mil dólares y el esfuerzo de toda una vida, mi tío Robert me ha dejado una máquina capaz de suministrarme cerillas quemadas durante incontables años. Thomas, ¡esta máquina es un triunfo científico!

Thomas sonrió alegremente.

—¡Espléndido, señor! Me alegro de que reciba su aprobación. Ahora, ¿qué he de hacer para comer, señor?

La máquina, tras cloquear y zumbar apropiadamente, produjo una cuarta cerilla quemada y, a continuación, volvió a cloquear en un tono aún más triunfal. Y de nuevo se preparó para lograr el, hasta aquí, inalcanzable pasado.

Pete miró con aire de reproche al sirviente al que, al parecer, también había heredado. Metió la mano en el bolsillo y sacó sus

cuarenta centavos. La máquina zumbó. Pete inclinó la cabeza y se quedó mirando.

—Ya que hablamos de ciencia —dijo tras unos instantes—, tengo una idea muy comercial. Pero me ruboriza haberla concebido. —Se quedó observando el monstruoso y cloqueante demostrador de la cuarta dimensión—. Déjeme diez minutos solo, Thomas, voy a estar atareado.

Thomas desapareció. Pete se acercó al demostrador. Arriesgó una moneda, colocándola sobre la lámina de cristal. La máquina prosiguió su tarea. Cloqueó, zumbó, dejó de zumbar... y hete aquí que parió una segunda moneda de cinco centavos. Pete añadió una moneda de diez centavos a la segunda de cinco. Después de otro ciclo, se llevó con desesperación las manos a la cabeza y añadió lo que le quedaba de su capital: una moneda de veinticinco centavos. Luego, tras contemplar incrédulamente lo que estaba ocurriendo, comenzó a saber lo que era la plusvalía sin el factor trabajo.

Thomas golpeó en la puerta diez minutos más tarde.

—Le pido perdón, señor —dijo—. Acerca de la comida...

Pete se apartó del demostrador. Tragó saliva.

—Thomas —dijo con calma—, le dejaré a usted escoger el menú. Llene un cesto con esa calderilla y vaya a comprar. Y... Thomas, ¿no tendría usted una moneda mayor de veinticinco centavos? Una de cincuenta estaría bien. Me gustaría tener algo realmente impresionante para mostrárselo a Daisy cuando venga.

La señorita Daisy Manners, del cabaret Green Paradise, era la persona ideal para aceptar sin preguntas el demostrador de la cuarta dimensión y para hacer pleno uso de las modernas investigaciones científicas. Saludó a Pete con un gesto abstracto y le preguntó interesadamente a cuánto ascendía lo que había heredado. Pete la condujo al laboratorio y descubrió el demostrador.

—Éstas son mis alhajas —dijo Pete con ánimo de impresionar—. Querida, te va a emocionar, pero... ¿no tendrías una moneda de veinticinco centavos?

—¡Qué caradura, pedirme dinero! —dijo Daisy—. Y como me hayas mentido con lo del dinero de la herencia...

Pete sonrió protectoramente. Sacó una moneda de su propio bolsillo.

—¡Observa, querida! ¡Voy a hacer esto para ti!

Se volvió hacia el demostrador y comenzó a dar explicaciones complacientemente mientras el inicial cloqueo surgía de la base. La lámina de cristal se movió, apareció una segunda moneda y Pete las volvió a colocar para que se multiplicaran mientras continuaba sus explicaciones. En un minuto se congregaron cuatro monedas. Nuevamente las dispuso para que se multiplicaran. Así, comenzaron a aparecer, ocho, luego dieciséis, treinta y dos, sesenta y cuatro, ciento veintiocho... En ese momento, el montón se desparramó y Pete cerró el mando de conexión.

—¿Lo ves, querida mía? ¡Para ti desde la cuarta dimensión! Mi tío lo inventó, yo lo heredé y... ¿quieres cambio?

Daisy parecía haberse recuperado de su asombro. Pete le alargó unos cuantos billetes de banco.

—De ahora en adelante, querida —dijo él—, siempre que quieras dinero no tienes más que venir aquí, darle a la máquina y... recogerlo. ¿No es maravilloso?

—Ahora mismo necesito más dinero —dijo Daisy—. Tengo que comprar el ajuar.

—¡Esperaba que te lo tomaras así! —exclamó Pete con entusiasmo—. ¡Allá va! A amontonar dinero.

El demostrador comenzó a cloquear y hacer ruido con los billetes sobre la lámina en vez de las monedas. Antes, evidentemente, había suspendido todas las operaciones y la unidad refrigeradora había gruñido trabajosamente durante un momento. Luego, resumió su engreimiento sumergiéndose en el pasado.

—No tenía ningún plan definido —explicó Pete— hasta que hablé contigo por teléfono. Tomaba las cosas como venían. También me preocupé por Arthur. Tú sabes cuánto le gustan los cigarrillos. Se los come, y aunque pueda resultar excéntrico en un canguro, los cigarrillos no le llevan la contraria. He usado el demostrador para conseguirle un inmenso caudal de cigarrillos de su marca favorita. Y he intentado abrir una cuenta corriente. Pensé que podría parecer extraño el que compráramos una casa en Park Avenue y ofreciéramos como pago todo un fajo de billetes como quien no quiere la cosa. Podría parecer que acabáramos de cobrar un chantaje.

—¡Ceporro! —dijo Daisy.

—¿Qué?

—Podías haber multiplicado esos billetes como hiciste con las monedas —dijo Daisy—. Tendríamos ahora un buen montón.

—Querida —dijo Pete acarameladamente—, ¿qué importa cuánto puedas tener tú, cuando yo puedo tener tanto?

—Sí —dijo Daisy—. Podrías enfadarte conmigo.

—¡Jamás! —protestó Pete. Luego, recordando, añadió—: Antes de que se nos ocurriera la idea de los billetes, Thomas y yo atestamos la caja del carbón con monedas de veinticinco centavos y de medio dólar. Todavía están ahí.

—Pedazos de oro sería maravilloso —sugirió Daisy tozudamente—, si es que puedes conseguir echarle el guante a alguno. Tal vez podamos.

—¡Ah! —exclamó Pete—. Thomas tenía un relleno de oro en un diente. Lo cogimos y obtuvimos media libra o así. Luego fabricamos con ella un pequeño ladrillo y lo pusimos de nuevo en el demostrador. Querida, te sorprenderías realmente si echaras una ojeada a la leñera.

—Y también joyas —dijo Daisy—. Sería más delicioso todavía.

—Si tanto te seducen las joyas —dijo Pete capciosamente—, no tienes que hacer sino mirar en el cubo de las verduras. Se nos estaba acabando el espacio de almacenaje cuando la idea nos asaltó.

—Creo —dijo Daisy con mucho entusiasmo— que haríamos bien en casarnos cuanto antes. ¿No crees?

—¡Claro, claro! ¡Vayamos y hagámoslo ahora mismo! ¡Voy a traer el coche!

—Hazlo, querido —dijo Daisy—. Yo vigilaré el demostrador.

Inclinándose, Pete la besó con éxtasis y desapareció del laboratorio. Llamó a Thomas, pero éste no apareció hasta después de la tercera llamada; pálido y desencajado.

—Mis disculpas, señor —dijo agitadamente—. ¿Debo hacer su equipaje?

—Voy a... ¿Hacer mi equipaje? ¿Para qué?

—Van a venir a detenemos, señor —dijo Thomas. Tragó saliva—. Pensaba que usted podría necesitarlo, señor. Un conocido del pueblo, señor, cree que estamos entre los enemigos públicos de peor calaña, señor, y nos trata en consecuencia. Me telefoneó las noticias.

—Thomas, ¿ha estado usted bebiendo?

—No, señor —dijo Thomas, palideciendo—. No todavía, señor. Pero es una sugerencia espléndida, señor, muchas gracias. —Luego, con desesperación, añadió—: Es el dinero, señor... los billetes de banco. Si lo recuerda, no cambiamos sino un montón de monedas en billetes, señor. Billetes de un dólar, de cinco, de diez, etcétera, señor.

—Claro —dijo Pete—. Lo que necesitábamos hacer. ¿Por qué no?

—¡La serie numérica, señor! Todos los billetes de un dólar que el demostrador multiplicó tienen la misma serie... e igual ocurre con los de cinco, los de diez, etcétera, señor. Alguna persona, con la manía o el deporte de comprobar la serie numérica de los billetes, señor, descubrió que había varios ejemplares con el mismo número. El servicio secreto averiguó el paradero. Y van a venir a por nosotros, Señor. La pena por falsificación de dinero son veinte años, señor. Mi... amigo, el del pueblo, preguntó si teníamos intención de recibir a tiros a la policía, señor, porque en tal caso le gustaría presenciarlo.

Thomas se retorció las manos. Pete se lo quedó mirando.

—De modo —dijo Pete meditativamente— que es dinero falso. No se me había ocurrido antes. Tendremos que confesarnos culpables, Thomas. Y quizá Daisy no quiera casarse conmigo si voy a ir a la cárcel. Iré a comunicarle la noticia.

Luego se quedó parado. Oyó la voz de Daisy farfullando airadamente. Un instante después el tono subió. Se convirtió en una aguda y continua logorrea de soprano. Todavía aumentó más. Pete echó a correr.

Se precipitó en el laboratorio y se quedó de piedra. El demostrador estaba funcionando todavía. Daisy había visto a Pete apilar los billetes, y hacer de todos un solo montón para obtener una segunda pila más grande. Sin duda había ensayado ella la misma maniobra. Pero la pila se había hecho enorme y Daisy se había encaramado a la lámina de cristal, quedando bajo la acción del demostrador.

Cuando Pete entró en el laboratorio había tres Daisy. Mientras se estremecía de horror, las tres se convirtieron en cuatro. El demostrador cloqueó y zumbó, emitiendo un aullido de triunfo. A continuación produjo una quinta Daisy. Pete se abalanzó

frenéticamente y desconectó los mandos, demasiado tarde, sin embargo, para evitar la aparición de una sexta réplica de la señorita Daisy Manners del cabaret Green Paradise. Ella dio una espléndida acogida a su hermana, pero Pete la contempló con el corazón paralizado de horror.

Porque todas las Daisy eran idénticas, no sólo con la misma manufactura exterior y —por decirlo así— la misma serie numérica, sino también con las mismas opiniones y testarudeces. Y todas y cada una de las seis estaban convencidas de que eran propietarias del montón de dinero que había sobre la lámina de cristal. Y todas y cada una de las seis estaban forcejeando por cogerlo. Y Daisy estaba como una furia, diciendo lo que pensaba de sí misma en términos por cierto no muy lisonjeros.

Arthur, igual que Daisy, poseía una afortunada virtud, pues no era uno de esos canguros que buscan las cosas para luego cabrearse con ellas. Haraganeaba pacíficamente por el césped, comiendo dalias y saltando una y otra vez por encima del cerco de seis pies, con la esperanza de que un perro se acercara y se pusiera a soltarle ladridos. O, a falta de perro, cualquier individuo que dejara caer una colilla digna de ser salvada.

Desde el primer momento, en aquel lugar se habían repetido tan placenteros sucesos con alguna frecuencia. El pascante ordinario y desprevenido que se daba de narices con un canguro de cinco pies en esta parte del mundo, dando saltitos hacia él para más inri, tenía una particular tendencia a dejar caer cualquier bulto que llevara en las manos y a echar a correr. A veces, entre los objetos que caían había un cigarrillo.

La gran cantidad de perros que merodeaban por allí no parecían muy preocupados por jugar con Arthur. Para éste, la idea de jugar con un perro foráneo —especialmente con uno que le ladrara— consistía en lanzarse contra él con las zarpas por delante y atizarle una cox que lo dejara fuera de combate.

Arthur haraganeaba y se sentía un poco hastiado. En su aburrimiento solía meter mano a cualquier cosa que le llamara la atención. Del laboratorio surgía un barullo impresionante, pero Arthur no se preocupaba de los ruidos familiares. Se interesó, no obstante, por los agentes del gobierno que aparecieron por allí. Eran dos y llegaron en un turismo. Se detuvieron a la entrada y se

dirigieron con aire truculento hacia la puerta principal.

Arthur se aproximó dando saltos justo en el momento en que ellos aporreaban la puerta histéricamente. Había estado en la parte trasera desenterrando unas cuantas coles incipientes que Thomas había plantado, y lo había hecho para ver por qué no crecían más aprisa. Saltó con facilidad por lo menos treinta pies y se quedó apoyado contra la cola para contemplar interesadamente a los visitantes.

—¡D... Dios santo! —dijo el más bajo de los agentes intrusos. Había estado fumando un cigarrillo segundos antes. Lo arrojó al suelo y trató de sacar su pistola de la funda.

Aquel fue su error. A Arthur le gustaban los cigarrillos. Y aquél estaba apenas a quince pies de distancia. Arthur saltó hacia la colilla.

El polizone graznó al ver a Arthur en pleno vuelo, dirigiéndose directamente hacia él. Arthur le miró más bien alarmado. El policía hizo fuego atolondradamente, pero no acertó y Arthur recuperó la calma. Los disparos no eran para él nada ofensivo, sólo ruidos producidos por el carburador desajustado da cualquier automóvil que pasara. Aterrizó grácilmente, casi sobre las punteras del policía... y el policía, histérico, lo atacó utilizando la pistola como porra.

Arthur era un canguro amable, pero se resintió del ataque activamente.

El polizone bajito graznó una vez más mientras Arthur le echaba encima las zarpas delanteras. Su compañero reculó contra la puerta, dispuesto a vender cara su vida. Pero entonces —y ambas cosas ocurrieron a la vez—, mientras Arthur procedía a atizar un buen sopapo al polizone bajito, Thomas, resignadamente, abrió la puerta contra la que se apretaba el otro policía, de modo que éste cayó hacia atrás, reculando y dando traspiés hasta dar con sus huesos en tierra.

Quince minutos más tarde, el policía bajito dijo con aspecto abatido:

—Ha sido una pesadilla. Gracias por quitarme ese monstruo de encima y también por la bebida. Pero nosotros veníamos a atrapar

una banda de falsificadores que han estado fabricando billetes falsos demasiado buenos.

Y aquí estamos. Ustedes pudieron recibirnos a tiros. Pero no lo hicieron. Así que podemos terminar la faena de una vez.

—Me temo —admitió Pete— que hayamos dejado demasiadas pistas. Quizá, como agentes del gobierno, puedan ustedes hacer algo con el demostrador de la cuarta dimensión. Ése es el cuerpo del delito. Se lo enseñaré.

Iba a dirigirse al laboratorio, cuando Arthur apareció con la venganza pintada en la cara. Los dos policías lo miraron con aprensión.

—Lo mejor será que le den un cigarrillo —dijo Pete—. Se los come. Se convertirá en amigo de ustedes para toda la vida.

—¡No, mierda! —exclamó el bajito—. Por ahora póngase entre él y yo. Quizá Casey quiera obtener su amistad, pero yo no.

—Yo no tengo cigarrillos —dijo Casey aprensivamente—. ¿Podría darle un habano?

—Tan temprano quizá le sea un tanto indigesto —consideró Pete—, pero puede intentarlo.

Arthur saltó. Aterrizó a dos pies de Casey, que le alargó un habano. Arthur lo olisqueó y lo aceptó. Se llevó un extremo a la boca y le dio un mordisco.

—¡Vaya! —exclamó Pete—. Le gusta. ¡Sigamos!

Llegaron al laboratorio. Entraron... y el tumulto se apoderó de ellos. El demostrador estaba funcionando y Thomas, pálido y desesperado, supervisaba su funcionamiento. El aparato estaba fabricando dinero a ríos. Mientras los montones se materializaban desde la cuarta dimensión, Thomas los iba reuniendo y entregando a Daisy, quien, en teoría, estaba en fila para recibir una división proporcional. Aunque Daisy estaba sosteniendo una furiosa pelea con sus réplicas, porque ésta o aquélla había intentado estafar a las demás.

—Éstas —dijo Pete sin la menor alarma— son mi novia.

Pero el policía en miniatura no tenía ojos sino para los montones de lechugas que venían de ninguna parte. De modo que empuñó un revólver ajustado a su corta estatura.

—Así que esconden la imprenta tras esa pared, ¿eh? —dijo el policía más listo del mundo—. ¡Echaré una ojeada!

Se acercó al demostrador. Apartó a Thomas y se inclinó sobre la lámina de cristal. Pete corrió, horrorizado, hacia el interruptor. Pero ya era demasiado tarde. La lámina giró un octavo de revolución. El demostrador zumbó alegremente; y el policía se duplicó justo en el momento en que los hábiles dedos de Pete desconectaban la marcha del aparato.

Los dos policías gemelos se miraron con inmensa e incrédula estupefacción. Casey lo vio y el cabello se le erizó. En aquel momento, Arthur posó una sugerente zarpa sobre el hombro de Casey. Desde luego, le había gustado el habano. La puerta del laboratorio había quedado abierta y había entrado para pedir otro puro. Pero los nervios de Casey se habían desatado. Gritó y aulló, atribuyendo a Arthur alevosas intenciones. Se lanzó contra el tesalacto, enredándose en él.

Arthur era un canguro amable, pero también tenía su corazoncito y su sensibilidad. El graznido horrorizado de Casey le había molestado. Se lanzó ciegamente, lanzó a Pete contra el interruptor y saltó yendo a aterrizar entre los dos idénticos policías. Ambos reconocieron a Arthur y el pánico se apoderó de ellos, justo antes de que la lámina de cristal se pusiera en marcha nuevamente.

Arthur cayó bajo la acción del demostrador. La copia policial más cercana al canguro dio un prodigioso salto, volando hasta más allá de la puerta abierta. Pete se encaró con el otro, que había alzado su pistola y exigía explicaciones, volviéndose más y más ronco entre sus alaridos.

Pete intentó darle una explicación apelando a la chica que estaba a punto de pisar una piel de plátano, pero la terquedad del policía resultó inamovible. Gritó dando un ronquido, mientras un segundo Arthur saltaba de la lámina de cristal... y un tercero, y un cuarto, un quinto, un sexto y un séptimo Arthur aparecían en escena.

Le ladró a Pete y se rió a carcajadas de una multiplicada Daisy que se volvía loca mirando aquí y allá, contemplando todo el laboratorio lleno de canguros saltarines de cinco pies de altura, todos asombradamente complacidos y ansiosos de hacer amigos con los que jugar.

Arthur era el único que realmente podía aprobar el curso de los hechos. Durante mucho tiempo había estado solo. Pero ahora

gozaba de numerosa compañía. De un solitario canguro, de hecho, se había convertido en su propia prole. Y presa de tan feliz excitación, Arthur olvidó todo decoro y se puso a jugar de forma histérica dando saltos de rana por todo el laboratorio.

El policía, a su modo, secundó el juego. Daisy gritaba furiosamente. Y Arthur —todos ellos— elegía nuevos puntos sobre los que efectuar sus lanzamientos, hasta que una de sus réplicas escogió el motor del demostrador. El mecanismo emitió chispas y le soltó una descarga eléctrica. Y Arthur, saltando aterrorizado por la ventana, fue perseguido por toda su camarilla, creyendo que aquello formaba parte del juego.

En un segundo quedó el laboratorio vacío de Arthurs. Pero el demostrador exultaba salvajes y quejumbrosos ruidos. Casey todavía estaba enredado entre los barrotes del tesalacto, a través de los cuales contemplaba el paisaje con el aspecto del recluido en celda acolchada. Sólo uno de los duplicados pequeñajos permanecía en el edificio. Pero no tenía muchos deseos de quedarse. Y Daisy estaba demasiado irritada para pronunciar palabra: las seis. Pete era el único que se mantenía en calma.

—Bien —dijo filosóficamente—, parece que las cosas se han trastocado un poco. Aunque creo que al demostrador le ha ocurrido algo.

—Lo siento, señor —dijo Thomas palideciendo—, pero yo no he tocado el mecanismo.

Una de las Daisy dijo irritadamente a otra de las Daisy:

—¡Guárdate esos nervios! ¡El dinero que hay sobre la lámina es mío!

Ambas se destacaron. Tres más, protestaron con indignación, se unieron al barullo. La sexta —y la que a Pete le parecía la Daisy original—, con rapidez de relámpago, se puso a robar lo que podía de las pilas acumuladas por las otras.

Mientras tanto, el demostrador emitió extraños ruidos.

Pete, alarmado, investigó. Encontró el lugar donde Arthur había golpeado y comprobó que, evidentemente, el impacto había desajustado la velocidad del demostrador. Al azar, puso una mano sobre un mando. El demostrador cloqueó aliviado. Entonces advirtió con terror indescriptible que cinco Daisy estaban sobre la lámina de cristal. Intentó desconectar la máquina... pero demasiado

tarde.

Cerró los ojos, esforzándose por mantenerse sereno, aunque admitiendo su desesperación. Se había sentido sumamente contento con una Daisy. Pero seis eran ya demasiadas. Ahora, abrió los ojos para contemplar las once Daisy...

Una áspera voz resonó en su oído.

—¡Vaya! De modo que ahí es donde se esconde la imprenta y todo el trucaje de espejos que hicieron que yo viera doble. Voy a pasar a través de esa puerta trucada por la que desaparecieron las chicas. Y si hay algo que me moleste al otro lado, alguien lo va pagar.

El policía se encaramó sobre la lámina de cristal, inexplicablemente vacía ahora. El demostrador cloqueó. Zumbó. La lámina se movió... ¡hacia atrás! El policía desapareció de golpe. De igual modo que había venido del pasado, merced al reparador accidente, había sido devuelto a él. Porque un Arthur había movido el mando conductor hacia la posición neutral y Pete por azar, lo había movido al revés. Vio desvanecerse al oficial y supo entonces dónde se habían ido las supernumerarias Daisy... y también dónde estaban ahora los embarazosos billetes de banco. Suspiró aliviado.

Pero Casey —enredado en el tesalacto— no sentía el mismo alivio. Se desasíó de las providentes y salvadoras manos de Thomas y se lanzó de estampía hacia el coche. Allí encontró a su compañero, contemplando atónito los diecinueve Arthurs que jugaban al salto de la rana en el garaje. Tras oír las explicaciones, los hombres del gobierno se alteraron todavía más. Pete vio arrancar el coche, que se alejó a toda pastilla.

—No creo que vuelvan, señor —dijo Thomas.

—Ni yo tampoco —dijo Pete con serenidad. Se volvió hacia la Daisy que había quedado, asustada pero todavía sedienta de dinero—. Querida —le dijo tranquilizadoramente—, todos esos billetes son falsos. Tendremos que devolverlos al pasado y contentarnos con el contenido de la leñera y el cubo de verduras.

Daisy intentó poner cara de pasmo, pero fracasó.

—¡Creo que te estás poniendo nervioso, encanto! —dijo Daisy con indignación.

ROBERT HEINLEIN

Por tres veces ganador del codiciado Premio Hugo, Robert Heinlein es considerado no sólo el portavoz de la generación más joven, un escritor que muestra en sus obras una profunda comprensión de los problemas que afectan al mundo de hoy, sino también un aportador de interpretaciones particulares al respecto. Sus primeros años los pasó en la marina USA —hasta que se retiró—, lo cual ha incidido como influencia en su trabajo. Pese a los éxitos cosechados, Heinlein suele ser constantemente maltratado por editores indiferentes, revistas de baja calidad y por los incontables imitadores que le roban ideas. No obstante, su especial sentido del humor —como podrá verse en el relato seleccionado—, su polemismo implícito y su habilidad para contar historias hacen de él uno de los escritores modernos más venerados.

COLÓN FUE UN CRETINO

Columbus Was a Dope

—Me gusta tomar un trago cuando hago un trato —dijo el gordo alegremente alzando la voz por encima del silbido del acondicionador de aire—. Beba, profesor, yo ya llevo dos más que usted.

Alzó la vista de la mesa mientras la puerta del ascensor del otro lado se abría. Un hombre salió y penetró en la fresca penumbra del bar; parpadeó un momento como si viniera del cegador desierto

exterior.

—Eh, Fred, Fred Nolan —gritó el gordo—. ¡Ven aquí! —Se volvió a su invitado—. Un tipo que me encontré en el avión cuando venía de Nueva York. Siéntate, Fred. Saluda al profesor Appleby, ingeniero jefe de la nave espacial *Pegasus*... cuando se construya. Acabo de venderle al profesor una partida de acero para su carraca. Celébralo con nosotros.

—Encantado, Mr. Barnes —dijo Nolan—. Ya conozco al doctor Appleby. A propósito de... la Compañía de Instrumentos de Clímax.

—La Clímax nos suministra equipos de precisión —explicó Appleby.

Barnes pareció sorprendido, luego sonrió.

—Eso me coge de sorpresa. Al principio tomé a Fred por un tipo del gobierno o uno de sus científicos novatos. ¿Qué va a ser, Fred? ¿Un anticuado? ¿Lo mismo, profesor?

—De acuerdo. Pero, por favor, no me llame «profesor». No lo soy y me hace más viejo. Todavía soy joven.

—Le llamaré, este... Doc. ¡Pete! ¡Dos anticuados y otro Manhattan doble! ¿Sabe? Yo esperaba encontrarme con un científico de tebeo, con barba blanca y larga. Pero ahora que nos conocemos, hay algo que no puedo encajar.

—¿Qué es?

—Bueno, a su edad, venir a enterrarse en este sitio olvidado de Dios...

—No podemos construir el *Pegasus* en Long Island —apuntó Appleby— y éste es el sitio ideal para ello.

—Sí, claro, pero no es eso. Es... bueno, mire, yo vendo acero. Usted quiere aleaciones especiales para una nave espacial; yo se las vendo. Pero por eso mismo, ahora que el negocio ya no tiene nada que ver con esto, ¿por qué quiere usted hacerlo? ¿Por qué intentar ir a la Próxima de Centauro o a cualquier otra estrella?

Appleby pareció divertido.

—Eso no puede explicarse. ¿Por qué los hombres intentan escalar el Everest? ¿Qué se le perdió a Peary en el polo norte? ¿Por qué Colón consiguió que la reina Isabel empeñara sus joyas? Nadie ha estado jamás en la Próxima de Centauro... de modo que nosotros vamos a ir.

Barnes se volvió a Nolan.

—¿Tú lo entiendes, Fred?

Nolan se encogió de hombros.

—Yo vendo instrumentos de precisión. Algunas personas plantan crisantemos; otras construyen naves espaciales. Yo vendo instrumentos.

La amable cara de Barnes pareció no comprender.

—Bien... —El camarero trajo las bebidas—. Eh, Pete, dime una cosa. ¿Te largarías en la expedición *Pegasus* si pudieras?

—Ni hablar.

—¿Por qué no?

—Me gusta estar aquí.

El Dr. Appleby asintió.

—Ésa es su respuesta, Barnes, al revés. Unos tienen el espíritu de Colón y otros no.

—Está muy bien todo eso de Colón —insistió Barnes—, pero Colón esperaba y deseaba regresar. Ustedes no. Sesenta años... usted me dijo que les llevaría sesenta años. Vaya, tal vez ni siquiera llegue vivo allí.

—Tal vez nosotros no pero sí nuestros hijos. Y nuestros nietos podrán regresar.

—Pero... Oiga, ¿está usted *casado*?

—Por supuesto que sí. La expedición está compuesta sólo por familias. Es una tarea para dos o tres generaciones. —Sacó una cartera de bolsillo—. Ésta es la señora Appleby, con Diana. Diana tiene tres años y medio.

—Es una chica muy mona —dijo Barnes sobriamente pasándole la foto a Nolan, que sonrió y se la devolvió a Appleby—. ¿Qué pasará con ella? —prosiguió Barnes.

—Irá con nosotros, naturalmente. No querrá usted que la meta en un orfanato, ¿verdad?

—No, pero... —Barnes apuró el resto de su bebida—. No lo entiendo —admitió—. ¿Quién toma otro trago?

—Yo no, gracias —declinó Appleby, acabándose el suyo y poniéndose en pie—. Tengo que irme a casa. La familia, ya sabe —sonrió.

Barnes no hizo nada por detenerlo. Le dio las buenas noches y le

contempló mientras se iba.

—Mi ronda —dijo Nolan—. ¿Lo mismo?

—¿Eh? Sí, claro. —Barnes se levantó—. Vayamos a la barra, Fred. Allí podremos beber decentemente. Necesito lo menos seis.

—De acuerdo —aceptó Nolan, levantándose—. ¿Cuál es su problema?

—¿Problema? ¿No viste la foto?

—¿Y?

—¿Y? ¿No sentiste nada? Yo también soy un vendedor, Fred. Vendo acero. No me importa lo que los clientes quieran hacer con él. Se lo vendo y se acabó. Vendería a cualquiera una cuerda para ahorcarse con ella. Pero me gustan los críos. No puedo quedarme igual al pensar que esa monada de criatura va a ir en esa... ¡ésa expedición de chiflados!

—¿Por qué no? Lo mejor es que esté con sus padres. Se aficionará a las planchas de acero lo mismo que los demás críos se aficianan a estar en las aceras.

—Escucha, Fred. ¿No se te ha ocurrido ninguna idea de cómo lo harán?

—Creo que pueden.

—Pues yo te digo que no. No tienen ninguna probabilidad. Lo sé. Hablé al respecto con nuestro personal técnico antes de abandonar la casa central. Nueve probabilidades sobre diez de que se achicharren en el despegue.

Y eso es lo mejor que puede ocurrirles. Si consiguen salir del sistema solar, lo que no es probable, nunca podrán conseguirlo. Jamás alcanzarán las estrellas.

Pete colocó otro vaso lleno delante de Barnes. Éste se lo echó al colete y dijo:

—Ponme otro, Pete. No pueden. Es teóricamente imposible. Se congelarán, se achicharrarán, o se morirán de hambre. Pero no lo conseguirán nunca.

—Quizá sí.

—No hay quizás que valgan. Están *locos*. Date prisa con ese trago, Pete. Tómate uno a mi cuenta.

—Voy. Gracias, es igual.

Pete preparó el cóctel, cogió una jarra con cerveza y los combinó.

—Aquí Pete es un tipo sabio —dijo Barnes confidencialmente—. A él no le toman el pelo con esos viajes a las estrellas. Colón... ¡Puf! Colón fue un cretino. Debería haberse quedado en la cama.

El camarero negó con la cabeza.

—Usted me confunde, Mr. Barnes. Si no hubiera sido por hombres como Colón, nosotros no estaríamos aquí hoy... ahora. No tengo exactamente espíritu de explorador. Pero tengo fe. La expedición *Pegasus* no me parece descabellada.

—¿No te indigna el saber que irán niños?

—Bueno... también había niños en el *Mayflower*, según me dijeron.

—No es lo mismo —Barnes miró a Nolan y luego al camarero—. Si el Señor deseara que fuéramos a las estrellas, nos habría equipado con propulsión a chorro. Ponme otro, Pete.

—Ya ha bebido lo suyo, Mr. Barnes.

El atribulado gordo estuvo a punto de replicar, pero se lo pensó mejor.

—Me voy a la *Sky Room* a ver si encuentro pareja para bailar —anunció—. Buenas noches.

Se dirigió hacia el ascensor tambaleándose ligeramente.

Nolan contempló su salida.

—Pobre Barnes —dijo, encogiéndose de hombros—. Creo que somos poco cariñosos con él, Pete.

—No. Yo creo en el progreso, eso es todo. Recuerdo que mi viejo deseaba que la ley prohibiera las máquinas voladoras para que no rompieran a nadie el cuello. Proclamaba que nadie volaría jamás y que el gobierno debería tomar cartas en el asunto. Se equivocó. Yo no tengo espíritu de aventurero, pero hay gente que sí y creo que llegarán a alguna parte. Así es como se hace el progreso.

—No pareces tan viejo como para recordar que antes la gente no podía volar.

—He recorrido mundo mucho tiempo. Aquí sólo llevo diez años.

—Diez años, ¿eh? ¿Y nunca sentiste ganas de conseguir un empleo que te permitiera respirar un poco de aire fresco?

—No. Ni ahora ni cuando servía bebidas en la calle Cuarenta y dos respiraba ningún aire fresco. Pero me gusta estar aquí porque siempre ocurre algo nuevo; primero los laboratorios atómicos, luego el gran observatorio y ahora la nave espacial. Aunque no sea ésta la

verdadera razón de mi prolongada permanencia. Me gusta estar aquí. Ésta es mi casa. Observe esto.

Cogió un inhalador de brandy, un gran globo de frágil cristal, lo sopesó y lo lanzó hacia lo alto, hacia el techo. Se elevó suave y grácilmente, deteniéndose durante un fugaz momento en la cúspide de su ascenso, para caer luego con ligereza, con mucha ligereza, como un buzo en una película en *ralentí*. Pete lo contempló caer frente a su nariz y luego lo cogió con el pulgar y el índice, lo acarició por la parte del cañón y lo devolvió al estante.

—¿Lo ve? —dijo—. Un sexto de gravedad. Cuando atendía el bar allá en la Tierra, mis juanetes me fastidiaban todo el tiempo. Aquí peso tan sólo treinta y cinco libras. Me gusta estar en la Luna.

ROBERT SHECKLEY

De entre todos los nuevos talentos emergidos a la ciencia ficción en los últimos años, pocos son tan prometedores como el joven norteamericano Robert Sheckley. En poco tiempo, sus relatos y novelas —en particular la revolucionaria *The Status Civilisation*— han suscitado una impresión duradera en los lectores de todo el mundo. Sheckley colabora frecuentemente con las mejores publicaciones del género y alterna con su trabajo la producción de algunas historias de terror —doble vertiente altamente aprovechada en *Untouched by human hands*—. En el relato que elegimos para esta antología, la tensión por una guerra galáctica alcanza un magnífico clímax. ¡Continúa, Sheckley, continúa!

LA HORA DE LA BATALLA

The Hour of the Battle

—No se ha movido la saeta, ¿verdad? —preguntó Edwardson, en la tronera, contemplando las estrellas.

—No —dijo Morse. Había permanecido observando fijamente el detector Attison durante más de una hora. Ahora parpadeó tres veces y miró de nuevo—. Ni un milímetro.

—Ni creo que se mueva —añadió Cassel, tras el panel de tiro. Y así ocurrió. La delgada saeta negra del indicador se mantuvo resueltamente en cero. Los cañones de la nave estaban preparados,

abiertas sus negras bocas hacia las estrellas. Un constante zumbido saturaba la sala. Procedía del detector Attison y constituía motivo de tranquilidad. Lo reforzaba el hecho de que el detector Attison estaba conectado a todos los demás detectores, formando una gigantesca red alrededor de la Tierra.

—¿Por qué mierda no vienen? —preguntó Edwardson, todavía contemplando las estrellas—. ¿Por qué no empiezan?

—Venga, calla —dijo Morse. Tenía un aspecto cansado y hosco. En la sien derecha tenía una vieja quemadura por radiación, una quemadura de rosáceo y cicatrizado tejido. De lejos semejaba una decoración.

—Me gustaría que vivieran —dijo Edwardson. Se apartó de la tronera frente a su silla y se dobló para evitar el bajo techo de metal—. ¿No os gustaría que vinieran?

Edwardson tenía la estrecha y tímida cara de un ratón; pero de un ratón tremendamente inteligente. Los gatos habrían hecho bien evitándolo.

—¿No os gustaría? —repitió.

Los otros hombres no respondieron. Habían bloqueado el curso de su fantasía, mirando hipnotizados el detector.

—Han tenido tiempo de sobra —dijo Edwardson, medio para sí mismo.

Cassel bostezó y se mordió los labios.

—¿Alguien quiere jugar al pelo más largo? —preguntó, rascándose la barba. La barba era un recuerdo de sus días de graduado. Cassel sostenía que podía aguantar quince minutos sin que el oxígeno corriera por sus folículos. Sin embargo, nunca lo había demostrado, saliendo al espacio sin casco.

Morse paseó la mirada por la sala y Edwardson, automáticamente, observó el indicador. Este gesto rutinario se le había quedado grabado en el subconsciente. Antes se dejarían cortar el cuello que descuidar el indicador.

—¿No creéis que aparecerán pronto? —preguntó Edwardson con los oscuros ojos aún fijos en el indicador. Los hombres no le respondieron. Tras dos meses en el espacio todos juntos, sus ánimos conversacionales se habían agotado. Ya no les interesaba la barba de los días de graduado de Cassel ni las conquistas de Morse.

Les fastidiaba la muerte hasta en sus propios pensamientos y

sueños, y les fastidiaba el ataque que esperaban de un momento a otro.

—Hay una cosa que me gustaría saber —dijo Edwardson, utilizando con pericia un viejo truco conversacional—. A qué distancia estarán.

Durante semanas habían hablado de los poderes telepáticos del enemigo, pero siempre habían vuelto a lo mismo.

Como soldados profesionales no tenían otra alternativa que especular sobre el enemigo y sus armas; hablar de su trabajo.

—Bien —dijo Morse con cansancio—. Nuestra red de detectores cubre el sistema hasta más allá de la órbita de Marte.

—Que es donde estamos —dijo Cassel, observando el indicador ahora que los otros se entregaban a la charla.

—Puede que ni siquiera sepan que poseemos una unidad detectora en funcionamiento —dijo Morse, tal como lo había repetido más de mil veces.

—Calla, calla —dijo Edwardson, con su delgado rostro torcido en una mueca de desprecio—. Poseen la telepatía. Tienen que haber leído a estas alturas cada milímetro de la mente de Everset.

—Everset no sabía que poseíamos una unidad detectora —dijo Morse mientras volvía la mirada al dial—. Fue capturado antes de su instalación.

—Mira —dijo Edwardson—. Le dicen: «Chico, ¿qué harías tú si supieras que una raza telepática está a punto de invadir la Tierra? ¿Cómo protegerías el planeta?»

—Especulaciones baratas —dijo Cassel—. Quizás no se le ocurra a Everset pensar en esto.

—El piensa como un hombre, ¿no? Todo quisque coincide con esta defensa. Everset no es una excepción.

—Silogismos —murmuró Cassel—. Muy poco válido.

—Te aseguro que me habría gustado que no hubiera sido capturado —dijo Edwardson.

—Pudo haber sido peor —lanzó Morse, cuyo rostro era más sombrío que de costumbre—. ¿Qué habría ocurrido si hubieran cogido a *ambos*?

—Me gustaría que vinieran —dijo Edwardson.

Richard Everset y C. R. Jones habían partido con el primer vuelo interestelar. Habían encontrado un planeta habitado en la zona de Vega. El resto fue rutinario.

Lo decidieron a cara o cruz. Everset bajó en el vehículo auxiliar, manteniendo contacto con Jones a través de la radio.

El registro de ese contacto entre el hombre que arribaba al planeta y el hombre que se había quedado en la nave fue grabado para que toda la Tierra lo escuchara.

—Acabo de encontrarme con los nativos —dijo Everset—. Se agrupan que es la leche. Te daré una descripción física más tarde.

—¿Intentan hablar contigo? —preguntó Jones, imprimiendo a la nave una holgada espiral en torno al planeta.

—No. Espera. ¡Maldita sea! ¡Son telépatas! ¿Cómo se te queda el cuerpo, Jones?

—Maravilloso —dijo Jones—. Prosigue.

—Espera. Oye, Jones, no sé si me van a gustar estos muchachos. Deben tener la mente como un poema a la castidad. ¡Hermanito!

—¿Qué pasa? —preguntó Jones, elevando un poco la nave.

—¡La caraba! Estos hijos de puta son inmensamente poderosos. Parece que han taladrado todos los sistemas de los alrededores, buscando a alguien para...

—¿Sí?

—Me he confundido —dijo Everset complacientemente—. No son tan malos.

Jones poseía mente rápida, naturaleza suspicaz y buenos reflejos. Puso el acelerador a todo gas, lo acercó al tope y dijo:

—Cuéntame más.

—Vente para abajo —dijo Everset, violando todas las leyes del vuelo espacial—. Estos chicos son de puta madre. De hecho, son lo más maravilloso...

Aquí finalizaba la grabación porque Jones había fijado el acelerador al tope mientras conducía la nave hasta el nivel exigido para el salto hiperespacial.

Se rompió tres costillas con la aceleración, pero llegó a casa.

Una especie telépata estaba en marcha. ¿Qué iba a hacer la Tierra contra ello?

Un cúmulo de especulaciones se desplegó en torno a la escueta y desnuda información de Jones. Con toda evidencia, la especie podía

asaltar sin dificultades una mente. En el caso de Everset, parecía que habían infiltrado sus pensamientos en los suyos propios, alterando delicadamente sus convicciones previas. Lo habían poseído con notable facilidad.

¿Y Jones? ¿Por qué no lo habían atrapado a él? ¿Era la distancia un factor? ¿O no habían estado preparados para su repentina partida?

Una cosa era cierta. Todo cuanto Everset sabía, lo sabía también el enemigo. Lo que significaba que para ellos no eran secreto ni la situación de la Tierra ni la indefensión en que se encontraba el planeta ante tal forma de ataque.

Podía, pues, esperarse que el ataque procediera de esa manera.

Era necesario algo que neutralizara tan tremenda desventaja. Aunque, ¿qué podía utilizarse? ¿Qué armadura obliñdaje había contra el pensamiento? ¿Cómo, esquivar una proyección de onda?

Los sesudos científicos consultaron gravemente sus tablas periódicas.

¿Y cómo se sabía que un hombre estaba poseído? Aunque el enemigo se había mostrado torpe con Everset, ¿iba a continuar siéndolo? ¿No aprenderían?

Los psicólogos se rascaron la cabeza y declararon la ausencia de una escala absoluta para la humanidad.

Claro, algo había que hacer de todos modos. La respuesta, considerando que se trataba de un planeta dominado por la tecnología, tenía que ser tecnológica. Construir una flota espacial y equiparla con alguna clase de red detectora.

Esto se hizo en un tiempo record. Se desarrolló el detector Attison, un híbrido entre el radar y el electroencefalógrafo. Cualquier onda modélica de los cerebros típicamente humanos de los ocupantes de una nave equipada con detector que resultara alterada, sería señalada en el dial del indicador. Hasta una pesadilla o un caso de indigestión provocaría la alarma.

Parecía probable que cualquier intento de asaltar una mente humana tuviera alguna indicación de ese tipo. Donde y cómo fuere, tenía que haber algún punto de interacción.

Tal era lo que había que creer en relación al detector Attison. Quizá fuera cierto.

Las naves espaciales, con tres hombres en cada una, ocuparon el

espacio entre Marte y la Tierra, formando una gigantesca esfera con la Tierra como centro.

Decenas de miles de hombres permanecían en cuclillas tras los paneles de tiro, observando los diales del detector Attison.

Los inmóviles diales.

—¿No os parece que podría soltar un par de pepinazos? —preguntó Edwardson acercando los dedos al disparador—. ¿Aunque sólo fuera para entretener los cañones?

—Estos cañones no necesitan entretenimiento —dijo Cassel, mesándose la barba—. Además, despertarías el pánico en la flota.

—Cassel —dijo Morse muy serenamente—. Quítate las pezuñas de la barba.

—¿Por qué? —preguntó Cassel.

—Porque —replicó Morse, casi en un susurro— estoy a punto de atizarte de lleno en tu gordo pescuezo.

Cassel sonrió bonachonamente y alzó los puños.

—Será un placer —dijo—. Me estoy cansando de ver tu asquerosa cicatriz.

Se puso en pie.

—Basta —dijo Edwardson con premura—. A vigilar el cucú.

—No es necesario —dijo Morse, retrocediendo—. Hay una señal de alarma conectada.

No obstante, observó el dial.

—¿Y si la alarma no funciona? —preguntó Edwardson—. ¿Y si el dial se bloquea? ¿Cómo le sentirías con algo frío que te penetrara los sesos?

—El dial funcionará —dijo Cassel. Sus ojos se trasladaron desde el rostro de Edwardson hasta el inmóvil indicador.

—Creo que voy a irme al catre —dijo Edwardson.

—Quédate aquí —dijo Cassel—. Juguemos a algo.

—Bueno. —Edwardson cogió las grasientas cartas y empezó a barajarlas, mientras Morse tomaba el turno de observación de diales.

—Os aseguro que me gustaría que vinieran de una vez —dijo.

—Corta —dijo Edwardson, tendiendo el mazo a Cassel.

—Me pregunto qué pinta tendrán nuestros amiguetes —dijo

Morse, observando el dial.

—Probablemente muy parecida a la nuestra —dijo Edwardson, repartiendo cartas. Cassel las cogió una por una, lentamente, como si esperase que algo interesante se ocultara bajo ellas.

—Tendrían que habernos proporcionado otro hombre —dijo Cassel—. Habríamos podido jugar al bridge.

—No sé jugar al bridge —dijo Edwardson.

—Aprenderías.

—¿Por qué no nos encomendaron una tarea más activa? —preguntó Morse—. ¿Por qué no bombardeamos su planeta?

—No seas bobo —dijo Edwardson—. Perderíamos cualquier nave que enviáramos. Probablemente volverían a nosotros poseídas y hechas trizas.

—Remato con nueve —dijo Cassel.

—No doy un real por ti aunque remates con mil —dijo Edwardson alegremente—. ¿Cuánto me debes ya?

—Os aseguro que me gustaría que vinieran —dijo Morse.

—¿Quieres extenderme un cheque?

—Concédeme tiempo para la revancha. Hasta la semana que viene.

—Alguien debería razonar con esos hijos de puta —dijo Morse, mirando más allá de la tronera. Casi inmediatamente, Cassel lanzó una mirada al dial.

—Se me está ocurriendo algo —dijo Edwardson.

—¿Sí?

—Apuesto a que debe ser horrible tener la mente apresada —dijo Edwardson—. Tiene que ser espantoso.

—Lo sabrás cuando ocurra —dijo Cassel.

—¿Lo supo Everset?

—Probablemente. Sólo que no pudo, quizás, hacer nada por evitarlo.

—Mi mente está de cojones —dijo Cassel—. Pero al primero de vosotros que comience a actuar raramente... cuidado.

Todos rieron.

—Bien —dijo Edwardson—. Os aseguro que me gustaría tener una oportunidad de razonar con ellos. Esto es estúpido.

—¿Por qué no? —preguntó Cassel.

—¿Te refieres a salir y encontrarte con *ellos*?

—Claro —dijo Cassel—. Nada hacemos quedándonos aquí parados.

—Deberíamos pensar en hacer algo —dijo Edwardson lentamente—. A fin de cuentas, no son invencibles. Son seres razonadores.

Morse puso en marcha la cinta grabadora y luego alzó la mirada.

—¿Piensas que deberíamos contactar con el mando? ¿Decirles lo que estamos haciendo?

—¡No! —dijo Casel, y Edwardson asintió con un gesto de acuerdo—. Formalismos. Nos limitaremos a largarnos y ver qué podemos hacer. Si no quieren parlamentar, los borraremos del espacio.

—¡Mirad!

Desde la tronera pudieron ver la roja llama de un motor a reacción; la aceleración de la siguiente nave de su sector.

—Deben haber tenido la misma idea —dijo Edwardson.

—Vayamos los primeros —dijo Cassel. Morse movió el acelerador y todos se vieron arrojados hacia atrás en sus asientos.

—Ese dial todavía no se ha movido, ¿no? —preguntó Edwardson por encima del ruido de la alarma del detector.

—Ni una pizca —dijo Cassel, contemplando el dial cuya manecilla vibraba frenéticamente contra la coordenada más alta.

ISAAC ASIMOV

He aquí ciertamente una rara flor: la primera de las historias publicadas por Isaac Asimov, escrita a la tierna edad de 17 años. Nacido en Petrovich, pequeña ciudad rusa, el joven Isaac se trasladó a Estados Unidos cuando contaba tres años, descubriendo seis más tarde la ciencia ficción a través de las páginas de *Amazing Stories*. Se sintió tentado inmediatamente por el género y, una vez que comenzó a escribir relatos, no se detuvo jamás. Su estrella brilla ahora resplandeciente en el firmamento de la ciencia ficción, a pesar de que sus escritos sobre ciencia han brillado tanto como su prosa de ficción; entre sus lectores incondicionales se le conoce como «el buen doctor». Lo que puede leerse a continuación muestra a las claras un espléndido talento a punto de florecer.

EL ARMA DEMASIADO ESPANTOSA PARA SER USADA

The Weapon Too Dreadful to Use

Karl Frantor encontró el paisaje terriblemente lúgubre. De las bajas nubes caía una eterna y brumosa lluvia; la exuberante vegetación de un rojo oscuro y apagado se divisaba en todas direcciones. Un pájaro infernáculo revoloteaba sobre ellos, emitiendo quejumbrosos graznidos cada vez que pasaba.

Karl volvió la cabeza para contemplar la destacada cúpula de

Afrodópolis, la más grande ciudad de Venus.

—Dios —murmuró—, hasta la cúpula es mejor que este espantoso mundo de aquí fuera —Se tanteó el tejido de caucho del cerrado traje que le protegía—. Me gustaría estar de nuevo en la Tierra.

Se volvió a la delgada figura de Antil, el venusino.

—¿Cuándo iremos a las ruinas, Antil?

No hubo respuesta y Karl advirtió las lágrimas que corrían por las verdes mejillas del venusino. Otra tremoló en sus enormes ojos, suaves e increíblemente hermosos.

La voz del terrícola se ablandó.

—Lo siento, Antil. No quise decir nada contra Venus.

Antil volvió su verde rostro hacia Karl.

—No era eso, amigo mío. Naturalmente, uno no espera encontrar muchas cosas admirables en un mundo extraño. Yo, sin embargo, amo Venus y lloro porque me rindo ante su belleza.

Las palabras surgieron fluidamente aunque con la inevitable distorsión causada por las cuerdas vocales no acostumbradas a las lenguas ásperas.

—Sé que parecerá incomprendible para ti —continuó Antil— pero Venus es para mí un paraíso, una tierra dorada... No puedo expresar bien mis sentimientos...

—No obstante, algunos dicen que sólo los terrícolas son capaces de amar.

La simpatía de Karl era fuerte y sincera. El venusino agitó la cabeza con tristeza.

—Hay más cosas, además de la capacidad de sentir la emoción que tu gente nos niega.

Karl cambió de conversación rápidamente.

—Dime, Antil, ¿no presenta Venus un aspecto muerto hasta para ti? Tú has estado en la Tierra y deberías saberlo. ¿Cómo puede compararse esta eternidad de gris y marrón con los vivos y cálidos colores de la Tierra?

—Sin duda es mucho más bello para mí. Olvidas que nuestra captación de colores difiere de la vuestra^[1]. ¿Cómo podría explicarte las bellezas, la riqueza de tonalidades de este paisaje que nos circunda?

Se quedó mudo, absorto en lo que había dicho, mientras el

moribundo y melancólico gris permanecía invariable para el terrícola.

—Algún día —dijo el venusino como quien habla en sueños— Venus volverá a ser de los venusinos. Los tratados terrícolas no nos impondrán más leyes y la gloria de nuestros antepasados será nuestra de nuevo.

Karl rió.

—Vamos, Antil, hablas como un miembro de las Bandas Verdes que tanto están dando que hacer al gobierno. Pensaba que no creías en la violencia.

—Y no creo, Karl —los ojos de Antil se tornaron graves y más bien asustados—, pero los extremistas están ganando poder y temo lo peor. Y si... si se desata una abierta rebelión contra la Tierra, *deberé* unirme a ellos.

—Pero no estás de acuerdo con sus puntos de vista.

—Claro que no —dijo el venusino, encogiéndose de hombros, gesto que había aprendido de los terrestres—, nada conseguiremos por la violencia. Vosotros sois cinco billones y nosotros apenas cien millones. Tenéis armas y recursos, mientras que nosotros no poseemos nada. Sería una aventura de locos y, si por casualidad ganáramos, habríamos dejado tras nosotros tal estela de odio que jamás habría paz entre nuestros planetas.

—Entonces, ¿por qué los secundas?

—Porque soy venusino.

El terrestre estalló otra vez en carcajadas.

—Parece que el patriotismo es tan irracional en Venus como en la Tierra. Pero dejémoslo estar y volvamos al asunto de las ruinas de vuestra vieja ciudad. ¿Estamos cerca?

—Sí —respondió Antil—, a poco más de lo que sería una milla terrestre. Recuerda, sin embargo, que tú no tienes que molestarte por nada. Las ruinas de Ash-taz-zor son sagradas para nosotros, como la reliquia de un tiempo en el que también nosotros fuimos una gran raza y no su degenerado residuo.

Caminaron en silencio, chapoteando sobre la blanda tierra, evitando las raíces del árbol viperino y rodeando la zona de la Enredadera Colgante.

Esta vez fue Antil quien reanudó la conversación.

—Pobre Venus. —Su calma y melancólica voz sonaba triste—.

Hace cincuenta años que los terrícolas vinieron con promesas de paz y cooperación... y nosotros les creímos. Les mostramos las minas de esmeraldas y las plantaciones tabaqueras de *juju* y sus ojos relampaguearon de codicia. Vinieron más y más y su arrogancia creció. Y ahora...

—Nada bueno, Antil, tienes razón —dijo Karl—, pero creo que te lo tomas demasiado a pecho.

—¡Demasiado a pecho! ¿Acaso tenemos derecho al voto? ¿Tenemos alguna representación en el Congreso Provincial Venusino? ¿No hay acaso leyes que prohíben a los venusinos subir a los mismos estratovehículos que los terrestres, comer en el mismo hotel o vivir en la misma casa? ¿Acaso no están todos los colegios cerrados para nosotros? ¿No se han apropiado los terrícolas de las mejores partes del planeta? En definitiva, ¿hay derechos a tenor de los cuales los terrestres nos permiten estar sobre nuestro *propio* planeta?

—Lo que dices es la pura verdad, y yo lo lamento. Pero esas mismas condiciones existieron en otro tiempo en la Tierra respecto a las llamadas «razas inferiores», condiciones que con el tiempo fueron desbancadas hasta conseguir la igualdad que reina hoy. Recuerda, además, que las personas inteligentes de la Tierra están de vuestra parte. Yo, por ejemplo, ¿he prejuizado alguna vez contra un venusino?

—No, Karl, sabes que no. Pero ¿cuántos hombres inteligentes hay? Antes de que la igualdad fuera establecida en la Tierra, transcurrieron milenios de guerras y sufrimientos. ¿Qué ocurriría si Venus rehusara aguardar todos esos milenios?

Karl arrugó la frente.

—Tienes razón, claro, pero debéis esperar. ¿Qué otra cosa podéis hacer?

—No lo sé... no lo sé. —La voz de Antil acabó en un murmullo apagado.

De repente, Karl deseó no haber comenzado este viaje hacia las ruinas de la misteriosa Ash-taz-zor. La estremecedora monotonía del terreno, las justas quejas de Antil habían servido para deprimirle profundamente. Estaba a punto de vomitarlo, cuando el venusino alzó sus membranosos dedos apuntando hacia un montículo de tierra que tenían delante.

—Ésa es la entrada —dijo—; Ash-taz-zor ha quedado enterrada tras incontables milenios y sólo los venusinos la conocen. Tú eres el primer terrícola que va a verla.

—Mantendré el más absoluto secreto, Antil. Te lo he prometido.

—Vayamos, pues.

Antil apartó la lujuriosa vegetación para descubrir una estrecha entrada entre dos pedruscos e indicó a Karl que le siguiera. Ya en el estrecho y húmedo pasillo, tuvieron que arrastrarse. Antil sacó de su bolsa de viaje una pequeña linterna Atomita, que derramó un blanco haz de luz sobre los muros de goteante piedra.

—Estos corredores y túneles —dijo— fueron excavados hace tres siglos por nuestros antepasados, para quienes la ciudad era un lugar sagrado. Con el tiempo, sin embargo, lo fuimos dejando. Es la primera visita que hago después de muchísimo tiempo. Quizá sea éste otro signo de nuestra degeneración.

Caminaron unas cien yardas en línea recta; luego, los corredores parecieron confluir en un alto recinto con cúpula. Karl respiró entrecortadamente ante el panorama que se le ofrecía. Había restos de edificios, maravillas arquitectónicas sin paralelo en la Tierra desde la Atenas de Pericles. Pero todo en lamentable ruindad, tanto que lo que quedaba era apenas un apunte, un indicio de la magnificente ciudad.

Antil cruzó la zona abierta y se internó por otro túnel cuyo retorcido camino se prolongaba durante media milla medio de tierra y rocas. Aquí y allá se veían pasillos que se ramificaban a su vez y en una o dos ocasiones Karl pudo vislumbrar restos de arruinadas estructuras. Habría investigado de no haber estado Antil a su lado.

De nuevo emergieron al aire libre, esta vez ante un bajo y allanado edificio construido con una especie de piedra verde de aspecto muy delicado. Su ala derecha estaba destrozada casi por completo, pero el resto apenas parecía afectado.

Los ojos del venusino relampaguearon; su delgada silueta se enderezó con orgullo.

—Esto es lo que correspondería a un museo moderno de las artes y las ciencias. Aquí podrás ver la pasada grandeza y cultura de Venus.

Con enorme excitación, Karl entró: era el primer terrícola que veía aquellas antiguas reliquias.

El interior estaba dividido en una serie de vastas alcobas, ramificándose a partir de la larga columnata central. El techo era una inmensa pintura mural apenas visible a la luz de la linterna Atomita.

Perdido entre tanta maravilla, el terrícola vagó por las estancias. Había una extraordinaria sensación de extrañeza en las esculturas y pinturas que lo rodeaban, un matiz no humano que duplicaba su belleza.

Karl se dio cuenta de que se le escapaba algo vital en el arte venusino simplemente porque carecía de parámetros comunes entre su propia cultura y la de Venus, aunque podía apreciar la excelente técnica de los trabajos. Admiró especialmente la delicadeza de colorido de las pinturas, en nada semejantes a cualquier cosa existente en la Tierra Por rajadas, medio borradas y desconchadas que estuvieran, eran capaces de infundir una armonía que las hacía soberbias.

—¡Qué no habría dado Miguel Ángel —dijo a Antil— para poseer la maravillosa percepción del color del ojo venusino!

Antil hinchó el pecho con alegría.

—Cada raza tiene sus propios atributos. A menudo he deseado que mis oídos fueran capaces de distinguir los tenues tonos y las alturas sonoras, tal como pueden hacer los terrícolas. Quizá fuera capaz entonces de comprender eso tan placentero que encontráis en vuestra música terrestre. Su ruido es para mí mortalmente monótono.

Prosiguieron y a cada minuto que pasaba la opinión de Karl sobre la cultura venusina ascendía a elogios más encumbrados. Se veían largas y estrechas láminas de finísimo metal arracimadas, cubiertas con las líneas y ovoides propios de la escritura venusina: miles y miles de láminas. En ellas, Karl lo sabía, debía haber tantos secretos que los científicos de la Tierra darían media vida por conocerlos.

Luego, cuando Antil señaló un objeto de seis pulgadas de alto y afirmó que, según las inscripciones, se trataba de algún tipo de convertidor atómico con una eficiencia varias veces mayor que la de los modelos corrientes de la Tierra, Karl no pudo contenerse.

—¿Por qué no reveláis esos secretos a la Tierra? Si supieran tan sólo los logros obtenidos por vosotros en pasadas épocas, los venusinos ocuparían un puesto mucho más alto que el que ahora tenéis.

—Sí, ellos harían uso de nuestros conocimientos primitivos —replicó Antil amargamente—, pero nunca dejarían de explotar a Venus y a su gente. Espero que no hayas olvidado tu promesa de guardar absoluto silencio. —No, tranquilo, pero creo que cometes un error.

—Yo creo que no.

Antil se volvió y se alejó de la alcoba, pero Karl lo llamó para que esperase.

—¿No entramos en esta pequeña sala de aquí? —preguntó.

Antil se giró con los ojos muy abiertos.

—¿Sala? ¿De qué sala hablas? No hay ninguna sala aquí.

Las cejas de Karl se alzaron en un gesto de sorpresa, mientras en silencio señalaba la estrecha abertura que se abría en mitad del muro.

—Ayúdame, Karl. Nunca se pensó que esta puerta existiera, creo. Al menos no hay datos de su existencia y conozco las ruinas de Ash-taz-zor quizá mejor que ningún otro venusino.

Los dos se pusieron a empujar contra aquella sección del muro, que comenzó a retroceder con crujiente resistencia; luego, cayó tan repentinamente que casi los catapultó hacia el interior del pequeño cubículo, no del todo vacío. Volvieron a ponerse en pie y miraron a su alrededor.

El terrícola señaló las agrietadas y herrumbrosas líneas sobre el suelo y la zona donde la puerta encajaba en el muro.

—Tu gente parece que selló este recinto. Sólo la herrumbre de los evos ha roto los sellos. Me inclinaría a pensar que aquí hay alguna clase de secreto.

Antil meneó la verde cabeza.

—No había evidencia de puerta la última vez que estuve aquí. Sin embargo... —alzó la linterna Atomita y supervisó la sala rápidamente— no parece que haya nada.

Tenía razón. Aparte de un indescriptible cofre oblongo sostenido

por seis patas tubulares, no se veían más que ingentes cantidades de polvo y se percibía el casi sofocante hedor de las tumbas cerradas muchas eras atrás.

Karl se aproximó al cofre e intentó moverlo del rincón donde se encontraba. No pudo alzarlo, pero la tapa se deslizó bajo la presión de sus dedos.

—La tapa se mueve, Antil. ¡Mira!

Señaló un compartimento poco profundo que había en el interior, donde se veían una losa cuadrada de alguna sustancia vítrea y cinco cilindros de seis pulgadas de longitud que tenía la apariencia de plumas estilográficas.

Antil se estremeció de placer al ver los objetos y, por vez primera desde que Karl lo conocía, cayó en sibilante guirigay venusino. Cogió la losa vítrea y la examinó más de cerca. Karl, con la curiosidad despierta, hizo lo mismo. Estaba cubierta de puntos apiñados y de muchos colores, pero no había en ello razón alguna para el extremo regocijo de Antil.

—¿Qué es, Antil?

—Es un documento completo en nuestro antiguo lenguaje ceremonial. Hasta el presente no habíamos poseído sino fragmentos dispersos. Esto es un gran hallazgo.

—¿Puedes descifrarlo? —dijo Karl, contemplando el objeto con mayor respeto.

—Creo que sí. Es una lengua muerta y sólo tengo conocimientos superficiales de ella. Mira, es un lenguaje cromático. Cada palabra está indicada por una combinación de dos, a veces tres, puntos coloreados. Los colores se diferencian perfectamente, pero un terrícola, aunque tuviera la clave del lenguaje, tendría que utilizar un espectroscopio.

—¿Puedes leerlo ahora?

—Creo que sí, Karl. La linterna Atomita emite una luz casi como la del día y no creo que se nos presente ninguna dificultad. Sin embargo, me llevará un poco de tiempo; así que tú harías mejor prosiguiendo tu investigación. No hay peligro de que te pierdas, siempre que te mantengas dentro de este edificio.

Karl salió, llevando consigo una segunda linterna Atomita y dejando a Antil, el venusino, con la trabajosa tarea de descifrar el viejo manuscrito.

Cuando, después de dos horas, regresó el terrícola, Antil apenas había alterado su situación. No obstante, una expresión de horror podía verse en el rostro del venusino. El mensaje cromático yacía a sus pies, desatendido. El ruido que el terrícola provocó al entrar no pareció alterar al otro. Como fosilizado, permanecía inmóvil, con la mirada espantada.

Karl corrió a su lado.

—Antil, Antil, ¿qué ha ocurrido?

La cabeza de Antil se volvió lentamente, como si se estuviera moviendo en el interior de un líquido viscoso, y sus ojos miraron sin ver a su amigo. Karl le cogió por los delgados hombros y lo zarandeó.

El venusino recuperó el sentido. Desasiéndose de Karl, se puso en pie. Del cajón de la esquina cogió los cinco objetos cilíndricos, manoseándolos con una especie de extraña resistencia, y los metió en su bolsa. También guardó la losa que había descifrado.

Luego volvió a poner la tapa en el cofre e instó al terrícola para que saliesen de la sala.

—Debemos irnos ahora. Ya hemos estado aquí mucho tiempo. — Su voz tenía un insólito y asustado tono que disgustó al terrícola.

En silencio, recorrieron el camino de vuelta hasta encontrarse de nuevo sobre la superficie del planeta. Aún era de día, aunque el crepúsculo estaba cerca. Karl sentía mucha hambre. Tendrían que correr si querían llegar a Afrodópolis antes de que cayera la noche. Se alzó el cuello de su impermeable, se colocó la gorra de caucho casi sobre la frente y salió.

Caminaron milla tras milla antes de ver emerger ante ellos la cúpula de la ciudad, recortada en el horizonte gris. El terrícola masticó húmedos bocadillos de jamón, anhelando fervientemente la sequedad de Afrodópolis. Mientras tanto, el venusino, normalmente afable, mantenía un pétreo silencio, sin conceder la menor atención a su compañero. Karl aceptó tal actitud con filosofía. Tenía de los venusinos un concepto mucho más alto que el de la inmensa mayoría de los terrícolas, pero hasta él experimentaba un ligero desdén por el carácter hipersensible de Antil y su especie. El espantoso silencio no era sino una manifestación de sentimientos

que en Karl quizá se hubiera traducido todo lo más en un suspiro o fruncimiento de frente. Como sabía esto, el comportamiento de Antil apenas le afectaba.

El recuerdo del temor transparentado en los ojos de Antil todavía le hacía sentirse inquieto. Había sido después de la traducción de la curiosa losa. ¿Qué secreto habrían vertido en aquel mensaje los científicos progenitores de los venusinos?

Por último, Karl se decidió a hablar no sin vacilaciones.

—¿Qué decía la losa, Antil? Tiene que ser interesante, supongo, considerando lo que te ha afectado.

La respuesta de Antil fue simplemente un gesto de premura y, predicando con el ejemplo, se adelantó velozmente para internarse en las tinieblas crecientes que ante ellos se abrían: Karl se sintió desconcertado y más bien ofendido. Y en lo que quedó de viaje no volvió a intentar entrar en conversación con su acompañante.

Cuando llegaron a Afrodópolis, sin embargo, el venusino rompió el silencio. Al volverse a mirar a Karl, su rostro tenía el aspecto del que ha tomado una dolorosa decisión.

—Karl —dijo—, hemos sido amigos, de modo que quiero darte un consejo amistoso. Tienes que marchar a la Tierra la semana próxima. Sé que tu padre tiene un alto puesto en las reuniones del Presidente Planetario. Tú mismo serás probablemente un personaje de importancia en un futuro no muy lejano. Puesto que están así las cosas, te ruego encarecidamente que utilices hasta el menor átomo de tu influencia en pro de una moderación de la actitud de la Tierra hacia Venus. Yo, en réplica, siendo un noble de alcurnia perteneciente a la más antigua familia de Venus, haré lo propio para reprimir todos los conatos de violencia.

El otro frunció la frente.

—Parece que hay algo detrás de esto. No lo capto del todo. ¿Qué estás intentando decir?

—Sólo esto. Si las condiciones no se mejoran rápidamente, Venus se alzarán en una revuelta. En ese caso, no tendré otra alternativa que ofrecer mis servicios y entonces Venus ya no permanecerá sin defensa.

Aquellas palabras sirvieron sólo para divertir al terrícola.

—Vamos, Antil. Tu patriotismo es admirable, y tus temores justificados, pero el melodrama y el chovinismo no van conmigo.

Por encima de todo soy realista.

La voz del venusino sonó apremiante.

—Créeme, Karl, que lo que te he advertido es muy real. En caso de una rebelión venusina, no doy nada por la salvación de la Tierra.

—¡La salvación de la Tierra!

La enormidad de estas palabras dejaron atónito a Karl.

—Sí —continuó Antil—, pues puedo ser forzado a destruir la Tierra. Esto es lo que hay.

A continuación, se dio la vuelta y se internó en la maleza, encaminándose hacia la pequeña villa venusina en las afueras de la gran cúpula.

Pasaron cinco años, años de turbulentos desórdenes, y Venus se sacudió en su sueño como un volcán que se despierta. Los miopes amos terrícolas de Afrodópolis, Venusia y otras ciudades desatendieron negligentemente toda señal de peligro. Cuando pensaban en los pequeños y verdes venusinos, lo hacían con una desdeñosa mueca, como si dijeran:

—Ah, ¡esas cosas!

Pero las «cosas» llegaron al límite de su paciencia y las Bandas Verdes, nacionalistas, comenzaron a aumentar sus protestas cada día que pasaba. Luego, un día gris, en nada diferente a los días que lo precedieron, las hordas de nativos se abalanzaron contra las ciudades en rebelión organizada.

Los más pequeños domos, cogidos por sorpresa, sucumbieron. En rápida sucesión, Nuevo Washington, Monte Vulcano y St. Denis fueron apresadas junto con todo el continente oriental. Antes de que los ociosos terrestres se dieran cuenta de lo que estaba pasando, media Venus había dejado de ser suya.

La Tierra, aturdida por tan repentina emergencia —que, naturalmente, debería haber sido prevista—, envió armas y suministros a los habitantes de las ciudades que todavía pertenecían a la Tierra y comenzó a equipar una gran flota espacial para recuperar el territorio perdido.

La Tierra estaba molesta pero no asustada. Sabía que el suelo perdido por sorpresa podía ser recuperado fácilmente por la fuerza, y que el que aún estaba en su poder no se perdería jamás. Al menos,

así lo creían.

Imagínese entonces el estupor de los líderes terrícolas al ver que el avance venusino seguía adelante. Venusia había recibido importantes suministros de armas y alimentos; las defensas exteriores se prepararon, los hombres corrieron a sus puestos. Un escaso ejército de nativos desnudos y desarmados se aproximó y pidió la rendición incondicional. Venusia rehusó altaneramente y envió mensajes a la Tierra, en los que con mucho regocijo se hacía referencia a los nativos desarmados que tan atolondradamente habían obtenido sus éxitos.

Después, repentinamente, se dejó de recibir mensajes y los nativos conquistaron Venusia.

Los sucesos de Venusia se duplicaron una y otra vez, ante lo que deberían haber sido inexpugnables fortalezas. Incluso la misma Afrodópolis, con medio millón de habitantes, cayó ante quinientos venusinos. Esto, a pesar de que todas las armas enviadas desde la Tierra estaban en perfecto estado de uso.

El Gobierno Terrestre suprimió sus actos y la Tierra entera quedó en vilo ante los extraños sucesos de Venus; pero en el consejo interino, los estadistas fruncían los entrecejos mientras escuchaban las insólitas palabras de Karl Frantor, hijo del ministro de Educación.

Jan Heersen, ministro de la Guerra, se levantó irritado ante la conclusión del informe.

—¿Pretende que nos tomemos en serio la fortuita declaración de un verdoso medio marica y que hagamos la paz con Venus bajo sus condiciones? Eso es definitiva y absolutamente imposible. Lo que esas condenadas bestias necesitan es un buen vapuleo. Nuestra flota los barrerá del universo, y ya es hora de que se empiece a hacerlo.

—Esa operación puede no ser tan sencilla, Heersen —dijo el cano y anciano Frantor, saliendo en defensa de su hijo—. Muchos de nosotros hemos venido proclamando sin descanso que la política del Gobierno hacia los venusinos era completamente errónea. ¿Quién sabe qué medios de ataque han encontrado y cómo los utilizarán?

—¡Cuentos de hadas! —exclamó Heersen—. Usted habla de los

verdosos como si se tratase de personas. Son animales y deberían estarnos agradecidos por los beneficios que la civilización les ha reportado. Recuérdenlo, nosotros los estamos tratando mucho mejor de lo que algunas razas terrestres lo fueron en nuestra temprana historia: los Pielas Rojas, por ejemplo.

Karl Frantor volvió a tomar la palabra con voz agitada.

—¡Señores, debemos investigar! La advertencia de Antil es demasiado seria para descuidarla, sin importar cuán absurda haya podido sonar: aunque a la luz de las recientes conquistas venusinas, suena a cualquier cosa menos absurda. Propongo ser enviado como embajador con el almirante Von Blumdorff. Permítanme llegar al fondo de esto antes de iniciar nuestro ataque.

El silencioso Presidente de la Tierra, Jules Debuc, tomó la palabra por primera vez.

La propuesta de Frantor es razonable. Tiene que hacerse. ¿Hay objeciones?

No hubo ninguna, aunque Heersen puso mala cara y bufó irritadamente. Así, una semana más tarde, Karl Frantor acompañó a la armada espacial de la Tierra cuando ésta emprendió camino hacia el planeta interior.

Karl encontró algo extraño en el planeta, del que había estado ausente cinco años. Aún podía sentirse su eterna humedad, podía verse su eterna monotonía de blancos grises, su desperdigamiento de ciudades cupuladas... y, sin embargo, ¡qué diferente!

Por donde antes se paseaban los altaneros terrícolas con desdeñoso esplendor entre las hordas de venusinos postrados, mantenían ahora los nativos indiscutido dominio. Afrodópolis era por completo una ciudad nativa y en la oficina del primer gobernador se sentaba... Antil.

Karl le miró dubitativamente, sin saber qué decir.

—Me resisto a creer que te hayas convertido en un personaje axial —dijo por fin—. Tú... el pacifista.

—No fue mía la elección. Fue de las circunstancias —replicó Antil—. ¡Pero tú! No esperaba que *tú* fueras portavoz de tu planeta.

—Aquí actuó aquella boba advertencia que me hiciste hace años, y mis ponencias se convirtieron en las más pesimistas acerca de

vuestra rebelión. Vengo, ya lo ves, acompañado.

Su mano se elevó vagamente hacia donde las naves espaciales permanecían inmóviles.

—¿Vienes a amenazarme?

—¡No! A escuchar tus puntos de vista y tus planteamientos.

—Eso es fácil de obtener. Venus pide su independencia y la aceptación de la Tierra de su igualitario y soberano poder. A cambio, prometemos amistad, además del libre comercio sin restricciones.

—¿...Y esperas que lo aceptemos sin protestar?

—Sí, desde luego... si en verdad deseáis la salvación de la Tierra.

Karl puso cara de pocos amigos y se echó hacia atrás en su asiento.

—Por el amor de Dios, Antil, el tiempo de los pactos secretos y los duendes ha pasado. Muestra tus cartas. ¿Cómo tomasteis Afrodópolis y las otras ciudades tan fácilmente?

—Nos vimos forzados a ello, Karl. No deseamos hacerlo. —La voz de Antil contenía un escalofrío de agitación—. No aceptaron nuestras condiciones de rendición y comenzaron a cañonearnos. Nosotros... nosotros tuvimos que usar el... el arma. Tuvimos que matar a mucha gente... sin cuartel.

—No te comprendo. ¿De qué clase de arma estás hablando?

—¿Recuerdas aquella vez que estuvimos en las ruinas de Ash-taz-zor, Karl? La sala oculta, la vieja inscripción, las cinco pequeñas pistolas.

Karl asintió con una mueca de melancolía.

—Así lo pensé, pero no estaba seguro.

—Se trataba de un arma horrible, Karl. —Antil se echó hacia adelante como si el mero pensamiento no fuera suficiente—. Los antiguos la descubrieron... pero jamás la usaron. En su lugar, la escondieron, y el porqué de que no la destruyeran es algo que no puedo imaginarme. Desearía que la hubieran destruido, te lo juro. Pero el caso es que no lo hicieron, yo la encontré y he tenido que usarla... por el bien de Venus.

Su voz se convirtió en un susurro, aunque con manifiesto esfuerzo asumió el deber de explicarse.

—Los pequeños e inofensivos tubitos que viste entonces, Karl,

son capaces de producir un campo de fuerza de naturaleza desconocida (los antiguos, sabiamente, rehusaron ser explícitos en este punto) que posee el poder de desconectar el cerebro de la mente.

—¿Qué? —Karl se le quedó mirando con la boca abierta—. ¿De qué *estás* hablando?

—Vaya, tú debes saber que el cerebro es sencillamente el *asiento* de la mente y no la mente misma. La naturaleza de la «mente» es un misterio, desconocida incluso para nuestros antepasados; pero, en cualquier forma, utiliza al cerebro como intermediario para tomar contacto con el mundo de la materia.

—Ya. Y vuestra arma divorcia mente y cerebro... deja la mente desvalida, desprotegida... un piloto espacial sin mandos.

Antil asintió solemnemente.

—¿Has visto alguna vez un animal sin cerebro? —preguntó de repente.

—Pues sí, un perro... cuando estudiaba biología.

—Ven, entonces, y te mostraré un ser humano sin cerebro.

Karl siguió al venusino hasta el ascensor. Mientras descendía hacia la planta inferior —la planta prisión—, su mente se encontraba aturdida. Se agitaba entre el horror y la furia, poseído por alternos impulsos de deseo irracional de fuga y casi insuperables anhelos de matar al venusino que tenía al lado. El ascensor se detuvo, salió de la cabina y siguió a Antil por un lóbrego pasillo bordeado por estrechas celdas enrejadas.

—Ahí.

La voz de Antil sacudió a Karl como si de un súbito chorro de agua helada se tratara. Siguió la dirección de la mano membranosa y contempló con hechizada revulsión la figura humana que apuntaba.

Era un ser humano, indudablemente, en su forma... pero también inhumano. Ello (Karl no podía referirse al ente como «él») estaba sentado en el suelo torpemente, con la mirada fija en la blanca pared que tenía ante sí. Los ojos estaban vacíos de alma y de la boca entreabierta resbalaba un hilo de saliva, al tiempo que los dedos se agitaban sin ningún propósito coherente. Con náuseas,

Karl apartó la vista.

—No está exactamente descerebrado —dijo Antil en voz baja—. Orgánicamente, su cerebro no está dañado y se mantiene completo. Está meramente... desconectado.

—¿Cómo es que vive, Antil? ¿Por qué no se muere?

—Porque el sistema autónomo permanece intocado. Ponlo de pie y se tambaleará. Sujétalo, déjalo, y seguirá balanceándose. Su corazón late. Respira. Si pones alimento en su boca, lo tragará, aunque moriría de hambre antes de realizar el acto voluntario de comer la comida que le pusieras delante. Es vida... en cierto modo; pero sería mejor que muriera pues la desconexión es permanente.

—Es horrible... horrible.

—Es peor de lo que piensas. Estoy convencido de que en algún lugar dentro de esa corteza de humanidad, la mente, no dañada, existe todavía. Aprisionada y desvalida en el interior de un cuerpo que no puede controlar, ¿cuál puede ser la tortura de esa mente?

Karl se estremeció repentinamente.

—No conquistarás la Tierra con esta inexplicable brutalidad. Es un arma increíblemente cruel, pero no más que cualquiera de la docena que nosotros poseemos. Pagarás por esto.

—Por favor, Karl, no tienes ni idea de la millonésima parte del poder de este «Campo Desconectador». El Campo es independiente del espacio y quizá también del tiempo, de modo que su acción puede extenderse casi hasta lo infinito. ¿Sabes que se requirió tan sólo una descarga para abatir todo ser de sangre caliente de la desventurada Afrodópolis? —La voz de Antil sonó más tensa—. ¿Sabes que puedo abarcar toda la tierra con el Campo... y reducir de golpe a todos vuestros billones de criaturas al estado de muertos en vida?

Karl no reconoció su propia voz cuando protestó.

—¡Bestia! ¿Eres el único que conoce el secreto de ese maldito Campo?

Antil lanzó una risa hueca.

—Sí, Karl, la culpa es únicamente mía. Pero matándome no solucionarás nada. Si muero, hay otros que saben dónde encontrar la inscripción, otros que no sienten tanta simpatía como yo por la Tierra. Estoy perfectamente a salvo de ti, Karl, pues mi muerte sería el fin de tu mundo.

El terrícola se sentía completamente destrozado. No albergaba ni un fragmento de duda sobre el poder que los venusinos poseían.

—Accedo —murmuró—, accedo. ¿Qué he de decir a mi gente?

—Explícales mis condiciones y lo que puedo hacer si se presenta el caso.

Karl se apartó del venusino como si su roce fuera la muerte.

—Les diré eso.

—Diles también que Venus no es vengativa. No queremos utilizar nuestra arma: es demasiado horrible para ser usada. Si nos conceden la independencia en nuestros propios términos y nos permitís ciertas sabias precauciones contra futuras revanchas, lanzaremos nuestras cinco pistolas y la inscripción explicatoria en dirección al sol.

La voz del terrícola no alteró su susurro carente de tono.

—Les diré eso.

El almirante Von Blumdorff era tan prusiano como su nombre, y su código militar consistía simplemente en el empleo de la fuerza bruta. Así, pues, no extrañó a nadie que ante el informe de Karl reaccionara con burlas sarcásticas.

—Loco desamparado —bramó ante el joven—. Esto es lo que se saca de parlamentos, palabras, charlatanería. ¿Se atreve a venirme con esos cuentos de viejas sobre armas misteriosas de poder sin cuento? Sin la menor prueba, ¿ha aceptado lo que el verdoso le ha dicho? ¿No pudo tantear? ¿No pudo usted farolear? ¿No pudo mentir?

—Él no tanteó, ni faroleó ni mintió —respondió Karl—. Lo que dijo era la aplastante verdad. Si hubiera usted visto al hombre sin cerebro...

—¡Bah! Ésa es la parte más inexcusable de todo este miserable asunto. Le muestran un lunático, algún alterado mental y le dicen: «¡he aquí nuestra arma!». ¡Y usted lo acepta sin preguntas! ¿Ni siquiera le hicieron una demostración?

—Claro que no. El arma es mortal. No iban a matar a un venusino para darme gusto. En cuanto a enseñarme el arma... ¿le mostraría usted al enemigo sus golpes de efecto? Ahora respóndame a unas cuantas preguntas. ¿Por qué cree que Antil está tan seguro

de sí mismo? ¿Y cómo se explica usted que conquistara todo Venus tan rápidamente?

—No puedo contestar, lo admito, pero ¿prueba eso que la de ellos sea la explicación correcta? Sea como fuera, me estoy cansando de tanta cháchara. Vamos a atacar ahora y a la mierda con las teorías. Les soltaremos nuestros proyectiles y usted tendrá ocasión de comprobar el petardeo de porquería que nos devuelven.

—Pero, almirante, *debe* usted comunicar mi informe al Presidente.

—Lo haré... después de enviar Afrodópolis al más allá.

Se volvió hacia la unidad emisora central.

—¡Atención todas las naves! ¡Formación de combate! Vamos a bombardear Afrodópolis dentro de quince minutos.

Luego se volvió a Karl.

—El capitán Larsen informará a Afrodópolis de que tienen quince minutos para izar bandera blanca.

Los minutos comenzaron a transcurrir precipitadamente ante la ansiedad de Karl Frantor. Se sentó en completo silencio, la cabeza enterrada entre las manos, mientras el ruidito del cronómetro lanzaba una seca advertencia cada vez que las manecillas recorrían un minuto. Contó aquellos secos sonidos con murmurante susurro: 8... 9... 10. ¡Dios!

¡Sólo cinco minutos para una muerte cierta! ¿O no era un muerte cierta? ¿Tenía razón Von Blumdorff? ¿Se habrían marcado un farol los venusinos?

Un ordenanza se precipitó en la sala y saludó.

—Los verdosos acaban de responder, señor.

—Bien. —Von Blumdorff se inclinó hacia delante.

—Dicen: «Suplicamos encarecidamente que la flota no ataque. De lo contrario, no nos responsabilizaremos de las consecuencias».

—¿Eso es todo? —soltó el otro.

—Sí, señor.

El almirante soltó un sulfuroso torrente de blasfemias.

—¡La flema que tienen! —dijo luego—. Han llevado sus baladronadas demasiado lejos.

Mientras decía esto, los quince minutos se cumplieron y la armada entró en acción. Las primeras naves se dirigieron en picado contra la nubosa capa que protegía el segundo planeta. Von

Blumdorff sonrió apreciativamente, contemplando la operación ante una unidad de televisión... hasta que la formación de ataque, matemáticamente precisa, se desorganizó.

El almirante abrió los ojos desmesuradamente. La mitad de la flota más avanzada se había vuelto loca de repente. Primero, las naves estaban derivando; luego, en segundo lugar, disparaban desde ángulos absurdos.

Entonces llegaron comunicados de la mitad que quedaba sana: informes que anunciaban que las naves iniciales habían dejado de responder a la radio.

El ataque contra Afrodópolis fue inmediatamente interrumpido y se dio la orden de capturar las naves que habían fallado la primera intentona. Von Blumdorff se levantó, se volvió a sentar y se tiró de los pelos. Karl Frantor exclamó con voz mortecina:

—He ahí el arma —y cayó de nuevo en su constante silencio.

De Afrodópolis no se recibía la menor palabra.

Durante dos largas horas, el resto de la flota terrestre combatió contra sus propias naves. Siguiendo los cursos sin rumbo de las aturcidas embarcaciones, se lanzaban hacia ellas y las cercaban. Dispuestas en grupo, fueron descargados plenos chorros de cohetes hasta que el loco vuelo de las otras se equilibró y se detuvo. Veinte naves de la flota no pudieron ser atrapadas; unas continuaron en alguna órbita en torno al sol, otras se mantuvieron disparando contra el ignoto espacio y unas cuantas se estrellaron contra la superficie de Venus.

Cuando las naves dispersas que quedaban pudieron ser abordadas, los desprevenidos hombres que participaron en el abordaje quedaron aterrorizados. Setenta y cinco cáscaras humanas, desprovistas de juicio, podían verse en las naves. No había quedado ni un solo ser humano.

Los primeros en entrar gritaron espantados. Otros apartaron los ojos. Un oficial se percató de la situación de un vistazo y, echando tranquilamente mano de su pistola atómica, lanzó una descarga contra todos los seres descerebrados que tenía ante sí.

El almirante Von Blumdorff resultó afectado; parte de su primitivo orgullo y autoseguridad se vinieron abajo cuando oyó la noticia. Le fue presentado uno de los descerebrados y no pudo menos de sucumbir.

Karl Frantor le miró con ojos encendidos.

—Bien, almirante, ¿está satisfecho?

Pero el almirante no respondió. Empuñó su pistola y, antes que nadie pudiera detenerlo, se pegó un tiro en la cabeza.

Nuevamente se encontraba Karl Frantor ante una reunión del Presidente y su Gabinete, ante un desanimado y asustado grupo de hombres. Su informe fue completo y no quedó la menor duda del curso que debían tomar los hechos.

El presidente Debuc contempló al descerebrado conducido hasta allí como prueba.

—Estamos acabados —dijo—. Tenemos que rendirnos sin condiciones y postrarnos en demanda de piedad. Pero algún día... —Sus ojos relampaguearon como compensación.

—¡No, señor Presidente! —exclamó Karl—. No habrá ningún otro día. Debemos dar a los venusinos lo que les corresponde... libertad e independencia. Lo pasado pasado está: nuestros muertos han pagado por medio siglo de esclavitud venusina. Tras esto, debemos acceder a un nuevo orden en el Sistema Solar: al nacimiento de un nuevo día.

El Presidente inclinó la cabeza para meditar y luego la alzó nuevamente.

—Tiene usted razón —dijo con decisión—. No habrá ningún propósito de venganza.

Dos meses después se firmó el tratado de paz y Venus se convirtió en lo que había sido antaño: un poder soberano e independiente. Y con la firma del tratado un proyectil fue lanzado en dirección al sol. Se trataba del... arma demasiado espantosa para ser usada.

THEODORE STURGEON

Frustrado su deseo juvenil de ser un artista del trapecio, Theodore Sturgeon se convirtió en un gimnasta de las palabras, un juglar de las ideas y un maestro de las ceremonias narrativas de gran mérito. Educado en un hogar estrictamente religioso, Sturgeon descubrió que su único consuelo era retirarse a la biblioteca, donde descubrió los libros de H. G. Wells y Julio Verne, a los que se adaptó su interés por la fantasía. Varios de sus primeros trabajos —como la historia que aquí publicamos— aparecieron en revistas como *Weird Tales* pero las publicaciones de ciencia ficción fueron su principal consuelo, ayudándole a salvar diversas crisis personales; emergió al género como uno de los más inventivos escritores de la moderna ciencia ficción: hombre admirado tanto por los lectores como por sus colegas. De vez en cuando sorprendió al público con sus temas sexuales de impredecibles naturalezas, pero su nombre encabezando un relato es siempre garantía de una experiencia única. *Sin reacción* no escapa a la regla.

SIN REACCIÓN

Abreaction

Me senté ante los mandos del gran tractor explanador D-8 e intenté recordar. El campo de aviación, construido sobre una salina, se extendía en torno a mí. Al oeste había un cúmulo de edificios: la gasolinera y el almacén de latas de grasa. Cerca de allí se erguía la

armazónica silueta de un eventual puesto de observación climatológica, con su velocímetro, su veleta y su cono de viento. Todo parecía normal... aunque allí había algo *más*...

Podía recordar gente, bellas personas cubiertas con brillantes y holgadas vestimentas. Las recordaba como si las hubiera visto apenas un minuto antes, pero a distancia; aunque el recuerdo sólo traía rostros cercanos...

Un rostro: una chica de oro; sus ojos, sus cabellos, su piel eran de tres diferenciados tonos áureos.

Sacudí la cabeza tan violentamente que me hizo daño.

Yo era un tractorista. Tenía que... ¿qué tenía que hacer? Miré a mi alrededor, vi la grava diseminada tras de mí, la tierra descubierta delante; me di cuenta, pues, de que repartía la grava con la máquina. Pero me pareció que... que... sin la realidad física del trabajo medio hecho, no habría sabido por qué razón me encontraba allí.

Sabía dónde había visto a aquella chica, a aquella gente. Creí que lo sabía... pero el pensamiento se situaba justo donde no podía alcanzarlo. Mi mente operó para localizar el lugar, para asegurarme de que se trataba de aquel sitio, pero la localización se resistió, las operaciones mentales se debilitaron, se rompieron en el esfuerzo y, en consecuencia, me entró dolor de cabeza.

Un gran camión con remolque vino lanzado y se precipitó hacia mí, levantando chorros de lodo desde sus ruedas sin guardabarros. El conductor era un puertorriqueño, un tipo fornido de mediana edad. Le conocía bien. Bien... ¿seguro? Alzó un brazo, con la palma de la mano hacia arriba, haciendo señales.

—¿Dónde lo quieres?

Yo señalé vagamente hacia la derecha, hacia el borde de la grava esparcida. Sujetó el volante con una mano y puso la otra sobre el elevador del cambio de marchas, clavando al mismo tiempo los ojos en mí. Mientras se acercaba al borde de la grava, fui alzando la mano; por fin, dio al elevador y la caja del remolque se abrió, elevándose, derramando grava y conformando un montón de doce yardas cúbicas. El conductor saludó y el pesado Diesel se alejó ronroneando, con el pie del hombre sobre el acelerador.

Saludé al puertorriqueño... ¿Cuál era su nombre? A él le conocía, ¿no? Y él a mí también, a tenor del saludo que hizo al

marcharse. Su nombre... ¿era Paco? ¿Cruz? ¿Eulalio? No, maldita sea, y lo bueno es que lo sabía tan bien como el mío...

¡No sabía mi propio nombre!

¡Mierda, mierda! Estoy loco. Asustado. Completamente loco. ¿Qué le había ocurrido a mi cabeza? Todo giraba a mi alrededor, y sin esfuerzo recordaba a la gente de vestiduras resplandecientes mientras mi mente se concentraba, pero se evaporaba de nuevo y se instalaba la nada.

Una vez, de niño, en la escuela me caí de las paralelas quedé sin sentido; cuando me recuperé, me encontraba orno ahora. Podía verlo todo, y palpar, oler y gustar cualquier cosa, pero no podía recordar nada. Ni siquiera un minuto. Preguntaba que qué me había ocurrido, me lo decían y cinco minutos más tarde tenía que preguntarlo de nuevo. Me pidieron mi dirección para poder llevarme a casa, pero no podía recordarla. Obtuvieron mi domicilio por los archivos del colegio y me llevaron a casa; mis pies reconocieron el camino hasta el cuarto piso, donde estaba nuestro apartamento... yo no recordaba qué camino había que seguir, pero mis piernas sí lo hicieron. De modo que fui e intenté contarle a mi madre lo que me había ocurrido; yo no lograba recordar nada y ella me llevó a la cama; cuatro horas después me desperté perfectamente bien.

En un minuto, allí sobre la explanadora, nada pude hacer por evitar el miedo, así que me puse a manejar el tractor y conseguí pensar un poco. Traté de recordar todo desde el principio, pero, como era demasiado difícil, intenté encontrar algo que me hiciera recordar. Allí sentado, dejé mi mente completamente en blanco. A lo lejos, había algo parecido a un remolque y grava. Se veía bastante claro, aunque no sabía dónde encajarlo ni cuándo. Miré a mi alrededor y vi el montón de grava listo para ser extendido. Entonces era eso lo que el camión había hecho; y... ¿había sido justo ahora o había estado yo sentado en aquel lugar mucho tiempo, una eternidad, esperando recordar que debía extenderla?

Comprobé entonces que podía recordar ideas, pero no sucesos; sí, sucesos, pero no ordenados. Sin continuidad. Hacía un año... o hacía un segundo: era lo mismo. Nada claro, nada concretamente

real, todo mezclado. También estaban las ideas, pero la continuidad no importaba. Que yo pudiera recordar una idea, que pudiera saber que un montón de grava significaba que ésta tenía que ser esparcida; *eso* era una idea, una condición de las cosas que yo podía identificar. El camión se acerca, se va, descarga: he aquí los sucesos. Yo sabía que estas cosas habían ocurrido porque la grava estaba allí, pero no sabía cuándo, ni tampoco si había sucedido algo entre todas estas cosas.

Contemplé los mandos y fruncí el entrecejo. ¿Podía recordar cómo manejarlos? Esta palanca y ese pedal... ¿qué significaban para mí? Nada, y nada de nuevo...

No debía pensar sobre eso. No tenía que pensar en ello. Debía pensar lo *que* debía hacer y no cómo debía hacerlo. He conseguido esparcir la piedra. Aquí hay piedra desperdigada y allí no hay nada, y en el límite de la piedra desperdigada está el montón de grava. Así, contemplándolo, viendo cómo yace, dejo que mis manos y pies recuerden algo acerca de las palancas y los pedales. Aumentan la velocidad, elevan la pala del suelo, embragan al tercer engranaje, empujan las tres toneladas en forma de cono y los doce pies cúbicos se ensanchan.

La explanadora carga y la grava forma a los extremos dos regueros y mi mano derecha manipula hacia mí y hacia fuera sobre el mando, sabiendo cuánto hay que subir para que la grava quede a la altura deseada, no demasiado alto pues así se formarían promontorios que hay que evitar para cuando pasen los camiones... pues una explanadora construye la carretera y camina por ella, y si la carretera está mal hecha la máquina equilibradora se inclina y la pala tropieza y carga para hacer ondulaciones que, cuando los camiones den con ellas, hace inclinar la máquina equilibradora y corta ondulaciones, que, cuando los camiones den con ellas... como fuere, mis manos sabían lo que hacer, y así mis pies; y ellos lo hicieron todo el tiempo en tanto que yo sólo podía ver lo que se estaba haciendo, y no podía entender los sucesos.

Esto no puede seguir, pensé desesperadamente... Estoy de puta madre, supongo, porque puedo hacer mi trabajo. Todo está frente a mí y sé lo que tiene que hacerse y mis manos y pies saben cómo tiene que hacerse; pero supóngase que alguien viene y me habla o me dice que hay que ir a algún otro sitio. Ni siquiera puedo

recordar mi propio nombre. Mis manos y mis pies poseen más sentido que mi cabeza.

De modo que pensé que tenía que inventariar todo cuanto podía esperar, todo cuanto sabía positivamente. ¿Cuáles eran las cosas que sabía?

La máquina estaba allí y a nivel, y la grava, y el remolque la había traído. Mi ser poseía en ello algo real. Uno tiene que comenzar todo con la creencia de que uno mismo existe.

La faena, el trabajo son cosas verdaderas.

¿Dónde estaba yo?

Tenía que estar donde debía estar, adonde yo pertenecía, pues el conductor del remolque me conocía, sabía que yo estaba allí, y el hecho no había acabado. «Campo de aviación» era como un corolario para mí, con la autopista y el cono de aire con anuncios grabados, y no tenía necesidad de pensar más allá. La gente de vestiduras resplandecientes, y la chica...

Pero no había allí nada concerniente a ellos. Nada de nada.

Esparcir la piedra era algo que yo tenía que hacer. Aunque ¿era eso todo? Yo no estaba sólo esparciendo piedra. Tenía que esparcirla para... para...

No para ayudar a acabar el campo de aviación. No era eso. Era algo más, pero...

¡Oh! ¡Oh! Yo tenía que esparcir piedra para *ir* a un lugar.

Yo no quería ir a ninguna parte, excepto adonde pudiera pensar de nuevo, adonde pudiera saber qué me había ocurrido, adonde pudiera atrapar mi mente y exprimir de ella las cosas importantes, como mi nombre, y el nombre del conductor del remolque, Paco o Cruz, o Eulalio o quizá Emanuelo von Hachmann de la Vega, o lo que fuere. Pero necesitaba la capacidad de pensar otra vez rectamente y de saber todas las cosas importantes que están arribando a un *estado* de conciencia, no a un *lugar*. Lo sabía, lo sabía, de algún modo sabía con certeza que para arribar a ese estado tenía que arribar a un punto.

Repentina y asombrosamente, me iluminó un relámpago de conocimiento sobre el punto... no de lo que era sino de cómo era, y grité y me destrocé la garganta y caí hacia atrás en el asiento del tractor, intentando exhalar *cómo* era aquello.

Mi abdomen se endureció por el horror. Me llevé las manos a La

cara y mis manos y mi rostro se anegaron en sudor y llanto¿Miedo? ¿Quién no ha tenido alguna vez miedo de morir, al ver que la Muerte nos está mirando con fijeza? Más exacto aún: ¿no ha visto nadie cómo la Muerte se da media vuelta ante nosotros porque sabe que no tenemos más remedio que seguirla? ¿Quién no ha visto esto y sentido miedo?

Bien, lo mío era peor, pues tenía estrechada a la Muerte entre mis brazos, ya que sólo Ella podía perdonarme lo que me había pasado cuando llegué al lugar en que ahora estaba.

Así, pues, yo no tenía que esparcir piedra.

No haría nada que me acercara hasta el lugar donde aquello podía ocurrirme. Me *había ocurrido*... No lo haría. Aquello era algo importante.

Había otra cosa impórtame. No debía proseguir así, sin saber mi nombre ni el del conductor del remolque, ni dónde estaban el campo de aviación y la base y tantas otras cosas.

Esas dos cosas eran las más importantes del mundo. De *este* mundo... este mundo...

Este mundo, este mundo: *otro* mundo...

Un completo desierto me rodeaba.

¡Vaya! Así que el campo de aviación no era real, el remolque no era real, el anemómetro y el almacén de latas de grasa tampoco eran reales. ¡Vaya! (¿Por qué me entristece lo del nombre del conductor si no era real?)

Sin embargo el tractor explanador era real. Yo iba sentado en él. Los seis grandes cilindros estaban zumbando, y la palanca de embrague vibraba rítmicamente como si su extremo inferior estuviera enterrado en algo que respirase. Por otra parte... sólo desierto, y algunas colinas a lo lejos, y un sol que era excesivamente anaranjado.

Piensa, pues, piensa. Este desierto significa algo importante. No me sentía sorprendido de estar en el desierto. Eso era importante. Este lugar en el desierto estaba cerca de algo, cerca de un algo espantoso que me haría daño.

Miré a mí alrededor. No pude ver nada, pero estaba allí el algo que me haría daño. No pasaría por eso otra vez.

Otra vez.

Otra vez... esto era importante. No extendería piedra ni llegaría al lugar. No pasaría por aquello que me había ocurrido ni aunque desapareciera mi locura ni aunque la siguiera soportando por el resto de la eternidad. Que me cojan y me aten y sacudan su cabeza sobre mí, que se marchen y me abandonen, y coloquen barrotes en la ventana para que la luz de la torcida luna proyecte las sombras de los barrotes en blanco y plata sobre el suelo de mi celda. No me preocuparé lo más mínimo de todo esto. Podía hacer frente al dolor de esperar a saber mi nombre y el del conductor del remolque (era puertorriqueño, de modo que su nombre tenía que ser Villamil o Roberto, pero no Bucyrus-Erie ni Oruga Trece Mil) y quién era la gente de las vestiduras resplandecientes; yo *estuve* afrontando todo eso, y sabía el daño que hacía, pero no iría de nuevo a aquel sitio ni me expondría a un daño mucho mayor. No otra vez. No otra vez.

Otra vez. Otra otra otra vez. ¿Cuál es la condición de repetición de las cosas? Todo cuanto hago lo hago de nuevo. Podía recordar esa sensación de tiempo atrás... años atrás solía ocurrirme una vez cada tanto. Uno no ha estado nunca en cierto pueblo, digamos, y asciende hasta la cúspide de la colina en bicicleta y ve la forma de la iglesia y las casas, y los ángulos de las retorcidas calles empedradas, y la forma y tonalidad de los campos de flores. Uno sabe que si fuera interrogado podría decir cuántas estacas hay en la blanca puerta de la cerca blanquiazul de la tercera casita desde la esquina. Todos los científicos asienten y sonríen y dicen que uno lo ha visto por segunda vez... un veinteavo de segundo después del primer vislumbre; y que el impacto de familiaridad se edificó durante el siguiente veinteavo de segundo. Y uno asiente y sonríe también y dice cojonudo, cuántas cosas sé. Pero sabe, uno *sabe* que ha visto ese lugar antes, sin importar lo que los otros digan.

Así es como lo sé yo, sentado sobre mi máquina en el desierto y sin sorpresa, y poseyendo ese sentimiento de repetición; porque yo estaba recordando la última vez que el remolque vino hacia mí a través del campo de aviación, arrojando una estela de humo azul por su agotado tubo de escape, rugiendo y dando tumbos mientras se me aproximaba. Al principio no significaba nada, recordando que venía, no que venía, no que tuviera el mismo conductor, el puertorriqueño; y, claro, transportaba la misma carga del mismo

material. Todos los viajes con el remolque fueron exactamente lo mismo. Aunque había algo que yo recordaba... que *ahora* recordaba...

Había un bastón graduado dentro del terraplén para medir la profundidad de la grava, y *no estaba tan cerca como había estado siempre*. De manera que no había sido el mismo remolcador en cualquier ocasión anterior. ¡Era la *misma ocasión* sobrepasada de nuevo! La última vez se había borrado. Yo estaba sobre una especie de escalera mecánica y me transportaba hasta el lugar donde me daba cuenta de algo que tenía que atravesar, y grité. Y entonces yo era devuelto a lo anterior y ubicado otra vez sobre el asiento, ante el lugar en que el conductor puertorriqueño, señor comosellame, descargaba la grava y se marchaba otra vez.

Y este desierto ahora. Este desierto era una especie de desembarcadero junto a la escalera mecánica, donde yo debía ir a parar a veces, en vez de ir de Continuo hasta el lugar donde el camión se acercaba. Yo había estado aquí antes, y aquí estaba otra vez. Y allí estaba el otro lugar, con la gente resplandeciente, y la chica con todas las cualidades y matices del oro. Era el mismo lugar de la luna torcida.

Me cubrí los ojos con las manos e intenté pensar. El ronroneo del motor me molestó de repente y me levanté y tanteé bajo el tablero de mandos y bajé el gas. El silencio, abriéndose paso entre los ecos, fue tomando consistencia, hasta que el último ruido se disparó en todas direcciones, abandonándome en la calma.

Hubo un suave golpe sobre la arena junto a la máquina. Era uno de los resplandecientes, el viejo, que tenía la frente muy ancha y los cabellos tan finos, tan finos como una telaraña. Lo conocía. Sabía su nombre también, aunque no podía recordarlo por el momento.

Bajó de su asiento-volante y se me acercó.

—Hola —dije. Cogí mi camisa del asiento de al lado y me la puse sobre un hombro—. Sube.

Sonrió y extendió su mano. La cogí y le ayudé a subir a la cabina. Sus manos eran muy fuertes. Ascendió y se sentó.

—¿Cómo te sientes?

Unas veces hablaba alto y otras no, pero yo siempre entendía.

—Me siento... confuso.

—Sí, claro —dijo él amablemente—. Vamos. Pregúntame sobre aquello.

Le miré.

—Yo... ¿pregunto *siempre* por aquello?

—Siempre.

—Oh.

Miré a mí alrededor, el desierto, las colinas, la explanadora, el sol que era excesivamente anaranjado.

—¿Dónde estoy? —pregunté.

—En la Tierra —dijo; sólo que la palabra que había usado para decir Tierra significaba Tierra únicamente para él; significaba *su* tierra.

—Ya sé eso —dije—. Quiero decir, ¿dónde estoy realmente? ¿En la base aérea o aquí?

—Oh, estás aquí —dijo.

Al oírlo, me sentí enormemente aliviado.

—Tal vez fuera mejor que me lo contaras de nuevo.

—Has dicho «de nuevo» —observó, y puso una mano sobre mi brazo—. Comienzas a darte cuenta... Muy bueno, muchacho. Muy bueno. Perfecto. Te lo contaré una vez más.

»Viniste hace mucho tiempo. Seguiste por una carretera con tu gran máquina ruidosa y te internaste por el desierto hasta llegar a la ciudad. La población jamás había visto una máquina ruidosa con anterioridad, y se apelotonaron en la puerta para verte llegar. Se hicieron a un lado para dejarte paso, y corrieron, y tú cargaste con la máquina y aplastaste a seis personas contra el quicio de la puerta.

—¿Hice eso? —exclamé. Luego dije—: Lo hice. Oh, lo hice.

Me sonrió otra vez.

—Ssst. No. Fue hace mucho tiempo. ¿Prosigo?

»No pudimos detenerte. No tenemos armas. Nada pudimos hacer para enfrentarnos a aquel monstruo que tú conducías. Fuiste de aquí para allá por las calles, destrozando las entradas de los edificios, persiguiendo a la gente, y riendo. Tuvimos que esperar hasta que bajaste de la máquina, y entonces te atrapamos. Estabas completamente loco. Fue —añadió delicadamente— un estudio muy

interesante.

—¿Por qué lo hice? —susurré—. ¿Cómo pude haceros una cosa así a... *vosotros*?

—Estabas herido. Mortalmente herido. Habías venido procedente de algún lugar cercano a este sitio. Habías enloquecido por tus pacientes sufrimientos. Más tarde, seguimos las huellas de tu máquina. Encontramos los lugares por donde habías estado conduciendo a la deriva por el desierto, y el lugar donde, en una ocasión, abandonaste la máquina y viviste en una cueva, probablemente durante semanas. Comiste hierbas y langostas. Matabas todo cuanto podías por alguna extraña motivación de venganza.

»Te volviste loco por falta de agua y deseo de venganza, y estabas muy delgado. Tu rostro estaba cubierto de pelo, algo extraordinario, aunque los análisis mostraron que tenías un constante deseo de poseer un rostro sin pelo. Después del tratamiento casi llegaste a la racionalidad. Pero tu noción del tiempo estaba casi totalmente destruida. Operaban en ti dos bloqueos psicológicos casi irrompibles: el recuerdo de cómo habías llegado aquí y tu identidad.

»Hicimos lo que pudimos por ti, aunque permaneciste sin felicidad. Las lunas te afectaban de un modo extraño. Tenemos dos, una inscrita en la órbita de la otra, aunque ambas con el mismo período. Observadas sin instrumentos, cuando alcanzaban el plenilunio parecían producir un eclipse.

»La visión de lo que tú llamabas la luna torcida desbarataba gran parte de nuestro trabajo. Y luego te sobrevinieron los ataques de una abrumadora emoción que tú llamabas “remordimiento”, que parecía ser algo semejante a la crueldad y algo semejante al amor, incluyendo una parcial negación de la voluntad de sobrevivir... y tú no podías comprender por qué nosotros nos negábamos a castigarte. ¡Castigarte... estando enfermo!

—Sí —dije—. Recuerdo bastante ahora. Me disteis cuanto podía desear. Incluso me proporcionasteis... me proporcionasteis...

—Oh... aquello. Sí. Tenías unas convicciones sobre el amor y el matrimonio profundamente arraigadas. Creímos que te haría más feliz...

—Lo fui, y luego no lo fui. Yo... yo quería...

—Lo sé, lo sé —dijo sosegadamente—. Querías de nuevo tu nombre, y de algún modo deseabas tu propia tierra.

Me crucé de brazos, atenazándomelos con las manos.

—Debería estar satisfecho —exclamé—. Debería estarlo. Sois todos tan amables, y ella... y ella... ella ha sido... —Sacudí la cabeza con irritación—. Debo estar loco.

—Por lo común —me dijo sonriendo— me preguntas en este punto cómo llegaste hasta aquí.

—Sí. Te lo repetiré. ¿Sabes? En la fábrica del espacio hay irregularidades. No... no del espacio exactamente. Tenemos una palabra para eso... —la dijo—... que significa, literalmente «espacio que es tiempo que es psique». Es una condición espacial que por su naturaleza crea tiempo, pensamiento y materia. Tu mundo, en relación al nuestro, se encuentra en lo infinitamente grande o en lo infinitamente pequeño, o quizá en lo infinitamente distante, tanto en el espacio como en el tiempo... no importa, pues se trata de lo mismo en sus últimos extremos... Pero prosigamos.

Mientras permanecías en tu trabajo, condujiste tu máquina a un punto de tensión en esta fábrica... una caprichosa y completamente improbable posición en... —dijo aquí de nuevo la palabra—, al que tu universo y el nuestro permanecen tangenciales. Tú... lo atravesaste.

Me puse tenso cuando lo dijo.

—Sí, eso fue. Te provocó tu inconcebible agonía. Propició tu locura. Te saturó de deseo de venganza y miedo. Bien, nosotros... te curamos de todo excepto del miedo a penetrar en esa agonía nuevamente y de la peculiar melancolía que envuelve la pérdida del ego... el deseo de saber tu propio nombre. Puesto que fallamos ahí —se encogió de hombros—, tuvimos que hacer lo único que nos quedaba. Intentamos devolverte a tu sitio de procedencia.

—¿Por qué? ¿Por qué eso?

—No estás a gusto aquí. Nuestro sistema social, nuestra filosofía se basan en la satisfacción de lo individual.

Así que tuvimos que hacer lo que estaba a nuestro alcance... a cambio, nos proporcionaste un tremendo acopio de material de investigación en psicología y en cosmogonía teórica. Te estamos agradecidos. Queremos que poseas cuanto desees. Tu miedo es inmenso. Tu deseo es más inmenso. Y para ayudarte a satisfacer tu

deseo, tuvimos que ubicarte en este proceso de no-reacción.

—¿No-reacción?

Asintió.

—La representación psicológica, o el repaso de todo cuanto habías hecho hasta tu llegada a este lugar, en un esfuerzo por retornarte al punto de entrada exactamente en las mismas coordenadas mentales que cuando te internaste aquí. No podemos encontrar ese punto. Tiene algo que ver con tu particular matriz psíquica. Pero si el punto permanece todavía aquí, y si, por hipnosis, podemos provocar con exactitud todo lo que hiciste cuando te acercaste por vez primera... vaya, entonces regresarás.

—¿Puede ser... peligroso?

—Sí —dijo sin vacilación—. Incluso si el punto de tangencia permanece aún aquí, donde emergiste, puede que no sea el mismo punto en tu tierra. No olvides... que has estado aquí durante lo que en tus términos serían once años... Y aquí está el dolor y la lucha: terrible si te marchas, infinitamente más terrible si no lo haces, pues puedes ir a parar a... a *cualquier lugar* eternamente, plenamente consciente, y sin ninguna posibilidad de alivio.

»Sabes todo eso y sin embargo todavía deseas que intentemos... —suspiró—. Te admiramos profundamente, y nos maravillamos también; pues eres el hombre más valiente que hemos conocido nunca. Particularmente, nos maravilla tu cultura, que tan férrea ligazón puede producir con el propio *ego*... ¿Debemos intentarlo de nuevo?

Contemplé el sol que era excesivamente anaranjado, y las colinas, y esta ancha, calma y hermosa cara. Si pudiera haber pronunciado mi nombre entonces, creo que me habría quedado. Y si pudiera haberla visto en aquel justo momento, creo que habría esperado al menos un buen tiempo.

—Sí —dije—. Intentémoslo otra vez.

Tenía miedo de no poder recordar mi nombre ni el nombre de aquel *Gracias-de-nada*^[2], o lo que fuere, de aquel tipo que conducía el remolque. No podía recordar como manipular la máquina; pero mis manos sí recordaban, y también mis pies.

Me senté y miré el montón de grava; luego eché mano a la

palanca y alcé la pala. Arremetió contra el montón, grava se introdujo en la pala y formó regueros a los dos. Cuando vi que la grava estaba en la pala, me detuve, manipulé al contrario los mandos, pisé el pedal izquierdo, a fondo, le di al freno...

Aquello era, pues. Paleando hacia atrás, allanando el montón de grava que había en la pala y que se deslizaba por los extremos. Mientras lo hacía, la máquina se tambaleó, dejó caer la pala blandamente. Entonces miré atrás —fuerza de costumbre, pues un tractor explanador de tal tamaño puede provocar destrozos en cualquier cosa— y vi algo borroso en el terraplén.

Era un fragmento de grava desperdigada que parecía virar en los bordes. Miré al sol y luego, seguidamente, al cielo. Podía haber sido una mancha alucinada. Pensé que algo divertido había ocurrido ante mí. Pero no detuve la máquina y, de repente, me encontré allí.

Otra vez.

Surgió lentamente la agonía. Se alzó de modo que prometía más y luego sobrepasó la promesa e hizo de la cima de dolor una promesa más aguda. No había sentido la tirantez, pues todo se había balanceado y contrabalanceado nada se rompería. Todas las fuerzas internas eran tan violentas como las fuerzas externas y todo mi ser se situaba en el punto de equilibrio.

No quiero ni pensar en ello. Ni siquiera imaginarlo por un segundo. Un segundo, un segundo ausente de balanceo y me habría desintegrado en polvo cósmico. Fueron años para mí; años y años... Permanecí en un insólito cúmulo de años, en algún lugar del hiperespacio, y el peso de todo aquello estaba encima de mí y dentro de mí, consecutivamente, concurrentemente.

Desperté poco a poco. Me dolía todo, lo que era un alivante placer porque el dolor era sólo físico.

Comencé a olvidar.

Un médico se me acercó y me miró a hurtadillas.

—Hola —dije.

—Bien, bien —exclamó alegremente—. De modo que el pelagatos volador está con nosotros otra vez.

—¿Qué pelagatos volador? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

—En un dispensario. Muchacho, usted estaba trabajando con su explanadora y de pronto le pasó por la cabeza ser un piloto sin título. Eso es lo que dicen, claro. Yo lo que sé es que no había

señales alrededor de donde estaba la máquina, no en sesenta pies a la redonda. Seguro que usted no lo llevó hasta allí.

—¿De qué está hablando?

—Eso, hijo, no sabría decirlo. Aunque fui y miré por mí mismo. Encontraron el tractor todo reventado y usted al lado, con los pulmones saturados de sus propias costillas. El hombre más muerto que vi jamás.

—No entiendo. ¿Vio alguien cómo ocurría? ¿Está intentando...?

—El único que se envanece de haberlo visto es un puertorriqueño que conduce un remolque. No habla ni papa de inglés pero jura por todos los santos del calendario que volvió la vista después de dejar una carga y que lo vio a usted junto con veinte toneladas de explanadora *en el aire, a cuarenta pies del suelo*.

Lo miré fijamente.

—¿Quién es ese hombre?

—Un tipo rechoncho, aproximadamente de cuarenta y cinco años. Fuerte como un rinoceronte e igualmente sano.

—Lo conozco —dije—. Es un buen hombre. —Repentinamente, con entusiasmo—: Oiga... ¿sabe usted cómo se llama?

—No. No lo pregunté. Alguna floritura española, supongo.

—No, de ningún modo —dije—. Su nombre, es Kirkpatrick. Alonzo Padin de Kirkpatrick.

Rió.

—Los irlandeses son gente fantasiosa. Duérmase ahora. Ha estado inconsciente por lo menos tres semanas.

—He estado inconsciente durante once años —dije, y me sentí idiota como la mierda porque yo no quería decir nada parecido ni podía figurarme que cosa tal me saltara el pensamiento.

RAY BRADBURY

Para una gran cantidad de personas la Ciencia Ficción Moderna comienza y acaba con Ray Bradbury. Notable creador de obras clásicas como *The Martian Chronicle's* y *Something Wicked This Way Comes*, Bradbury posee un estilo que se asemeja a lo poético, expresando cosas ordinarias —y extraordinarias— de una forma que es totalmente única. Su ascenso hasta el lugar preeminente que ahora ostenta no fue fácil, sin embargo. Sus tempranos escritos a menudo señalan sus influencias demasiado abiertamente y su desesperada búsqueda de publicaciones frecuentemente hizo que comprometiera su propia naturaleza. Pero gracias a un agente perspicaz y a uno o dos editores, el joven Bradbury fue animado a derramar el torrente de palabras que contenía. *El flautista*, que aparece aquí, fue la primera historia que escribió sin colaborador —anteriormente había escrito gran número de obras junto con un escritor de ciencia ficción ya consumado, Henry Hasse— y que resistió bastante bien el paso del tiempo. Los entusiastas de Bradbury encontrarán en este relato algunos perfiles de lo que luego sería *The Martian Chronicle's*: a aquellos que no han leído esta gran obra, sírvales de excelente introducción.

EL FLAUTISTA

The Piper

Desde el espacio, Marte era como una linterna cobriza que incandesciera débilmente, se volviera vieja y agonizara. Semejaba

una amplia flor para la nave espacial jupiterina que se aproximaba.

Kerac, el marciano, permanecía en el interior de la nave, contemplando la amable y desvanecida flor, desplegada como los suaves pétalos del recuerdo, un poco temeroso de mirarla, aunque conociendo bastante los cambios que en veinte años podían haberse producido en el suelo patrio. Marte, a primera vista, continuaba el mismo. Los dedos de la nostalgia lo rozaron. Lágrimas extrañas anegaron sus ojos. Pero mientras la nave se deslizaba hacia la escasa atmósfera, la fisonomía del planeta comenzó a cicatrizar. Arrellanada sobre la pradera marciana yacía una ciudad, convirtiéndose en un protuberante ojo de imbécil su pauta de motas blancas y negras.

—Canalla jupiterina —juró Kerac mientras miraba fijamente hacia abajo—. ¡Vaya lío!

Sus delgados dedos mantenidos firmes, sus manos de araña sujetaron un caramillo de plata para el que había compuesto sus melodías y canciones populares: su único eslabón con su pasado, con su fama como compositor y músico.

Kerac comenzó a estremecerse como si un apaciguado viento estuviera soplando en su entorno: un viento de resentimiento, miedo y una extraña ira profunda. Las líneas de la ciudad conformaron detalles más perceptibles. Estaba repulsivamente exenta de planificación, una prueba de decadencia más que de progreso. No había ni que preguntarse que la ciudad había sido despanzurrada por las torpes y beodas manos de los colonizadores jupiterinos. Escualidez y el aspecto de aquellas criaturas azul pálido de Júpiter eran sinónimos.

Del centro de la ciudad brotaban autopistas como tentáculos de metal que enlazaban hacia el sur con otras tres ciudades jupiterinas; todas tan desproporcionadas e irritantes al ojo como la primera.

Kerac se enfureció, un poco contra sí mismo, un poco contra el bajo y flojo jupiterino de piel azulada que permanecía junto a él.

—¡Mira lo que han hecho! —exclamó—. Durante un millón de años ese valle había sido verde y fértil, y siempre cultivado. ¡Lo han destrozado buscando minerales! Aquellas montañas del sur eran regulares y hermosas. Las han despojado de cima y les han destrozado las faldas. ¿Es ésta tu muestra de la colonización de Marte? ¿Es esto lo que debo disfrutar tras mi retorno del exilio?

Kerac quedó en silencio. El jupiterino de piel azulada, mudo y pequeño en comparación con el increíblemente alto y delgado músico, no dijo nada.

El rostro del exiliado era una delicada red de líneas. Una seca, oscura cara semejante a la de un pájaro, águila y de ojos perspicaces. Había en su entorno un algo indefinible de misterio y melancolía. Y ahora estaba penetrando en los rostros de diez millones de marcianos muertos. Le gritaban sólo una cosa. Exigían venganza. Eso era todo.

—Mira —dijo Kerac, señalando—. ¿Ves el lugar por donde corre el río procedente de las colinas?

El jupiterino apretó los labios y no dijo nada. El exiliado prosiguió:

—Nací cerca del origen de ese torrente, allá en lo alto, donde las montañas son de color púrpura. ¡Míralo ahora! Desfigurado por veinte años de humo, tizne y suciedad, convertido por fin en una alcantarilla de desagüe.

—Los días de Klondike fueron tan malos en la Tierra —musitó el jupiterino, tomando la palabra tras varios minutos de silencio—. Es la misma urgencia sólo que a escala mayor. ¡El fin justifica los medios!

El pequeño jupiterino salió proyectado contra el suelo. Las portezuelas de salida se abrieron. Segundos después, Kerac caminaba sobre suelo marciano por vez primera en veinte años. Era el mismo suelo esponjoso y de húmedo olor que sus pies infantiles correteaban, aunque ahora estaba cubierto de basura, cicatrizado y acuchillado por los reactores de las naves espaciales, sucio por el aceite de las máquinas.

Kerac permaneció observando un momento. Los altavoces, situados en varios puntos en torno al campo de aterrizaje, despedían canciones jupiterinas llenas de disonancia y caos. Luego, con un juramento, echó a andar.

Una vacía botella de *utana* corrió rodando hasta él ruidosamente.

Abandonó el coheteuerto, se adentró en la ciudad por calles estrechas que remedaban paseos, llenas todas del hedor a pescado de las comidas jupiterinas. De algún lugar vino el eco pasajero de hirientes risas. Cristales rotos. Aquí y allá oíanse disparos, nuncios

de la muerte, sumándose al estruendo de la ciudad extrañada. El jupiterino le indicó una cochambrosa vivienda.

—Descansa ahí.

—No, gracias. —Kerac giró sobre sus talones, se quedó mirando hacia el confín de la ciudad, hacia donde pasara el torrente que venía de las colinas teñidas de violeta—. Me voy donde pueda respirar.

El jupiterino no hizo ningún movimiento para seguirlo, pero gruñó:

—El Consejo te encerrará si no te presentas una vez al día. ¡Te estaré esperando mañana, marciano!

Caminó aprisa, la mandíbula firme. La miseria anidaba en su alma. Las vividas luces herían sus ojos. La música jupiterina estaba desperdigada por toda la ciudad por medio de altavoces, constante, áspera. En una ocasión, el sonido de las estúpidas risas femeninas estalló en sus oídos.

El sol se ponía cuando alcanzó el tranquilo torrente. Se dejó caer allí con el agua lamiendo sus rodillas y se puso a rogar a las estrellas le proporcionaran algún plan que le ayudara a acabar con todo esto.

El torrente estaba frío para sus dedos, tan frío como la sangre de la raza marciana que se había suicidado a fin de no ser dominada y controlada por la avalancha de colonos procedentes de Júpiter. Kerac pensó en los pioneros, en su familia asesinada, en el suelo profanado. Rogó más fervientemente incluso.

—Kam, dame fortaleza —pidió—. Kam, dame fortaleza.

Cuando la ciudad quedó a sus espaldas, caminó con un nuevo brío en sus piernas. El regocijo lo poseyó y una canción acudió a sus labios. Cogió el caramillo de plata y entonó su canción hacia las colinas. Las colinas la repitieron suavemente.

Las estrellas aparecieron, el torrente que corría a su costado murmuró diversas melodías mientras el curso del agua se precipitaba sobre los cantos rodados. Súbitamente, el tiempo dejó de ser un obstáculo. El tiempo fluyó hacia atrás. Veinte años se desvanecieron como por arte de un neblinoso velo que cayera sobre ellos. Nuevamente los seres y los objetos gozaban de la paz.

Ninguna conquista se divisaba, nada que no fuera la belleza y la noche.

Se volvió para contemplar la ciudad jupiterina y su resplandor, monstruo de mil ojos desfigurando la llanura. Otra música interrumpió la canción que brotaba de sus labios. La música de los altavoces de la ciudad, emitida tan altamente que el viento del este la arrastraba y la portaba hasta las montañas.

—Kerac contuvo una maldición y se sumergió en meditaciones. La música demente se pegaba a sus talones. ¿No habría forma de escapar?

El viento cambió. La música de Júpiter hízose silencio. Kerac suspiró aliviado. No duraría mucho, pensó. Había venido a casa para morir. Ya era viejo. Los científicos jupiterinos lo habían exterminado diseccionándolo física y psicológicamente, y habían resuelto enviarlo a su moribundo planeta pues sabían muy bien que, solitario, ningún mal podría causarles. Era el último de la Raza Dorada.

Pero, ¿qué había de las criaturas de las montañas marcianas, las innominables y vastas hordas de entidades amorfas y con voz gutural que habitaban las cuevas de Marte? ¿Habían sido aniquiladas tan despiadadamente como la gran Raza Dorada?

La Raza Oscura no se había suicidado, esto al menos lo sabía Kerac. Y en cuanto a perseguir a sus miembros, habría tomado infinito tiempo la inspección de cada gruta entre los millones que había. El ángel de la esperanza ir comenzó a posarse sobre su hombro.

En un trecho escasamente iluminado en una dirección del desierto, la muerta ciudad marciana de Kam yacía desolada. Las arcaicas espirales de Kam ascendían delicadamente hacia los cielos y mostraban los majestuosos y simétricos parques y jardines como las inútiles alas de un magnificante pájaro para siempre tranquilo, que ya nunca más poseerá la vida ni la facultad del vuelo.

No mucho tiempo atrás la ciudad había respirado, había alumbrado el nacimiento de millones de marcianos, les había dado protección, unión, proporcionado cimas insospechadas, riquezas y felicidad durante incontables siglos de idílica existencia.

Kerac acarició su caramillo musical, el instrumento que le proporcionara solaz y consuelo en su prolongado exilio en Júpiter.

Lo miró tristemente. Un gran cúmulo de criaturas ascendió de la muerta ciudad de Kam: un rastro de blancos pájaros planeadores que cruzaba los astros con una chillona canción en sus mil gargantas. Repitiendo una y otra vez su canto, se desvanecieron, se desvanecieron, desvaneciéronse aún más, hasta que por último sólo el eco vagó por entre los retazos de un rezagado estribillo final.

Luego alcanzarían a volar sobre las sintéticas calles jupiterinas, las rebasarían y se dirigirían hacia el horizonte por el que horas más tarde se elevaría el sol del amanecer.

Más tarde, un gruñido profundo alcanzó los oídos de Kerac. El gruñido había comenzado incluso mientras los pájaros de la gran Kam remontaban el vuelo con su estridente canción, había alcanzado su timbre más alto cuando los pájaros se fundían contra el horizonte de las lejanas tierras y ahora estaba iniciando su deserción, aunque no tan rápido como Kerac captó su procedencia y naturaleza.

Cuando los pájaros habían estado encima de él, cantando, el gruñido se había acercado. Pero el gruñido provenía de la tierra, de las diminutas cavernas de las montañas. Y él sabía lo que causaba el gruñido: «la Raza Oscura». Aún sobrevivían, ocultos en las profundas cavernas. La chispa de la alegría prendió sus entrañas. Los marcianos aún existían, así se tratara tan sólo de los brutos y deformes miembros de la Raza Oscura. ¡Kerac tenía un aliado!

Kerac no se había trazado ningún plan para aproximarse a las cavernas de la Raza Oscura. Se limitó a avanzar lentamente por entre los escarpados riscos que se extendían quinientos pies hacia la cumbre como si se tratara de lápidas de granito de la tumba de una ciudad. Sólo el silencio de terciopelo manifestaba su presencia y sólo sus pies lo alteraban suavemente con el roce producido contra las rocas.

Se detuvo, excitado por un relámpago de miedo. Algo susurró delante de Kerac. Una forma oscura emergió de la nada. Ojos verdosos lo miraron. Un gruñido gutural atravesó las tinieblas.

La forma se movió cansadamente, como una pesada ameba humanoide; una masa de vida de ébano al borde de la emulación del Hombre. Reptando sobre cortas piernas negras, se enderezó

ayudándose con gordos brazos oscuros y cortos dedos voraces. Abrió una amplia boca sin labios y gruñó.

Kerac retrocedió, con el pecho enderezado por su propio miedo. Sus dedos sujetaron el caramillo de plata pero en esta ocasión no se lo llevó a los labios. ¿Quién dijo que la música era el mejor remedio contra el terror? Intentó hablar a la criatura.

—Amigo —dijo suavemente—. Somos hermanos. Hemos sido objeto de blasfemia por parte de hombres procedentes de otro astro.

Se detuvo y luego repitió:

—Somos hermanos.

El ser inhumano se tambaleó. Las dos piernas se sujetaban a firme roca en una horrible imitación de la postura erecta. Lo que parecía remotamente un brazo se movió en dirección a Kerac.

—¿Me ayudarás? —rogó Kerac—. Las bestias de Júpiter te están aplastando. Te expropian tus riquezas y saquean tus praderas. Pronto vendrán hasta aquí para destruirte. Pero antes de que lo hagan, ayúdame.

La criatura gruñó y se giró. De las cavernas surgieron docenas de voces graznando respuesta. Kerac retrocedió dos pasos.

—Somos hermanos, ¿entiendes? Tenemos un deber, una tarea que llevar a cabo. Ayúdame, pues, en esta empresa.

Una barahúnda de voces brotó de las profundas cuevas. Por encima de su cabeza, una manada de pájaros de Kam revoloteaba cantando. Ante aquella aparición, la Raza Oscura se enfrascó en un volcán de alaridos insoportables. Cientos de ellos se pusieron a andar torpemente, tantearon, tropezaron, hasta que por fin brotaron de los sofocantes túneles.

Kerac se sintió vivamente excitado mientras un millar de ojos verdes lo contemplaban. Su corazón latía entre los extremos de la ira y la desesperanza. Lo miraron más de cerca. Kerac huyó.

Corrió hasta un lugar donde los muros se ensanchaban. Los de la Raza Oscura no lo persiguieron. Nunca habían avanzado más allá de esta frontera. Jamás. Sólo sus amenazantes, pestilentes y trías voces la sobrepasaban.

Incluso ahora que habían iniciado una breve cacería retornaban a sus cuevas. La noche se volvió tan tranquila como los rutilantes brillos de los astros. Júpiter lanzaba destellos en el firmamento.

Kerac, con paso cansado, regresó hacia la ciudad jupiterina,

cruzando de nuevo el suave murmullo del torrente; su actitud, cada uno de sus pasos, cada una de sus palabras y todos sus pensamientos estaban anegados en profunda desesperación.

—¡Eh!

Kerac continuó caminando por el estrecho callejón.

—¡Eh! ¡Tú!

Un gran jupiterino de largos brazos se destacó a la luz producida por un almacén de *utana*.

Kerac prosiguió caminando.

—¡Eh!

El individuo se acercó a Kerac, lo asió por un hombro, le dio la vuelta y lo empujó en mitad de la calle, arrojándolo al suelo.

—Cuando yo hablo, tú atiendes —refunfuñó el individuo. Estaba completamente impregnado de olor a tabaco *oama* y a licor *utana*, de poder desquiciador.

Kerac intentó ponerse en pie, pero la pesada bota del individuo lo retuvo. La purpúrea cara sonrió.

—¿Tú marciano?

Kerac asintió para evitarse otra sacudida de la pesada bota.

—Lo supuse así. —El jupiterino rió como un borracho—. Ahora, marciano, vas a divertirte. Me complacerás.

Kerac parpadeó contemplando al jupiterino. Un grupo de gente estaba formándose en torno. El jupiterino se volvió hacia los congregados.

—Es el marciano, el músico del que habéis oído hablar.

Un murmullo recorrió el grupo de reunidos.

—Así que es un marciano —dijo alguien—. Por la dentadura de Júpiter, es un tipo quebradizo.

El primer jupiterino prosiguió después de tomar un trago de *utana* de un frasco de bolsillo.

—El músico tocará para nosotros. Llévadle dentro.

Una mano lo empujó. Kerac se removió, protestando. Un puño se abatió contra él, alcanzándole los labios. Otras manos lo enderezaron. Cuerpos sudorosos y cálidos lo empujaron hacia un local de *utana*, iluminado con lámparas de fuerte escarlata y nublado por el humo producido por los cigarrillos de *oama*.

Las paredes aparecían pintadas de nauseabundo amarillo y el bajo techo mostraba cien diferentes diseños de pesadilla: sus efectos

en conjunto producían una sensación de embriaguez en cualquier persona casi inmediatamente.

—Siéntate aquí. —El cabecilla jupiterino cogió a Kerac por el cuello de la ropa y lo empujó hasta una baja silla—. Ahora —dijo, señalándole—, toca.

Kerac, de pronto, se encontró ante un extraño e intrincado instrumento musical jupiterino, semejante a alguna enfermiza versión de un antiguo órgano.

Kerac se encogió de hombros.

—No puedo. No sé¿cómo se hace?

El inmenso jupiterino puso mala cara.

—Cuando yo, Brondar, digo que alguien toque...

—Está desanimado —interrumpió alguien—. Dale de fumar. Y que beba un poco de *utana*.

—¡Sí! ¡Sí! —exclamaron los demás rápidamente.

Brondar se volvió.

—Hazle soñar, Nar. Yo tocaré.

Nar Te alargó una jarra de *utana* rápidamente. Kerac la rehusó.

Nar, un jupiterino anormalmente bajo y mal alimentado, lo miró lujuriosamente.

—¿Lo rechazas?

—No bebo.

—¡No bebes! Marciano, cuando Nar saca *utana*, lo mínimo que puede hacerse es beber. —Un vaso lleno fue presionado contra los labios de Kerac—. Bebe, pues. O te comerás el vaso.

Los labios de Kerac formaron una dura y firme línea. Todo su cuerpo se estremeció con resistencia.

—Bébelo —gruñó el individuo llamado Brondar.

Nar estaba irritado. Echó el brazo atrás y arrojó el licor contra la cara de Kerac. El gentío gruñó con aprobación. Nar se retiró y dejó al marciano secándose la cara con su gorra.

—¿Tocarás ahora? —demandó Brondar—. ¿O vas a forzarnos a...?

Kerac se contuvo. Tranquilamente echó mano de su bolsa y sacó su caramillo.

—Sólo sé tocar esto —dijo.

—¿Qué? —enunció el gruñido—. ¿Un caramillo?

—¡Sí! ¡Sí! —graznaron los otros a Brondar—. Déjale que toque. Déjanos oírlo.

Brondar se mantuvo un rato en suspenso. Por último, se sentó a la baja mesa y gruñó:

—Toca.

Kerac tocó. Tocó hasta que se sintió rendido, agotado. Una y otra vez le hicieron repetir. Y, en una ocasión, Brondar disparó su pistola electrónica contra los pies de Kerac, obligándolo a bailar y tocar simultáneamente.

No paró hasta que la aurora brotó por el este. El cuchitril estaba ya prácticamente vacío. Las colillas de cigarrillos de *oama* llenaban el suelo. Los jupiterinos yacían por los rincones, roncando. Nar estaba postrado sobre una mesa y Brondar, todavía torpemente activo, eructaba juramentos contra el techo salvajemente pintado.

En aquel instante fue cuando una bandada de pájaros de Kam vino planeando desde las montañas, sobrepasó la ciudad jupiterina y se encaminó hacia el sol naciente. Cantaban su tonada, alta, dulce, monótona. Inmediatamente recibieron una gruñente respuesta.

Kerac sufrió su primera inspiración, su primera corazonada. Se mantuvo a la escucha. Su caramillo resbaló hasta el suelo. Disponiéndose a recogerlo, se detuvo, lo miró en su inmovilidad plateada y sus ojos se agrandaron. Luego miró a Brondar, que estaba murmurando entre dientes.

—¿Qué pasa? —preguntaba Brondar—. ¿Qué es ese ruido?

—Los pájaros —murmuró Nar—. Los pájaros de Nar.

—Ya —Brondar sacudió la cabeza—. Me refiero al otro ruido, al otro ruido.

—Martemoto —dijo Nar, despabilándose un poco—. Movimiento de estratos en las colinas.

Kerac se enderezó con el caramillo entre las manos y las ideas zumbándole en el cerebro. Aquellos ignorantes jupiterinos ni siquiera *sabían* que la Raza Oscura vivía en las montañas.

Y los pájaros de Kam. Formaban parte del inmenso plan que había explotado repentinamente en el interior: de Kerac.

Brondar se tambaleó, se irguió y relampagueó su purpúreo rostro.

—¡Eh! ¿Adónde vas, marciano?

Brondar se interpuso en el camino de la puerta.

Ahogado, Kerac cogió una jarra de *utana*, la esgrimió y la descargó contra el cráneo de Brondar.

Brondar dejó de interponerse en el camino.

Las señales rotuladas no habían sido perceptibles durante la noche, cuando Kerac las cruzara por primera vez; pero estaban colocadas cada cien yardas y sus caracteres negros brillaban bajo el sol de la mañana:

¡PELIGRO!
MARTEMOTOS
CORRIMIENTO DE ESTRATOS

En letras más pequeñas, leyó: «Cualquier empleado en las Minas Jupiterinas que sea descubierto más allá de este punto, será despedido inmediatamente».

Kerac permaneció allí por un largo rato, dejando que el sol bañara por entero su alto cuerpo. Las colinas no estaban muy lejanas, cocidas en el horno de las primeras horas. El torrente resplandecía como un millón de relampagueantes hojas de cuchillo. Intentó reunir el rompecabezas de las señales y la ignorancia de la ciudad jupiterina.

La Raza Oscura había sobrevivido en las montañas, indemne. Los trabajadores jupiterinos calificaban de «maretemotos» los ruidos procedentes de las montañas. Hacia el sur se estaban practicando grandes excavaciones. Las montañas del sur estaban prácticamente vacías de la Raza Oscura. Los picos del norte pronto verían llegar su turno cuando los jupiterinos estuvieran listos para emprender el trabajo.

Los oficiales habían decidido que lo que los trabajadores ordinarios ignoraban no podría dañarles. Así, la Raza Oscura pertenecía al secreto. Si los trabajadores llegaban a conocer la amenaza, muchos de ellos dejarían el trabajo inmediatamente. Los jupiterinos estaban ahítos de supersticiones.

De cualquier modo, la Raza Oscura no constituía una amenaza real. No poseían la inteligencia necesaria para organizarse y emprender un ataque. Se mataban entre sí. Incluso un ser

inteligente como Kerac no habría sido capaz de organizarlos. El Consejo jupiterino sabía esta circunstancia o, de lo contrario, jamás habría accedido al retorno de Kerac.

Kerac huyó del atosigante calor.

En la cumbre de las montañas el tiempo era más fresco. Desde donde se instaló podía obtener una visión de ambas ciudades; la antigua y la moderna. Procedentes del sur, venían los ruidos de las excavaciones en las Montañas Amarillas.

Aguardó pacientemente a que los pájaros de Kam sobrevolaran las cavernas, emitiendo respuesta al supuesto martemoto.

Cuando los pájaros desaparecieron, Kerac, con sonrisa confiada, tomó el caramillo y tocó las mismas notas que los pájaros desparramaban por el cielo: diez notas, corta, plenamente. A continuación, seis prolongados y dulces acordes y luego notas más bajas e insistentes: una urgente convocatoria. Una vez tras otra, tocaría el caramillo hasta que llegara el viento de la noche.

Las montañas repetían la canción. Pero su lamento era tan débil como la más lejana y apagada de las estrellas.

La Raza Oscura respondió, emergiendo a la superficie. Pero Kerac sabía que no se aventurarían bajo el odiado sol.

Escucharon su canción y se sintieron estimulados por ella. Demasiado optimista. Practicaría, escucharía a los pájaros de Kam una y otra vez, imprimiendo su melodía en su cerebro, haciendo una interpretación más expresiva, más imperiosa. Y luego, cuando la noche llegara...

Al llegar el entreluces, Kerac se instaló junto a la base de la montaña. Tocó música, la desperdigó al viento que corría por entre las paredes de pizarra y la conducía hasta los agujeros donde las criaturas lo contemplaban.

La música era punzante para las criaturas, las forzaba. Se acercaron tambaleándose, los pies aferrados a las rocas, gesticulando pesadamente, lanzando ciclópeos gruñidos.

Kerac corrió a instalarse en otro puesto. Las criaturas se apelotonaban poco a poco, hechizadas por la música arrastrada por la brisa y conducida por entre los estrechos barrancos y hasta los menores picachos.

—Acercaos, hermanos míos —dijo Kerac en voz alta—. Acercaos. Matad a los jupiterinos.

Tocó la música infernal. Lanzándola hacia las estrellas y agitando sus órbitas.

Al pie de las pequeñas estribaciones de las grandes montañas, Kerac echó a andar con precaución, seguido por la inflamada horda que perseguía su música. Y luego, un fuerte viento trajo consigo otra música, procedente de la ciudad jupiterina. La música jupiterina, la sinfonía de demente sonido que mordisqueaba hambrientamente el aire.

Devoró la suave música de Kerac, pateó el rostro de las Bestias Oscuras, devolviéndolas impetuosa y velozmente hasta sus cuevas, hasta sus montañas, hasta su lóbrega Estigia.

Kerac, frustrado, quedó mudo e inmóvil junto a la nauseabunda música jupiterina que consumía el aire que él respiraba. La música, brotando de los infinitos altavoces que moteaban toda la ciudad, era arrastrada por el viento del este, descompuesta en ecos, exigiendo atención. Exigiéndola y recibíendola.

Kerac apartó el caramillo de su boca, el delgado rostro contraído en una jeroglífica mueca de desazón. Su última esperanza, su último plan, habían sido destruidos por el viento del este y la música jupiterina.

Permaneció allí un momento, con el viento arremolinando su capa y arrojándole polvo al rostro.

El viento.

¡El viento!

Kerac saltó, impulsado y entusiasmado por la nueva solución proporcionada por la brisa de la inspiración. Corrió, saltando de roca en roca, luchando contra el viento, y regresó a la ciudad de Júpiter por última vez.

Kerac se precipitaba por las estrechas callejuelas, meditando su tarea. No daría resultado con una acción directa y precipitada. Tendría que operar con apaciguamiento y perspicacia psicológica para no atraer sobre sí las sospechas mientras no fuera demasiado tarde.

Un pesado vehículo de veinte ruedas se detuvo en mitad de la calle. Una gorda montaña jupiterina se deslizó de él, y gruñó en voz alta:

—Eh, marciano.

Era Brondar, que regresaba del trabajo en las montañas del sur. Pero estaba sonriendo.

Su inmenso brazo azul se extendió y agarró a Kerac por la camisa.

—He estado buscándote desde que te largaste esta mañana. Tengo necesidad de ti y de tu caramillo. Ven.

Echó a andar, arrastrando tras de sí a Kerac a través del serpeante callejón.

—Déjame —pidió Kerac—. Estoy bajo la vigilancia del gobierno de Júpiter.

—¿Vigilancia? —Una tremenda carcajada convulsionó la cara teñida de azul—. ¡Gobierno! No hay aquí ningún gobierno. Camina.

Y empujó a Kerac delante de él a través de la semioscuridad.

—Ganaremos dinero juntos, marciano —siguió Brondar—. Después que te fuiste esta mañana, vino a la taberna de *utana* el oficial de la base sonora. Le hablé de tu música. Está interesado. Está buscando un hombre como tú. Ahora que he vuelto a dar contigo, exigiré al oficial de sonido que me pague bien por haberos descubierto a ti y a tu caramillo. Es por ahí.

Kerac dio la vuelta a una esquina y salió a una plaza en cuyo centro se alzaba un edificio amarillo con la palabra sonido pintada en amplios caracteres jupiterinos sobre el techo.

Ascendieron por las escaleras y atravesaron una puerta. En el interior, seis jupiterinos estaban sentados en torno a una mesa, conferenciando; junto a cada codo podía verse una botella de *utana* y colgando de cada boca de labios de cobalto un cigarrillo de *oama*. Feas caras volviéronse hacia él. Advirtió, por las insignias que había en sus abultados uniformes, que aquellos hombres eran los oficiales de mayor graduación del gobierno local. Aquéllos eran algunos de los hombres responsables de la destrucción de Marte.

El hombre que presidía la mesa se levantó.

—Brondar —dijo—. Has interrumpido una conferencia. ¿Qué pasa?

Brondar empujó a Kerac hacia delante, saludó con una gran garra a la asamblea y dijo:

—No se ha escapado, Grannd. Tocaré su música para vosotros, como prometí. Y me pagaréis bien por haberlo encontrado.

Grannd, el brusco jupiterino, se acercó rápidamente a Kerac, supervisando sus oscuros ojos la alta figura del marciano.

—Tú eres el marciano. —Era una aseveración—. Hemos oído de ti desde Júpiter, cuando permanecías en el exilio. Allí hiciste cuanto te plugo. Aquí, hay menos leyes y más prejuicios, harás lo que a nosotros nos plazca. Dicen que eres magnífico. Yo, Grannd, lo juzgaré. Toca.

Kerac observó a Grannd, sabiendo que era el jefe de la base sonora, el edificio de donde se radiaba la música que se distribuía por toda la ciudad a través de los altavoces públicos.

Ahora, si Kerac jugaba su carta correcta, los jupiterinos cooperarían en su propia destrucción.

Los próximos minutos serían cruciales, la siguiente hora significaría el éxito o el fracaso de su plan. Se encontraba un tanto asustado por haber llegado tan pronto su oportunidad.

Kerac se sentó, fingió concentrarse, echó mano al caramillo y comenzó a tocar.

La música fue tan suave, tan triste y tan dulce que el humo de *oama* dejó de vagar por la habitación y quedó suspendido en el aire.

Los oficiales jupiterinos, ubicados en diversas posiciones junto al *utana* y la *oama*, se encontraron de pronto sin necesidad de sus viciosas frugalidades. Hipnotizados por la música. Cada nota acariciaba el oído, ávido de otras notas. Era la melancólica canción de los pájaros de Kam, mucho más suave y triste que en ninguna otra interpretación.

Cuando Kerac terminó, tocó otra melodía porque el silencio que habría seguido no hubiera sido asimilado por los nervios. Siguió tocando, pues, un poco más rápido. La sala estaba tranquila. Hasta Brondar, impresionado, no pronunció palabra.

Al acabar la segunda melodía, Kerac fue recompensado con ningún aplauso. Hay ciertas cosas en el universo que no se reconocen con el ruido del aplauso, sino con la reverencia del silencio. Habría resultado tanto como gritar un «¡Bravo!» en medio de la majestad de una silenciosa iglesia, o batir palmas al vislumbre de una imponente nebulosa espiral.

Así, pues, sólo hubo silencio.

Brondar se removió intranquilo, como si hubiera apreciado la belleza por primera vez en su vida y estuviera resentido por ello.

Finalmente, lanzó un juramento y encendió un cigarrillo de *oama*.

Los cinco oficiales salieron de su trance, murmuraron entre ellos nerviosamente, fumaron y llenaron y vaciaron sus vasos.

Grannd sorbió su *ufana*, pensativamente. Se volvió hacia los oficiales. Los oficiales asintieron. Grannd se volvió a Kerac.

—Lo repetirás para que yo pueda hacer una emisión radiofónica.

Kerac reprimió la sonrisa que acudió a sus labios. Grannd siguió hablando.

—Lo hiciste bien. Puedes envanecerte de que yo, Grannd, así lo declare.

Sus palabras brotaban cortadamente, tan cortadamente como corta era su estatura. El individuo rezumaba conceptos. Espetó un «gracias» en una ráfaga de microsegundo.

Kerac se tomó su tiempo adrede. No quería parecer precipitado en su deseo de cooperación.

—No sé lo que hacer —dijo—. Siempre he rechazado la oportunidad de hacer grabaciones.

Los ojos de Grannd relampaguearon.

—Pues ahora lo harás. Para mí. Ya. Inmediatamente.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —Grannd hinchó sus azules carrillos—. Yo, Grannd, quiero transmitir tu música a Júpiter y ofrecerla a todo Marte a través de los altavoces públicos. Quizá también a la Tierra. Escribirás una sinfonía. Será beneficioso. —Su voz era cortante—. Vamos. Haremos las pruebas de sonido. Si resultan bien, firmaremos el contrato.

Grannd se encaminó hacia una puerta que comunicaba con una sala a prueba de ruido, esperando que Kerac lo siguiese. Pero Kerac no lo hizo.

Brondar tuvo que emplear la fuerza.

Kerac se encontraba ante una serie de complicados instrumentos acústicos. Grannd maldijo sobre una masa de maquinaria en la cabina de grabación. Los oficiales jupiterinos, sentados en el interior de un receptáculo vidriado, contemplaban. Brondar, soñando con incontable dinero, esperaba.

Una pequeña bobina sonora fue ajustada. Grannd alzó la vista.

—Toca cuando te haga una señal. ¿Listo? Silencio, entonces.

Una pausa. Luego, la señal.

Kerac tocó como nunca antes había tocado. Interpretó el tema suavemente, y luego, cada vez que lo repetía, volvíalo más rápido, más rápido, más alto, más agudo. Lo interpretó ocho veces, cada vez más insistente. Y sobre la octava, una inaudible ejecución. Pero se trataba de una apremiante y terrible orden.

—¡Magnífico! —gruñó Grannd desde su cabina de sonido—. Tienes un gran talento. Esto nos reportará mucho dinero.

Kerac se divertía para sus adentros.

—¿Qué es lo que encuentra en mi música que tanto le interesa?

—¿Interesar? —El operador de radio se golpeó el pecho—. Me produce algo... aquí.

—Pero, ¿gustará a los otros... a los obreros?

—Ya has visto lo que produce a los hombres que beben *utana* y fuman *oama*. Si les gusta a ellos, gustará a todo el mundo.

—Soy un escéptico. No lo creo.

Aquello molestó enormemente a Grannd.

—Te lo demostraré. —Manipuló la bobina de sonido, se dirigió a otra máquina, ajustó los diales y dijo:

—Tenemos altavoces en todas las calles de la ciudad.

—Sí. Los he advertido algunas veces.

—Transmitiré tu música por esos altavoces inmediatamente, para demostrarte que tu música es válida y puede ser ofrecida a los trabajadores, a todo el mundo.

—Y que nadie olvide —apuntó Brondar— que lo descubrí yo.

Grannd apretó de golpe un botón y la bobina sonora giró.

—Si lo deseas —dijo—, puedes salir y escuchar por los altavoces callejeros.

Kerac asintió y se encaminó hacia la puerta, seguido por Brondar. Al aire de la noche, se detuvo sonriendo. Se volvió hacia Brondar y preguntó:

—¿Podemos ir a escuchar a la tienda de *utana*?

Brondar rió y asintió.

Kerac sintió removerse su capa por la brisa.

—Perfecto. Perfecto —dijo mientras echaba a andar—. Se ha despertado un fuerte viento del este esta noche. Viento del este.

Cuando comenzó a ser emitida por los altavoces, la música de

aquella noche fue diferente. Era la misma música que Kerac había interpretado tenazmente en las colinas, pero monstruosamente ampliada ahora. Procedía de la ciudad jupiterina, venía a rastras del viento del este, que la empujaba hacia las colinas con la irremediabilidad de una plaga de langostas y caía como una cortina hipnótica en el fondo de las oscuras cavernas.

En cinco minutos, colinas, picachos, precipicios y las cimas de las montañas convirtiéronse en algo vivo merced al surgimiento de figuras en forma de ameba que ascendían como incontenible marea. La marea descendió las montañas, cruzó el río y se arrastró a lo largo de la autopista, congregada por la música.

No era la Raza Oscura la única que recibía la llamada. Hasta los mismos jupiterinos de la ciudad permanecían inmóviles y helados, escuchando la sin igual belleza de la música.

El martemoto avanzaba desde las colinas con ruido creciente. La música devenía más y más alta, más y más rápida, demente, lanzando conmoción tras conmoción al aire nocturno.

Kerac permanecía cerca de la puerta trasera del establecimiento de *utana*, Brondar a su lado. Como por algún sentido que los compeliere a guardar silencio, el martemoto cesó cuando la Raza Oscura estuvo cerca de la ciudad.

La urbe entera permanecía inanimada, excepción hecha del repentino crujir de extraños pies en los estrechos callejones de los alrededores de la ciudad.

Kerac aguardó, listo para escapar en el momento en que se advirtiera la invasión.

Nar, el propietario del fumadero, se entretenía llenando un jarro de *utana*, escuchando estático la música y el ruido de las colinas.

—Martemoto —gruñó.

La puerta del fumadero se abrió de súbito. En el oscuro umbral se perfilaban entidades sin forma y con ojos verdes. Hubo un momento de electrizado estupor. En aquel instante, Kerac se deslizó por la puerta trasera tranquilamente.

Nar alzó la vista de la bebida, frunciendo la frente azul.

—¡Eh! —exclamó airadamente—. ¿Qué es eso?

Tres mesas cayeron al suelo. Seis manos azules buscaron

pistolas. Dos hombres se desmayaron. Veinte jarras cayeron al suelo, rodaron por su superficie y derramaron *utana* por todo el local. Brondar alzó su pistola electrónica e hizo fuego.

Las criaturas oscuras entraron y recibieron los impactos. Las balas no tenían mucho que hacer en la negra pulpa. Las pistolas electrónicas no surtían efecto. Las criaturas, indemnes, se adelantaron. Estaban hambrientas, famélicas.

Echaron mano de cuanto deseaban.

Kerac, corriendo, dobló por un callejón y se detuvo, recuperando el ritmo de la respiración. Acucillado, jadeando y sudando por el esfuerzo, se sintió poseído por una gran calma. La agitación había desaparecido, había desaparecido el miedo. Se sintió ligeramente borracho de poder. Lo siguiente que haría sería ir a las otras ciudades jupiterinas, en las vastas profundidades azules de los valles de la otra cara de Marte.

De súbito, una ráfaga de viento le trajo ruido de voces: un ejército de gritos cabalgando sobre el aire frío. Los gritos llenaron toda la ciudad. Los disparos retumbaron. Miles de disparos. Rumor de pisadas se escuchó en un callejón cercano. La espalda contra la pared, Kerac se dio cuenta de que su escapatoria estaba cortada. Sin embargo, como fuere, no sentía miedo. Había coronado su trabajo. Nada había ahora que detuviera a la Raza Oscura. Podían seguir sin él.

Un grupo de jupiterinos cruzó una calle. Algunos se internaron por la que Kerac ocupaba. Se detuvieron un poco más allá de donde permanecía Kerac y fueron atenazados y destrozados por una veintena de seres oscuros!

Kerac se echó atrás, tomó su caramillo y se lo llevó a los labios.

Las estrellas, triunfantes, brillaban en sus ojos.

La vida de la gigantesca ciudad pulpo estaba agonizando. Los tentáculos estaban siendo cercenados, uno tras otro, y los inmensos ojos amarillos comenzaban a parpadear, a desvanecerse, a extinguirse, a reunirse con las tinieblas. Hasta la música fue exterminada por la marea negra.

Kerac prosiguió con la música hasta que sintió los oscuros cuerpos apretarse contra él, los gordos dedos hambrientos tratando de asir el caramillo, su capa, su garganta...

BRIAN ALDISS

Brian Aldiss es la mayor contribución británica a los escaños del parlamento literario de la ciencia ficción. Con una serie de trabajos, bien tramados y llenos de imaginación, ha ganado una amplia atención en ambas partes del Atlántico, aparte de obtener cierto número de premios literarios de categoría. Periodista de profesión, Aldiss manifiesta un espíritu investigador en sus escritos y una habilidad especial para combinar los vuelos de la fantasía con los hechos concretos. Esta novela corta de insurrecciones y espionaje ubicados en el telón de fondo de Sumatra —que Aldiss conoce— es un experimento interesante en la ciencia ficción; y datando como data de 1958, marca con suficiencia un punto en la carrera del autor. Como usted mismo comprobará, no es un relato facilón que pueda arrinconarse.

ECUADOR

Equator

Las sombras del atardecer avanzaron sobre el espaciopuerto a grandes zancadas. Era la única hora del día en que podía sentirse que el mundo giraba. Bajo los rayos del sol poniente, las polvorientas palmeras que rodeaban el espaciopuerto parecían otras tantas maquetas de cartón barnizado. Por el día, las palmeras parecían de metal; al atardecer, sólo *papier maché*^[3]. En los trópicos nada era lo que era, simplemente textura extorsionada por el calor que se afirma sobre las pulsaciones.

Las palmeras se agitaron cuando la Nave Exploradora AX25 despegó hacia los cielos y las roció con otra capa de polvo.

Los tres ocupantes de la nave fueron arrojados contra sus cojines antiaceleratorios por espacio de escasos segundos. Poco después apareció Allan Cunliffe, dio un corto paseo por babor y se quedó mirando a la lejanía. Nadie hubiera adivinado en su impecable rostro que la nave había iniciado una azarosa misión.

—De repente empiezas a vivir... —dijo echando una ojeada hacia el mundo que quedaba abajo con una especie de orgullo infantil.

Su amigo, Tyne Leslie, asintió con un presunto gesto aprobatorio. Era lo mejor que podía hacer por el momento. Reuniéndose con Allan, se puso a contemplar el exterior.

Observó maravillado que el grandioso panorama de la puesta de sol era ya tan sólo una roja mancha sobre la alfombra que quedaba allá abajo; Sumatra yacía cruzada por el ecuador como un pez que se tostara en el asador.

En el exterior: un vacío estrellado. En su estómago: otro vacío poblado de estrellas.

De repente empiezas a vivir... Aunque éste era el primer viaje de Tyne con la patrulla de espionaje; vivir significaba adrenalina extra que golpeaba las válvulas de su corazón, la centípeda trayectoria de espinas sobre su piel, el vacío estrellado en el intestino delgado.

—Es una sensación que no suele sentirse tras un escritorio —dijo.

Allan asintió, sin pronunciar palabra. Sus silencios siempre eran positivos. Cuando el resto del mundo hablaba como jamás antes lo hiciera, Allan Cunliffe permanecía en silencio. Ciertamente, tenía tantos sentimientos amalgamados sobre los Rosks como cualquiera en la Tierra; pero él se mantenía alerta. Esta cualidad, y muchas

otras, era la que había garantizado una firme amistad entre Allan y Tyne, mucho antes que el segundo siguiera los pasos del primero y se enrolara en el Servicio Espacial.

—Vayamos a ver a Murray —dijo Allan, palmeando a Tyne en la espalda. Sin duda había adivinado algo de los sentimientos del otro.

La exploradora era pequeña, en la línea «Hynam» de Bristol-Cunard, con tres camarotes, buen armamento y aceleradores «Medmenham X» de Betson-Watson. El tercer miembro del equipo, su líder, era el capitán Murray Mumford, uno de los primeros hombres que posaron sus ojos sobre los Rosks, cuatro años atrás.

Sonrió a los otros dos cuando entraron en la cabina, instaló el autopiloto y se volvió a hacia ellos.

—Luna en cinco horas y una fracción —dijo. Ver a Murray alguna vez es no olvidarse jamás de él. Físicamente no era ni más ni menos que un soberbio espécimen de una masculinidad ancha de espaldas. Cinco minutos con el eran suficientes para convencer a uno de que poseía esa extraordinaria habilidad persuasiva que, sin mediar ninguna palabra, puede convertir en potenciales rivales a los admiradores. Tyne, siempre sensible a la corriente de los sentimientos humanos, era consciente de la magnética cualidad de Murray; desconfiaba de ella sólo porque sabía que el propio Murray estaba en el secreto y no tenía escrúpulos en usarla para su propio provecho.

—Bien, ¿cuál es el panorama? —preguntó, aceptando de Allan un cigarrillo de mezcal, e intentando aparecer cordial.

—Con un poco de suerte, haremos un buen trabajo de primera operación de tu vida —replicó Murray—. El rea establecida como blanco, como bien sabéis, es el área 101 de la Luna. La Inteligencia de la Luna informa de un nuevo objeto fuera de las cúpulas Roskianas. Es pequeño y se mantiene inmóvil. Se encuentra fuera de una cúpula del perímetro sur del Área 101, lo que significa que es fácilmente accesible desde nuestra posición.

—¿Qué luz hay allí ahora, Murray? —preguntó Allan.

—La puesta de sol en Grimaldi, lo que refrena al Área 101, fue hace cuatro horas. Los de Inteligencia sospechan que los Rosks pueden estar planeando algo encubiertos por la oscuridad;

últimamente hemos venido imponiendo muchas restricciones de vuelo en su ruta Tierra-Luna. Así que nuestras órdenes son deslizarnos en la noche e investigar, obviamente procurando no ser vistos. Sólo una rápida ojeada, una inspección personal en traje espacial. No permaneceremos fuera de la nave más de veinte minutos. Luego, coronados de grandeza, volveremos a casa.

El vacío estrellado afloró nuevamente en el diafragma de Tyne. Acción; he aquí lo que temía y al mismo tiempo deseaba. Observó el mapa lunar señalado por Murray. Una pequeña zona, por debajo del tercer cuadrante sobre Grimaldi, había sido sombreada de amarillo. Era el Área 101. Al lado, en idéntica tinta amarilla, una palabra había sido escrita: Rosks.

Tyne advirtió que Murray observaba atentamente su rostro y lo apartó.

—El Gobierno Mundial cometió un gran error al permitir una base a los Rosks que estuviera alejada de la Tierra —dijo.

—Vosotros erais los diplomáticos mientras que Allan y yo simplemente una escuadra del Servicio Espacial —dijo Murray sonriendo—. Dinos por qué se les concedió el Área 101.

—La razón oficial que se difundió —dijo Allan caminando y haciendo retroceder a su amigo— era que mientras nos mostráramos amables con los extraños no podíamos esperar que una raza en posesión de los viajes espaciales permaneciera anclada a un planeta; estábamos moralmente obligados a cederles una parte de Grimaldi: así que ellos podían permitirse el vuelo Tierra-Luna.

—Sí, ésa fue la excusa oficial —admitió Tyne—. Siempre que resulta tocado en la esquina diplomática, el Gobierno Mundial, el Consejo de las Naciones Unidas, se declara a sí mismo «moralmente obligado». Hoy por hoy, de hecho, tenemos la soga al cuello. Los Rosks son mucho mejores que nosotros en cuanto a argumentar y debatir, tanto que al principio pudieron tratar de cuantas cosas necesitaban y deseaban.

—Y ahora el Servicio Espacial tiene que resolver los resultados de los políticos —dijo Murray. Sonaba claramente a mofa personal; Tyne no podía olvidar que una vez había participado en política; y en el estado de tensión en que se encontraba no podía ignorar la observación.

—Harías mejor preguntándote a ti mismo cómo puede tener

éxito una misión del S. E., Murray. Las relaciones Humanidad-Roskianos se han deteriorado hasta tal punto este año pasado que, si fuéramos atrapados en el Área 101, podríamos muy bien desencadenar una guerra.

—¡Hablas como un diplomático! —exclamó Murray sarcásticamente.

Las siguientes cuatro horas y media las pasaron leyendo, sin apenas hablar.

—Dejad en paz los libros. Es mejor permanecer alerta —dijo Murray de repente, levantándose y regresando a la cabina.

—No te preocupes por Murray; a menudo se comporta como un maestro de escuela cansado de tanto ejercicio —dijo Allan riendo.

No tan a menudo, admitió Tyne para sus adentros, sin molestarse en contradecir a su amigo en voz alta. Murray había bebido con ellos varias veces en el hotel Madeka de Sumatra; su comportamiento había distado de ser el de un maestro de escuela. Se atiborraba de cariocas hasta las tantas y luego comía con monstruoso apetito, mientras Allan y Tyne, a su lado, apartaban el inapetente desayuno del hotel.

El presente inmediato eclipsó los pensamientos de Tyne como si el gran segmento negro de la luna se deslizara sobre ellos. Era como caer en un agujero bordeado de sonrisas. Conducida por radar, la exploradora se convirtió de nuevo en una pequeña astilla móvil y no en un pequeño mundo con sus propios derechos.

En el lejano frente, unas cuantas luces brillaron: luces Rosks, procedentes del Área 101.

—¡Precintos! —exclamó Murray por el interfono.

Comenzaron a frenar. A medida que la deceleración aumentaba, sentían como si se estuvieran sumergiendo en una masa de agua, luego en una charca de sopa, más tarde de miel, finalmente de madera. Pero no se estaban sumergiendo en ningún sitio. Estaban, por el contrario, coronados de luz. Con una sacudida, se detuvieron. Descendieron.

—¡Todo bien; por favor, tened preparadas vuestras cédulas de identidad alienígenas! —dijo Allan. Tyne se preguntó cómo se sentiría. Allan le sonrió con gesto de seguridad.

Murray abandonó la cabina, caminando casi con aire de chulería. Estaba plenamente excitado. Para él se trataba de la única vida, sin ninguna preocupación salvo por el presente.

—Listo el amplificador de radar —dijo—. No hay señales de alarma entre nuestros amigos de ahí fuera. Pongámonos los trajes espaciales rápidamente.

Se colocaron los trajes espaciales. El proceso llevó media hora durante la cual Tyne sudó a gota gorda, preguntándose todo el rato si la nave habría sido detectada por los Rosks. Pero no había alternativa. El traje espacial es una herramienta; hinchada, compleja, azarosa herramienta para sobrevivir allí donde no suele sobrevivirse. Se necesitaban ajustes interminables antes de depositar en él la confianza. No había viajero del espacio que no odiara el traje espacial o envidiara a los Rosks su variedad, inconmensurablemente superior.

Finalmente, ajustaron piezas y atornillaron junturas. Tres monstruosos robots tambaleantes se movieron lentamente en el reducido espacio, llenando la nave con su abultamiento; pesadamente, como buzos, se dirigieron hacia el escotillón. Cinco minutos más tarde, estaban sobre la superficie lunar envueltos completamente por las tinieblas.

Durante los ya lejanos días de triunfo, antes de que los Rosks llegaran al sistema, Tyne había visitado con frecuencia la luna, por placer y por trabajo. No estaba preparado para el aspecto tan nefastamente acogedor que el lugar presentaba ahora. En la oscuridad de Grado-A, Grimaldi era un desierto de hollín congelado.

—Nos queda menos de una milla para llegar a la cúpula objetivo —dijo Murray, cuya voz sonaba como un susurro dentro del casco—. ¡Andando!

Su visión se establecía por medio de rayos infrarrojos. Murray iba en cabeza por el borde del cráter, pisoteando amazacotadas irregularidades del terreno. Las cúpulas alienígenas visibles al igual que negros pechos contra la seda tachonada de lentejuelas. A través de la pequeña mirilla del traje espacial, Tyne veía el mundo como una maqueta de yeso de una realidad demasiado irreal para ser cierta. El mismo era un pigmeo aprisionado en las entrañas de hierro de un robot para la destrucción. Luchando contra tan irritante sensación, buscó con la mirada el extraño objeto que

habían venido a investigar.

Algo había más allá. Era imposible ver lo que era. Tyne rozó el brazo de Allan. Éste se giró y luego miró en la dirección que apuntaba Tyne. Murray se detuvo, dedicándoles un cúmulo de impacientes gestos a fin de que prosiguieran. Quizá se sienta vulnerable si insisto, pensó Tyne, apuntando nuevamente a través de las tinieblas para guiar la atención de Murray.

Un segundo más tarde eran bañados por la cenicienta lirada de un foco de luz, aparecido de súbito tras realizar un leve giro.

La luz no procedía de las cúpulas sitas más allá, sino de un costado, de un punto situado junto al muro del cráter. Tyne se limitó a quedarse inmóvil, parpadeando, sabiendo que habían sido atrapados.

—¡Al suelo! —gritó Allan.

—¡Fuego contra la luz!, —dijo Murray. Su gran pinza metálica, que hacía las veces de mano, buscó la pistola reglamentaria, alzó la embarazosa arma nivelándola y reculó ante el retroceso. Allan y Tyne escucharon los disparos como vibrantes taponazos a través del micrófono del traje de Murray.

Alcanzó la luz. La apagó... pero ya otro haz se expandía procedente de la cúpula más cercana en dirección a ellos. Probablemente les estaban tiroteando, pensó Tyne con indiferencia; no lo podrían saber hasta no ser alcanzados. Había empuñado la pistola y estaba disparando también, a tontas y a locas, aunque hacia el lugar de donde parecía proceder el ataque enemigo.

—¡Se acercan! ¡Vete a la nave, Tyne! —dijo Allan en voz baja. Mientras nuevos focos los cercaban, Tyne vislumbró formas que se movían. Los Rosks habían estado esperándoles. Entonces cayó sobre su hombro algo semejante a un martillazo, que llenó todo su cuerpo de blandos rayos de dolor. Respirando entrecortadamente, escuchó el crujido de su traje espacial que se desplomaba con el abandono total de un árbol. Tenía que analizar... y mientras lo hacía, vislumbró extrapolada y desarticuladamente, por arriba y por abajo, que los Rosks se aproximaban.

Cuando un apacible día de marzo de 2189, cuatro años y medio antes, los Rosks llegaron al sistema solar, una época había tocado a

su fin, aunque comparativamente pocas personas lo advirtieron a tiempo. El tiempo de la soledad del hombre había pasado. Ya nunca más se contemplaría a sí mismo como el único ser sensible del universo. Ante sus puertas se presentaba ahora una raza superior, si no moralmente, si en el aspecto científico.

La llegada de los Roskianos produjo una fuerte conmoción sobre todo en aquellas zonas que durante varios siglos se habían acostumbrado a mirarse a sí mismos como los legisladores del mundo o árbitros de su conducta. Así se encontraron como el chulo del colegio que, lanzando una prudente mirada por encima del hombro, descubre al profesor a sus espaldas.

Los Rosks llegaron en una inmensa nave, y un cuarto de la población mundial conoció el miedo; otro cuarto se desvivió excitado; la mitad más sabia se reservó sus juicios. Algunos de ellos, cuatro años y medio más tarde, todavía seguían reservándose sus opiniones. Los Rosks no eran más fáciles de esquematizar que los terrícolas.

Superficialmente, un Rosk recordaba a un hombre. No a un hombre blanco sino, por decirlo así, a un malayo. El aspecto exterior variaba de uno a otro individuo, pero la mayoría tenía la piel de un brillante moreno, la nariz sin puente y ojos oscuros. La temperatura de su cuerpo era de 1051 grados Fahrenheit (40°C.), signo que indicaba la alta temperatura de su planeta de origen.

Cuando llegaron los Rosks, Tyne Leslie era el más joven segundo secretario de un subsecretario de un Subsecretario del Cuerpo Británico del Consejo de las Naciones Unidas. Había presenciado los incesantes revoloteos de los palomares ministeriales que atestaban el mundo mientras las realidades de la situación Rosk-Hombre se iban haciendo patentes. Pues la verdadera situación emergió gradualmente, a medida que las barreras del lenguaje fueron desvaneciéndose. Y la verdadera situación era tan complicada como desagradable.

El hombre, en este callejón sin salida, aprendió algunas cosas de un rubio Rosk, Tawdell Co Barr, uno de los primeros portavoces Roskianos en el Consejo de las Naciones Unidas.

—Nuestra nave original —explicó— es una embarcación interestelar que aloja cuatro bajeles interplanetarios y algo más de cinco mil miembros de nuestra raza, machos hembras. Muchos de

ellos son colonos, que tan sólo buscan un mundo para vivir en él. Procedemos del segundo planeta de lo que vosotros conocéis como Alfa de Centauro; nuestro viaje es el primero que se ha realizado en nuestro bello aunque superpoblado planeta. Vinimos al sol, nuestro vecino más próximo en la inmensidad del espacio, buscando un lugar para vivir... y nos encontramos con que su único planeta habitable se encuentra atestado de hombres. Aunque nos sentimos felices por haber encontrado otra raza sensitiva, también nos invade una profunda desazón: nuestro viaje, nuestro largo viaje, ha sido en vano.

—Es un discurso amable —comentó Tyne cuando lo oyó. Siguiéron otros discursos en el mismo tono que revelaron al menos un hecho delicado y frustrante acerca la visita de los Rosks.

Para comenzar, esos hechos pasaron inadvertidos para mayor parte de la humanidad.

A la primera ola de conmoción le siguió una marea de optimismo. Las dificultades reales inherentes a la situación.

Solo emergieron más tarde. Los Rosks eran héroes; mucha gente se las arreglaba con éxito para ocultar su desagrado por la ausencia de ojos saltones y tentáculos en el cuerpo de los visitantes. Ni siquiera se lamentaron cuando Tawdell Co Barr reveló que el sistema político Roskiano una dictadura bajo el supremo Ap II Dowl.

La cortesía, claro —una intranquila cortesía por parte la Tierra —, estaba a la orden del día. La gran nave rodeaba la Tierra dentro de la órbita lunar, un puñado de Rosks bajaba y confraternizaba, hablando a los consejeros de las Naciones Unidas o bien a las multitudes; a veces también visitaban algunas ciudades de la Tierra.

Como respuesta a la hospitalidad de los terrícolas, les ofrecían libros microfilmados sobre la vida natural social en el II de Alfa de Centauro, algunos especímenes su literatura y su arte y también preservadas muestras de su flora. Pero no permitieron a ningún terrícola visitar su nave. Científicos, políticos, celebridades, periodistas, etc., fueron cortésmente rechazados al mismo tiempo que recibían montones de explicaciones por aquella negativa.

—Nuestra nave es tan acogedora como un depósito de cadáveres —admitió Co Barry gravemente—. Muchos de los nuestros murieron durante el viaje. Otros están agonizantes, y las causas pueden ser

tanto las deficiencias alimenticias, las carencias de luz solar, como las enfermedades mentales producidas por tan largo período de confinamiento en la nave. Pues hemos permanecido exilados en la noche del espacio durante dos agotadoras generaciones. No podemos ir más allá. Todo cuanto pedimos, todo cuanto os suplicamos, apelando a vuestra misericordia, es un lugar donde poder descansar y recuperarnos de nuestra penosa prueba.

Un lugar... Pero¿qué lugar? Al principio parecía una cuestión casi imposible; el CNU, prácticamente, se mantuvo reunido sin interrupción durante semanas. Por vez primera en lo que iba de siglo todas las naciones se habían unido... en una única determinación: no permitir la instalación de los Rosks en el propio territorio aunque fuese transitoriamente.

Al final se tomaron dos decisiones. Primera, que los Rosks serían transferidos a una base de la Tierra. Segunda, el lugar de destino.

Ambas decisiones eran inevitables. Hasta Tyne, desde su zaguero asiento en el debate, las vio venir. En la actitud humana para con los Rosks prevalecía lo mismo el miedo que la envidia; incluso si la piedad pudiera permitirlo, era imposible exigir a los Rosks que abandonaran el sistema solar y emprendieran ruta de nuevo. Semejante movimiento podía inducirles a un desafío. Se lanzarían a una lucha desesperada por el trozo de tierra que requirieran Y se ignoraba todo lo concerniente a las armas que pudieran poseer; ciertamente, la materia de sus conocimientos científicos y el rendimiento de ésta eran objeto de especulación general.

En cuanto al emplazamiento de la base, tenía que ser una región ecuatorial. El cinturón ecuatorial de la Tierra tenía poco más o menos la misma temperatura que la zona templada del II de Alfa. Un emplazamiento en el centro de África habría sido bastante inconveniente; una pequeña isla podía demostrar excesiva autorrestricción. El Brasil, en constante crecimiento, no podía tolerar ningún Rosk cerca de sus fronteras. Tras muchos chillidos, preces, protestas y usos del veto, se cedió a los Rosks, como base, un área de ochenta millas cuadradas al sur de Padang, en Sumatra.

—Por este pequeño regalo, nuestra gratitud es inconmensurable —dijo Ap II Dowl, en una de sus raras visitas personales. Hubo muchos que consideraron que la elección de su adjetivo había sido desafortunada... o deliberada.

Así, los Rosks aterrizaron en la Tierra en su inmensa nave. Pronto se hizo evidente que jamás habían tenido la intención de hacerse de nuevo al espacio; habían tenido suficiente.

La Tierra no deseaba mantener un huésped permanente. Los Rosks, multiplicándose tras un perímetro que rápidamente fortificaron, representaban una amenaza no menos ominosa por no formulada. Sin embargo, ¿cómo evitarlos? ¿Acaso creían los estadistas de la Tierra que la única posible línea de acción era *molestar* a los Rosks para que se marcharan?

Desgraciadamente, cuanto más se hurgaba en la llaga más dolía.

Nación tras nación envió sus delegados a Sumatra para ver lo que podía ser visto y extraer algún secreto Roskiano si era posible. En la gran sala del Consejo de las N U en Padang, Hombres y Rosks regateaban y trataban, exigían y concedían, trampeaban y protestaban. La situación era al mismo tiempo divertida y trágica. La vieja esperanza de la mutua cooperación por el contacto de dos razas hacia tiempo que se había olvidado.

A no ser con valija diplomática, no se admitía a los terrícolas en la base Rosk, y a los Rosks no se les admitía fuera de ella... mientras que, en la práctica, los espías de ambos lados infringían esas leyes. Padang pronto se llenó de espías: naciones espionando contra naciones, raza contra raza. La situación devino todavía más compleja cuando, en un intento de congraciarse con los otros, el CNU cedió la pequeña Área Lunar 101 a los visitantes, a fin de permitirles mostrar sus cuatro naves interplanetarias.

—Este acto afecta mi corazón —declaró Tawdell Co Barr—. Vinimos como extraños; nos recibisteis como amigos. Juntos, los Hombres y los Rosks levantaremos una nueva e imperecedera civilización.

Por esta vez, tan hermosas palabras sonaron huecas.

Con intención o sin ella, las esperanzas expresadas por Tawdell eran las de muchos hombres, fueran de donde fuesen. Desgraciadamente, fue éste el último discurso de Tawdell. Desapareció en el interior de la base Rosk y no se le volvió a oír. En los círculos diplomáticos se llegó a la conclusión de que el rubio Rosk había sido demasiado gentil con los hombres para ser del agrado de sus jefes supremos. La dictadura de Ap II Dowl, establecida en el árido ambiente de la nave, tomaba ahora las

riendas. Sus secuaces se sentaban a las mesas de consejo y las relaciones entre los dos bandos se deterioraban lentamente.

La patrulla de espionaje de la que Murray, Allan y Tyne formaban parte, era sólo un ejemplo de tal deterioro.

II

Algo parecido a un limón; no, a un melón. No, se estaba alargando; un pepino. No, porque se curva; un plátano. No, rizado. Una rebanada de melón. No, nuevamente un melón. ¿O era —estaba todo deformado—, era un rostro? Se agitó, se solidificó. Se transformó en una firme quijada y unos ojos que miraban fijamente hacia abajo. Se convirtió en la cara de Murray Mumford, vista a través de una bruma de debilidad.

—Eh —gruñó Tyne. Se encontraba sobre una tarima que todavía se agitaba por los bordes, y miraba a Murray.

—¿Qué tal? —preguntó Murray—. ¿Te sientes mejor?

—Agua —dijo Tyne.

Se la bebió de un trago cuando se la trajeron. Su cabeza se aclaró, recordó el accidente en la 101, la entumecedora explosión en su traje espacial.

—¿Dónde estamos, Murray? —preguntó.

—A una hora de la base lunar, sin persecución, derechos a casa —dijo Murray—. Se la di con queso a los Rosks. Pensé que nunca te ibas a recuperar. ¿Cómo te sientes?

—Ésta es mi mejor parte —dijo Tyne con ironía, alzando su enguantada mano izquierda. Bajo el guante se encontraba su mano metálica; la mano auténtica se la habían amputado tras un accidente aéreo varios años atrás.

—No creo que tengas nada mal —dijo Murray—, aparte de algunas magulladuras. Los Rosks dispararon sobre nosotros. Una bala alcanzó tu traje espacial en la parte del hombro; afortunadamente no partió las juntas, y los amortiguadores acapararon el máximo de la explosión. ¿Cómo lo hiciste... con una pata de conejo?

—¿Cómo vine aquí? ¿No perdí la memoria?

—Perdiste el conocimiento de arriba abajo y te desplomaste

como un buey con las patas cortadas. Te traje aquí, primero a rastras, y luego a hombros —dijo Murray—. Afortunadamente, mientras comenzaste a desplomarte tuve tiempo de cargarme el segundo foco Rosk.

—Gracias, Murray —dijo Tyne, y sólo después, con un deje de culpa, recordó a su amigo—: ¿Dónde sé encuentra Allan?

Murray apartó la mirada, encogiendo las pobladas cejas como en un gesto doloroso.

—Me temo que Allan no se encuentre —dijo pausadamente.

—¿Qué quieres decir con eso de que no se encuentra? Apartándose de la tarima, como si repentinamente hubiera encontrado las palabras exactas, dijo Murray:

—Tyne, esto puede ser algo difícil de aceptar. Las cosas se te escapan a veces de las manos. Era un sitio horrible, ya lo sabes. Cuando te desplomaste, te agarré y te subí hombros. Allan me instó a que corriera y te dejara allí, supongo que lo hizo en un momento de pánico. Quería abandonarte a los Rosks. Le dije que cubriera mi retirada, y lo último que sé es que estaba agitando su pistola rente a mi cara, alegando que me dispararía si no te abandonaba.

—¡Allan! —protestó Tyne—. ¿Allan dijo eso?

—¿Nunca has tenido miedo? —preguntó Murray— Las situaciones en las que las amarras se te sueltan y ni siquiera sabes lo que haces o dices. Cuando vi la pistola de Allan ante mi cara, y sabiendo que los Rosks se nos acercaban por la espalda, perdí también el control de lo que hacía.

De nuevo volvió la cabeza; todo su cuerpo sufría una tensión como jamás había visto Tyne anteriormente. El hombre de la tarima sintió la garganta seca al preguntar:

—¿Qué hiciste, Murray?

El espacio se deslizó por el exterior, furtiva, viperinamente, frío como tiempo de crisis, ignorando a Murray cuando éste dijo:

—Disparé contra Allan. Justo en el estómago.

Tyne estaba sujeto a la tarima. Tan sólo podía agitar su puño metálico y su puño de carne con impotencia.

—No había otra cosa que hacer —dijo Murray salvajemente, atenazándose una muñeca—. Escúchame, Tyne, ¿podía haberte dejado allí? No podíamos permanecer en el área 101, sin permiso legal. ¿Habrías preferido quedarte rodeado de un grupo de Rosks

asesinos? Hice lo único que podía hacer. Allan Cunliffe se amotinó; como capitán, resolví el asunto sobre el terreno. No había nada más que hacer.

—Pero yo conocía a Allan —gritó Tyne—. ¿Cómo iba él a...? Él no habría... no es la clase de...

—Realmente no nos conocemos los unos a los otros —dijo Murray. Su rostro aparecía oscuro, bañado por un febril aspecto de excitación—. Ni siquiera nos conocemos a nosotros mismos. En un momento de crisis, algo brota en nosotros... nuestro *id*, o lo que sea. Eso es lo que le ocurrió a Allan. Ahora escupe y ponte a pensar lo que quieras hasta que comprendas que hice lo que debía hacer.

Echó a andar hacia la cabina, cerrando la puerta de golpe a sus espaldas y dejando solo a Tyne.

Tyne yacía, removiendo todo lo dicho en el interior de su cerebro... No podía creer que su amigo estuviera muerto ni que hubiera perdido el control de sí mismo. Sin embargo, nada podía hacer sino creer. A fin de cuentas, siempre había existido una subterránea rivalidad por el ascenso entre Murray y Allan; quizá, en aquellos acelerados segundos en las tinieblas, la rivalidad ocupara su ánimo.

En cierto momento, antes de aterrizar, Murray volvió a la sala de la tripulación para ver a Tyne. Sus gestos estaban todavía ateridos por la tensión.

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó.

—No quiero verte —dijo Tyne con un gemido—. Te veré en la encuesta judicial. Hasta entonces, apártate de mi vista.

Su rostro adquirió áridas líneas. Murray se acercó hasta la tarima y puso sus manos sobre la garganta de Tyne.

—Date cuenta de lo que estás diciendo y a quién se lo estás diciendo —dijo—. Te he contado los hechos. Me gustan tan poco como a ti. Si Allan no se hubiera vuelto de repente tan cobarde, estaría ahora con nosotros.

Tyne alzó su mano de acero y atrapó la muñeca del otro, apretándola cada vez con más fuerza. Lanzando un gemido de dolor, Murray apartó el brazo de un lirón; un cerco enrojecido rodeaba su muñeca. Lanzó una mirada de malicia a Tyne; luego se dio la vuelta y se encerró en la cabina. No le volvería a ver durante un período de tiempo sorprendentemente largo.

Cuando aterrizaron, Tyne esperó pacientemente durante un rato; luego gritó a Murray que fuera a desatarlo. Se agitó sobre la tarima, convenciéndose de que no podría soltarse por sí mismo. Sus voces no recibieron respuesta. Después de veinte minutos, la puerta exterior se abrió y penetraron dos asistentes sanitarios sumatrinos con una camilla.

Por ellos conjeturó Tyne que se encontraba en el Hospital de la Patrulla. Murray había telefoneado al hospital, diciéndoles que fueran a sacarle de la exploradora para examinarle.

—Luego iré a que me examinen —dijo Tyne—. Ahora tengo que informar a la Comandancia.

—No se preocupe; el Comandante ya ha sido informado del estado de su salud —dijo uno de los asistentes.

A pesar de las protestas de Tyne, el hombre se mantuvo firme. Por sus réplicas, parecía como si Murray hubiera dejado entrever alguna duda sobre la salud mental de Tyne. Así que éste fue trasladado al hospital militar en una camilla.

Los procedimientos no eran allí más rápidos que en cualquier otro hospital. Los médicos tardaron un tiempo hasta decidir que Tyne Leslie estaba cuerdo aunque alterado, magullado pero en forma. Entre los exámenes hubo períodos de espera. En el interregno, Tyne, fumando paquete tras paquete de cigarrillos de mezcal, pensaba amargamente en lo que Murray había hecho; el capitán de la exploradora lo había preparado todo para que su informe se demorase. Bien, tendría que poner a Murray en su lugar, y, desde luego, iba a tener problemas.

Dos horas después, bien abotonado su uniforme, se precipitó hacia la Oficina del Escuadrón. Allí le aguardaba una sorpresa. Murray no había hecho ningún informe de su misión, y, más aún, no se le había visto. Dominado por las sospechas y la curiosidad. Tyne se dirigió a los alojamientos del personal del escuadrón. Tampoco allí se había visto a Murray; su cuarto estaba vacío, y su equipaje intacto. Sobre la cama, una guapa chica de raza mezclada contemplaba las fotografías con la mirada perdida. Escrito con letra pueril, rezaba en el retrato la siguiente frase: «De Mina con amor».

El sol acumulaba su plena gloria de media mañana sobre la foto. Tyne corrió hasta la puerta principal para preguntar al urbano de servicio que se resguardaba bajo su sombrilla. Sí, él capitán

Mumford había salido con un coche del Estado Mayor después del desayuno, en ruta hacia la ciudad.

—Gracias —dijo Tyne. Hizo auto-stop hasta la ciudad, aguantando las cinco millas de polvo y presión solar con quejumbrosa impaciencia.

Sabía que debería haber informado antes de dejar el campamento; por encima de todo, debería haber informado de la muerte de Allan. Pero, como un mal presagio, sentía que el tiempo se había convertido en un factor vital. Murray, inexplicablemente, había desaparecido; sería mejor encontrarle mientras el proceso estuviera caliente. Eran las 10.50.

Padang era una de las ciudades más interesantes de la Tierra. La proximidad de la base de los Rosks había dado a cada estrato de su vida un agradable *frisson*^[4] de excitación. La sensación de que algo desmesurado podía ocurrir cualquier día, se cernía sobre sus cálidas y olorosas calles. Era una ciudad cosmopolita. Entre los nativos indonesios y chinos se movían los delegados del CNU de todos los lugares de la Tierra, o sus mujeres, amantes o secuaces. Los vendedores callejeros pregonaban emblemas nacionales de todas las clases concebibles, desde soles nacieses hasta puerros. Era también una ciudad interplanetaria, la primera sobre la Tierra, para los delegados Roskianos en el CNU, que exhibían las solapas cargadas de insignias permisivas, mientras paseaban por la ciudad ocomían en los restaurantes. Era por encima de todo una ciudad en auge. A lo largo de la alegre Tida App, emergían los crespones celestes. Entre las palmas, las cabañas, las pintorescas calles con edificios de dos pisos, se elevaban sólidos bloques de gran altura. Y cincuenta banderas diferentes ondeaban, marchitándose bajo el sofocante calor.

Después de los políticos, habían llegado los hombres de negocios; y después de éstos, el hampa. Con un guiño desde la ventana del hotel podía comprarse un abogado, una mujer o un gran flotador, boca abajo, en los albañales.

Una vez en el centro de la ciudad, junto a correos, Tyne cruzó el gran mercado cubierto y subió por Bukit Besar. Llegó hasta el hotel Merdeka. Éste era, pensaba él, el lugar más apropiado para buscar a Murray. El Merdeka había sido casi como un hogar para Allan, Murray y Tyne. Se habían encariñado con su eficiente servicio, su

lamentable comida y su constante alboroto.

El lugar estaba ahora lleno, principalmente de esa especie de diplomáticos de plantilla que el mismo Tyne fuera en otro tiempo; hombres pulcros y nerviosos apurando sus whiskies y evitando el sol... y esperando, esperando y observando. Cruzando el vestíbulo, Tyne llegó a la parte trasera, a las escaleras de atrás.

Creyó ver a Amir al final del pasillo, que miraba a su alrededor para escabullirse inmediatamente. Pero tal cosa no podía ser. Amir, el chico más vivo de la plantilla, no tenía ningún motivo para evitarle; había llegado a convertirse casi en un amigo personal del trío.

Mientras subía las escaleras, sacó del bolsillo la llave que correspondía a la habitación 6, la que Allan, Murray y Tyne compartían. Que habían compartido... Sin cerrar tras sí, entró en la habitación.

El inmenso flujo de extranjeros había causado problemas de alojamiento en Padang. En los hoteles era imposible encontrar habitaciones; sólo pagando un precio escandaloso por una, se podía obtener el privilegio de usarla durante los fines de semana.

Un huracán había pasado por la habitación 6.

Tyne contuvo el aliento. Todas las maletas, las ropas civiles, todo, completamente todo había sido desparramado por el suelo. Alguien había estado registrando la habitación de arriba abajo, precipitadamente. ¿Quién? ¿Por qué?

—No me gusta esto —dijo Tyne en voz alta. Se acercó a la balaustrada y llamó al servicio.

Mientras esperaba, se quedó en medio de la habitación, pensativo. Se sentía envuelto en un misterio. Algo extraño había ocurrido en la Luna... estaba seguro de no haber oído la auténtica versión de los hechos. Y ahora, algo raro había ocurrido también aquí. ¿Por qué había desertado Murray? ¿Dónde se había ido? La sospecha de que había asesinado a Allan asaltó a Tyne. Pero ¿por qué?

Salíó nuevamente al descansillo y llamó otra vez al servicio.

Su odio hacia Murray se iba intensificando. Retrocedió en la memoria, captando a Murray en el pasado. El tiparrón de fáciles maneras aparecía ahora hasta simpático, aunque con los síntomas de un autoritarismo sin trabas. Su pronta y amable sonrisa se tornó

falsa, era la arbitraria mueca de un asesino. Aun suponiendo que hubiera matado a Allan... podía muy fácilmente haberle contado que habían sido los Rosks... Tyne, a fin de cuentas, estaba inconsciente cuando ocurrió. Nada se podía asegurar. Sólo una cosa era segura: Tyne quería atrapar a Murray y sonsacarle la verdad.

De nuevo salió al descansillo para llamar al servicio y se encontró con un pequeño camarero.

—¿Dónde está Amir? —preguntó Tyne.

—Amir tiene hoy su día libre.

—¿Qué? Es la primera vez desde que lo conozco que tiene un día libre.

—Amir no se encontraba bien hoy. Le dolía la cabeza y tenía que tomar medicamentos. ¿En qué puedo servirle?

Súbitamente, deseó que nadie viera la habitación. Se sintió débil, cansado, hambriento; era su primera caza humana.

—¿Podría traerme algo para desayunar, por favor?

—El desayuno hace tiempo que se acabó, señor.

—La comida entonces, cualquier cosa.

Retrocediendo hasta la habitación, cerró la puerta por dentro. Observó metódicamente el desorden que cubría el suelo. Le dolió colocar en su sitio las pertenencias de Allan, sabiendo que jamás iba a necesitarlas ya. Algunos de los trajes civiles de Murray faltaban, pero había; en cambio, un uniforme.

La comida llegó en seguida: arroz con coles y una salsa apátrida, seguido por una insípida jalea de plancton. La nueva gran planta de plancton ubicada en la costa de Semapang proveía de más y más alimento a la isla; aunque, en puridad, los alimentos ganaban más en nutrición que en sabor.

Con la comida, el ánimo de Tyne se recuperó. Había cesado en su puesto de segundo secretario de un subsecretario de un Subsecretario porque necesitaba acción.

Y aquí la tenía. El instinto original que le condujera a Sumatra había sido profundo. Había permanecido estático, enmohecido, descontento, un hombre sin virilidad, con una carrera elegida por su padre, la cual le aburría soberanamente. Pero el tiempo de oficinas había pasado; ¡cuán lógico sería calificarlo de tiempo perdido!

Aunque el ecuador es el punto más tórrido del planeta, el punto

que más rápido gira, no lo advierten los sentidos. Ahora, en cambio, había algo que realmente comenzaba a girar.

Decidido a actuar, fue a ver al propietario y le preguntó por Murray.

—Lo siento, pero no le he visto hoy —dijo el señor Niap Nam—. Si vino, no le vi. Será mejor que salga por la parte trasera. En la delantera hay un pequeño altercado con los Desplazados. Quizá se líe a tiros alguno de esos imbéciles.

—Gracias, Niap —dijo Tyne. Había oído ruido en la calle, pero no se había tomado la molestia de saber de qué se trataba. En un momento dado se escuchó un disparo, el eco conflagró un crescendo y luego se oyó el ruido de la gente que corría. Tyne se deslizó por la puerta trasera, a través de un corral protegido por una cañafistula. Los Desplazados eran un grupo de terroristas, principalmente formado por los nativos cuyas cabañas habían sido evacuadas para convertirlas en habitáculo de los Rosks; sus actos de violencia diaria —a menudo arrojando bombas caseras contra los vehículos diplomáticos— añadían una pizca de riesgo adicional a la vida de Padang.

Tyne se dirigió al Roxy. Si alguien sabía dónde se encontraba Murray, tenía que ser Mina, la muchachita medio alemana (el otro medio estaba sin especificar) que ocupaba la mayor parte del tiempo libre de Murray. Tyne miró su reloj. Comenzaba justamente la tarde; su enemigo, pues así era como calificaba ya a Murray, le llevaba cuatro horas y media de ventaja.

El Roxy era un cine de sesión continua. Obedeciendo la moda, las pantallas llameaban en el gran cubo de plástico transparente veinticuatro horas de cada veinticuatro. El salón de entrada era amplio y profundo, con gente que iba y venía, o que simplemente fumaba sin moverse.

Tras el mostrador de la heladería, Mina saludó amablemente a Tyne nada más verle. Sí, era una preciosidad: morena, vivida, con gracia; tal vez, si Murray desaparecía del todo...

—Sí, ha venido a verme —dijo Mina, respondiendo a la pregunta de Tyne—. Señor Leslie, ¿podría decirme si se encuentra en algún apuro? Tenía un aspecto como si algo malo le agitara.

—Quizá tuviera los zapatos puestos del revés —dijo Tyne, y aguardó pacientemente a que la chica controlara su nerviosa risa. Había olvidado la estúpida observación que la había provocado.

—Tengo que encontrarlo, Mina —dijo—. El Comandante lo necesita con urgencia. ¿Dijo dónde iba?

—No, señor Leslie. Todas sus palabras se limitaron a un «hola», ni siquiera me dijo «dame un beso». He ahí por qué pensé que algo le tenía preocupado... algo que...

—Sí, que no era nada agradable. Lo sé. ¿Qué más dijo aparte de «hola», Mina? ¿Te pidió que os encontrarais más tarde?

—Perdone un minuto. —Se volvió, toda sonrisa, para servir a un gran pakistaní y luego prosiguió—: Todo lo que me dijo es que iba a la planta de plancton. Puedo encontrarlo en la planta de plancton. ¿Para qué querría ir a ese sitio, señor Leslie?

—Quizá para plantar plancton —sugirió Tyne, cuya sonrisa desapareció al estallar Mina en otra de sus aflautadas carcajadas. ¿A qué diablos habría ido allí Murray? Caminando sin mirar a ninguna parte, casi tropezó con un tipo gordo que vestía un traje blanco de lino.

—Sígame y oírás cosas de Murray Mumford —dijo el gordo, hablando por la comisura de la boca y haciendo como que no se fijaba en Tyne. Mientras éste le seguía con sorpresa, el gordo empujó una puerta oscilante y entró en un bar. Por un instante, Tyne se preguntó si había oído correctamente. Luego se lanzó a través de la puerta.

Una pantalla en miniatura de un pie de altura cabrioleaba sobre el mostrador del bar. La película era muda.

Recortado su tamaño natural, mostraba sólo media parte. Como tal, era casi ininteligible. Al entrar Tyne, la pechugona mitad de Lulu Baltazar, reclinada sobre cojines, gesticulaba incomprensiblemente, Tyne apartó la mirada del cubo y la depositó sobre el gordo. Éste estaba sentado en el rincón del extremo con el rostro vuelto hacia la puerta, alzando dos rechonchos dedos para llamar la atención del camarero. El camarero sonreía y asentía como un cretino adulator. Algunas personas bebían sentadas por allí.

—¿Quién es usted? —preguntó Tyne al gordo, al llegar a su mesa—. Lo siento, pero no logro recordarle.

—Siéntese, señor Leslie —dijo el extraño—. Recuerde sus modales y agradezca a su buena estrella el que le haya encontrado yo antes que algún otro.

—Le he preguntado quién es usted —dijo Tyne, sentándose de mala gana—. ¿Tiene algún mensaje de Murray para mí?

—Aquí vienen los whiskies —dijo el otro, sonriendo al camarero que dejaba los vasos sobre la mesa—. Permítame brindar por su intacta salud.

Tyne apartó el suyo.

—Tengo prisa —dijo—. ¿Cómo supo usted que yo iba tras Murray? ¿He de suponer que estuvo espionando lo que hablé con la chica del puesto de helados? ¿Intenta ser gracioso conmigo o realmente quiere ayudarme?

El gordo se zampó la bebida y luego, mirando a Tyne de soslayo y con picardía, se hizo cargo del vaso que éste había apartado. Sin preocuparse por responder las preguntas de Tyne, dijo:

—Si quiere llamarme de alguna forma, Stobart es un nombre tan bueno como cualquier otro. Soy agente... Puedo arrestarle a usted con sólo chasquear los dedos y me importaría un carajo hacerlo.

Un pedazo —un pedazo de tente tieso— de Lulú Baltazar estaba trepando a un coche de superlujo. El camarero sonreía y asentía como un bobo a los nuevos parroquianos.

—Oiga, usted se cree que está en una película de espías —dijo Tyne.

—No me revele su bonito pasado, hijo —dijo Stobart cortante—. Soy real y tendrá ocasión de comprobarlo si continúa haciendo el gamberro. Considere... que no tengo sentido del humor.

—De acuerdo. Es usted real —concedió Tyne—. Dígame entonces esto. ¿Por qué iba un agente del CNU a revelarse como tal según ha hecho usted? ¿Por qué iba a interesarse por mí o por Mumford? Si fuera usted un orejudo policía militar del campamento podría entenderlo.

—Usted no entendería ni a un orejudo con el sombrero puesto. Mire, hijo, está usted al borde de aguas turbulentas. Aléjese. Eso es cuanto tengo que decirle y por eso estoy aquí: ¡aléjese! Encontrar a Murray Mumford es asunto de alta prioridad, y lo único que usted

conseguirá será entrometerse en el camino de las otras partes interesadas.

Mientras hablaba, empujó el whisky hacia Tyne. Éste lo cogió y se lo bebió de un trago. Stobart alzó dos dedos y el camarero volvió a aparecer, cortésmente, con más bebida.

—Permítame entrar en el misterio —dijo Tyne. Le disgustó el tono de súplica que escuchó en su propia voz—. ¿Por qué mató Murray Mumford a Allan Cunliffe? ¿Por qué le persigue el CNU y no el Servicio Espacial?

—Pregunta usted mucho —dijo Stobart con sequedad.

Tyne se sonrojó. Cogió uno de los vasos vacíos con la mano izquierda y lo comprimió entre los dedos. Siguió apretando hasta que un leve montón de relampagueantes vidrios rotos quedó sobre la mesa.

—Conteste —dijo.

Stobart se rió.

—Se ha cabreado, ¿eh? —dijo, y sopló el vidrio pulverizado contra la chaqueta de Tyne. Antes que éste pudiera moverse, el otro le cogió la muñeca izquierda con tenaza ineludible.

—Escúcheme, señor Leslie —dijo Stobart—. Salga de esto. Mumford le mintió, no hay duda. No podía permitirle que viera el complicado asunto de que se trata. Quiero escucharle a usted lo que, según él, sucedió junto al Área 101; luego, le diré lo que ocurrió realmente. ¿De acuerdo?

Malhumorado Tyne repitió la historia narrada por Murray a bordo de la nave exploradora.

—Basura —exclamó Stobart al final—. Mientras usted permanecía inconsciente, los Rosks les *cogieron* a usted y a Mumford. No tuvo tiempo de volver a la nave, muchacho, no al menos con usted durmiendo pacíficamente sobre su hombro. Les cogieron fácilmente y le convencieron para llevar una información vital a un contacto Rosk en Padang, el cual la pasará a la base Rosk en Sumatra.

—¿Cómo pudieron convencerle? ¿Cuál era la información? ¿Por qué no me contó la verdad?

—¡Loco inocente! —dijo Stobart. Se había parado para mirar a Tyne como si de pronto sintiera mucho interés por él; sus acuosos ojos se posaron sobre los demás parroquianos del bar—. ¿Cree usted

que Mumford le habría contado la verdad? ¿Que se había convertido en traidor? Está ayudando a los Rosks; no se moleste en preguntar qué le ofrecieron por llevar a cabo su tarea. Y no se moleste en preguntarme de qué información se trata, aun que lo supiera no se lo diría.

—¡No puedo creerlo! ¿Por qué no podían los Rosks pasar su información ellos mismos? Tienen cuatro pequeñas naves circulando entre la Tierra y la Luna.

—Si conociéramos todas las respuestas, no buscaríamos a Mumford ahora —dijo Stobart claramente—. Y eso es todo cuanto tengo que decirle. Va a haber viento en su camino, Leslie. Vuélvase al campamento y juegue al hombre del espacio antes de que empiecen los tiros.

—Usted está bebido por la forma en que mira y habla —dijo Tyne serenamente—. ¿O le cuelga siempre la boca como un calcetín sudado?

—Hay un Rosk en el bar, disfrazado de hombre de negocios sumatino, que nos observa con ojo de lince —replicó Stobart sin pestañear.

—Me deja en Babia —dijo Tyne—. ¿De dónde ha sacado toda esa información, Stobart?

El gordo lanzó un juramento.

—¿Cree que se lo voy a decir? Por última vez, Tyne, abandone. Tiene en contra varias organizaciones. Nunca encontrará a Murray Mumford. Váyase ahora, levántese y lárguese. El whisky gratis se ha acabado.

Un pedazo de alguien estaba peleando con un pedazo de Lulú Baltazar cuando Tyne pasó frente a la barra. Hervía por dentro. Odiaba cada pulgada cúbica de la grasa de gorrino del cuerpo de Stobart, pero su inteligencia le decía que el aviso del fulano no era en balde. Si Murray estaba realmente implicado en un problema de tal envergadura, el asunto se escapaba de sus manos.

Evitando a Mina, salió del Roxy. Estaba lloviendo a mares. Las calles estaban inundadas. Más arriba, en la calle, dos miserables policías permanecían junto a un humeante establecimiento ruso; los Desplazados habían golpeado de nuevo. Era la una y cuarto.

III

Tyne decidió cortar por calles laterales. Así evitaría algo la lluvia. Cuanto más pronto regresara a la base, mejor. Le traería problemas el que estuvieran esperándole para recibir su informe. Se sintió lleno de desazón. Había olvidado preguntar por Allan al marrano de Stobart.

La lluvia golpeaba con fuerza su cuello. Su claro traje tropical estaría empapado en poco tiempo. Un taxi se le aproximó lentamente.

—Suba y no se mojará, señor —dijo educadamente el conductor chino.

Sonaba a algo agradable. Cuando Tyne se disponía a abrir la puerta trasera, ésta lo hizo de golpe. Fuertes manos atenazaron la suya, le hicieron perder el equilibrio y le empujaron al interior del vehículo. Notó que aumentaban de velocidad incluso mientras luchaba bajo la dura manta que le habían echado por encima. Alguien se le había puesto encima para mantenerle sujeto. Tyne forcejeó por liberar su mano de acero. Entonces sintió estallar la nuez de su garganta.

Durante lo que le pareció una eternidad, permaneció medio ahogado bajo la manta en un estado entre consciente e inconsciente. Ardientes coloraciones se curvaban y retorcían en su cabeza. Cuando el coche comenzó a saltar, como si hubiera abandonado la carretera, volvió a recuperar el compulsivo interés por las cosas. Un extraño ruido silbante se oía en el exterior; estaban rodando sobre yerba crecida.

El ocupante de la trasera del vehículo había descendido del cuerpo de Tyne y discutía ahora con el conductor. Era algo sobre perjudicar a la máquina. Le ofreció dinero al conductor, pero éste lo rechazó.

Por fin el coche se detuvo. Tyne no forcejeó cuando le ataron las

muñecas a la espalda. Las manos que tocaron las suyas eran febrilmente calientes. Indudablemente estaban a una temperatura muy cercana a los 105.1 grados Fahrenheit.

Fue sacado sin ceremonia del auto y rodó por la hierba mojada y crecida hasta la altura de la rodilla. Mientras luchaba por ponerse de rodillas y luego en pie, vio al chino que aceptaba un fajo de dólares, sonreía y ponía en marcha el motor. El Rosk sujetó a Tyne por la cintura de sus pantalones, lo apartó del camino mientras el coche maniobraba para poner el morro donde tenía la cola; acto seguido, el auto enfiló por donde había venido y desapareció; el hombre y el Rosk quedaron solos.

Altos árboles, vegetación artificial más que auténtica jungla, les rodeaban. El único signo de existencia humana era una vieja choza nativa derrumbada por su propio peso; aunque en la distancia se percibía el regular ruido del tráfico; una autopista que no estaría muy lejos.

—Marchemos —dijo Rosk amablemente, empujando a Tyne hacia delante.

—Si no tiene nada mejor que ofrecerme...

Todavía estaba lloviendo, pero sin furia. A duras penas había podido Tyne hacerse una idea de su asaltante. Parecía un malayo. Qué ironía, pensó, que esta raza tuviera que venir a instalarse en Sumatra. En cualquier rincón del país podían pasar desapercibidos. En Inglaterra se les habría detectado a una legua.

—¿Le gusta el campo? —preguntó Tyne.

—Siga caminando.

La senda comenzó a empeorar. La lluvia cesó como si el grifo hubiera sido cerrado. El sol salió; Tyne empezó a sudar. El océano apareció más allá de los árboles. Era como una llanura metálica e inmóvil.

Las rocas mojadas emergían de la profundidad del agua. Conjuntamente, Tyne y su captor se deslizaron por una peligrosa pendiente. En el fondo, tres grandes palmeras luchaban inmóviles por recuperar su posición sobre un pequeño arrecife, inclinados sus macizos troncos sobre el agua. Por debajo de la superficie, sus raíces se extendían como dedos hinchados, por entre los que Tyne podía ver algunos peces. Luego, sin previo aviso, fue empujado.

Cayó entre las raíces, el agua le inundaba la nariz. Forcejeó

frenéticamente. ¡Se estaba ahogando! Con las manos atadas, no tenía salvación.

No hubo tiempo de meditar. El Rosk nadaba a su lado, sujetándole por el cuello. En poco tiempo se deslizaron en las profundas aguas bajo el acantilado y emergieron a la superficie. Chorreando agua, Tyne boqueó dolorosamente, dando trompicones mientras el Rosk le sacaba del agua.

Estaban en una caverna, cuya entrada habría sido difícil de percibir incluso desde el mar, pues estaba protegida por las grandes palmas del exterior. Las condiciones eran en extremo claustrofóbicas. El agua llegaba hasta dos pies y seis pulgadas del goteante techo; no había forma de escapar del agua, que le cubría hasta el pecho. Amargamente, Tyne recordó que los Rosks tenían una tradición acuática profundamente arraigada.

En mitad de la caverna, donde las aguas eran más profundas, flotaba un pequeño submarino. Parecía roto y viejo, y estaba cubierto de óxido. Podía haber sido un veterano de la Armada malaya, aunque Tyne no se atrevía a asegurarlo.

La torreta superior estaba abierta. Una cabeza morena apareció por ella e intercambió unas cuantas palabras, que semejaban ladridos, con el captor de Tyne. Sin demora, fue conducido a bordo.

El interior era como un horno, lo mismo en tamaño que en temperatura. Tyne, aún con las manos atadas a la espalda, fue obligado a echarse sobre el enrejado de acero de una tarima. Cuando el submarino comenzó a moverse, apenas se percibió del movimiento.

Con los ojos cerrados, intentó pensar. Ningún pensamiento le vino a la cabeza. Sólo sabía que la advertencia del repulsivo Stobart estaba justificada, aunque había llegado demasiado tarde. Sólo sabía que codiciaba la vida de un segundo secretario de un subsecretario de un Subsecretario.

—Arriba —dijo el Rosk, pinchándole las costillas.

A empujones y aguijonazos, Tyne ascendió la escalera de acero e introdujo la cabeza en la luz del día.

El submarino había emergido a la superficie. Pero la visibilidad era nula a causa de la niebla que pendía como vapor sobre las tranquilas aguas. Un queche nativo y confusamente delineado flotaba junto a ellos, asegurado al guardalado del submarino por

una cuerda de amarre. Tres presuntos Rosks esperaban a Tyne como aves de rapiña. Inclínándose, le cogieron por las axilas y le trasladaron a bordo, dejándole caer de golpe sobre la cubierta.

—Gracias —dijo Tyne—. ¿Por qué no me dan una toalla, ya que se sienten tan generosos?

Cuando subió a bordo su primer captor, fue conducido abajo, todavía mojadas sus ropas. Bajo cubierta, las alteraciones de estructura habían creado una estancia de buen tamaño. El queche tendría quizá cien toneladas. La evidencia sugería que había sido utilizado como barco de pasajeros, probablemente para travesías interinsulares antes de caer en manos de los Rosks.

Cinco hombres Rosks y una mujer estaban allí abajo. Vestían según el estilo Rosk, con tal abundancia de gruesas ropas que parecían propias para cualquier parte salvo para el ecuador. Más relajados, rodeados por su propia gente, su condición extranjera se hacía más evidente. Sus bocas, quizá debido a la rapidez, farfullaban la lengua en vez de hablarla, moldeando los rasgos en una extraña expresión. Sus posiciones no parecían naturales. Incluso en la forma que tenían de sentarse en las sillas planas de madera se advertía su falta de armonía y lo ajenos que les eran aquellos objetos.

Eran seres del segundo planeta de Alfa de Centauro, seres semejantes a los hombres, pero inevitablemente extraños a éstos. Las semejanzas físicas no hacían sido acusar la diferencia espiritual. Como si la vida en la Tierra, pensó Tyne, no fuera ya de por sí bastante complicada sin éstos...

El Rosk que había capturado a Tyne en Padang estaba presentando un informe, en Roskiano, al líder del grupo, un tipo rudo que tenía nariz de gorila, además de un mechón de cabello cano. Por último, interrogó al captor de Tyne inquisitoriamente, pero de una manera que sugería un sentimiento de satisfacción hacia el hombre; luego se volvió a Tyne para hablarle en inglés.

—Bien. Soy el coronel de guerra Budo Budda, servidor del Supremo Ap II Dowl, dictador de Alfa-Tierra. Necesitamos urgente información y usaremos cualquier medio para conseguirla. ¿Cómo se llama usted?

—Me llamo Pandit Nehru —dijo Tyne sin parpadear.

—Pónganlo sobre la mesa —dijo Budda.

Moviéndose al unísono, los otros Rosks, a pesar de sus forcejeos, cogieron a Tyne y lo colocaron boca arriba sobre la mesa.

—Pandit Nehru fue un personaje de su historia —dijo Budda con impaciencia—. Vuelvo a preguntárselo.

—Martin Todpuddle —dijo Tyne, preguntándose qué sabrían sobre él.

Evidentemente no sabían su nombre.

—Usted estuvo hablando con un agente del CNU —dijo Budda— a las doce y media en su hora local, en el cine Roxy de Padang. ¿De qué estuvieron hablando?

—Me recomendó que me cambiara de calcetines más a menudo.

Un terrible golpe de canto alcanzó a Tyne en la oreja derecha. El mundo reventó con un crujido de estrellas. Había olvidado cuán displicente podía ser el dolor; cuando pudo volver a reclamar los servicios a su oído, gran parte de su fanfarronería se había evaporado.

Budda se inclinó sobre él, grande, enorme.

—Nosotros, los de segundo de Alfa, no compartimos el sentido del humor de ustedes —dijo—. Aunque a veces nos es vital. Dudamos entre cortarle un dedo o sacarle un ojo, a menos que nos cuente rápida y concretamente lo que el agente del CNU habló con usted.

Tyne alzó la mirada para contemplar aquellas caras de corta frente. ¿Qué pensarían y sentirían aquellos cabrones? ¿Cuál sería la diferencia con lo que los hombres pensarían y sentirían en su situación? Algunas preguntas importantes y básicas nunca habían sido ni formuladas ni respondidas inteligentemente desde que los Rosks llegaron, casi cinco años atrás. El gran acontecimiento, fecundo y emancipador, del encuentro entre dos extrañas pero similares razas se había oscurecido por la niebla de la política. La fructificación de las culturas en auge se resolvía con puñetazos sobre la mesa.

—Hablaré —dijo.

—Es una sabia elección, Todpuddle —dijo Budda; aunque parecía disgustado.

Esta aceptación de un falso nombre dio ánimos a Tyne. Comenzó un divagador informe sobre el asesinato de su amigo Allan, sin decir dónde había ocurrido.

En un minuto, el Rosk que había capturado a Tyne se adelantó y se puso a farfullar en Roskiano con irritación.

—El compañero dice que usted miente. ¿Por qué no menciona a Murray Mumford? —preguntó Budda.

Volviendo la cabeza, Tyne contempló a su primer captor. No había tenido ocasión de observarle a gusto hasta ahora. De repente, afloró el reconocimiento. Era el hombre que bebía en el bar Roxy, al que Stobart había calificado como agente Rosk; todavía vestía como un hombre de negocios local. Luego si Stobart conocía al tipo, posiblemente él o uno de sus hombres le había seguido y estaba ya sobre la pista. Aunque también pudiera ser —y este pensamiento le puso la carne de gallina— que Stobart estuviera utilizando a Tyne como carnada, esperando que pasara su historia al enemigo. Stobart, a grosso modo, era tan insensible como cualquier trío de Rosks, incluso si dos de ellos eran Ap II Dowl y Budo Budda.

Con la mente confusa, Tyne se detuvo.

A una orden ladrada, uno de los secuaces de Budda comenzó a desgarrar la ropa de Tyne.

—De acuerdo —dijo Tyne. Una mirada a Budda, encajando con rabia la lengua entre los dientes, lo decidió—: He aquí lo que dijo Stobart.

Mientras permanecían a su alrededor, lo contó todo, encubriendo tan sólo el hecho de que él personalmente había estado implicado en el asunto de la Luna. Mientras hablaba, Budda traducía velozmente al Roskiano.

El coronel de la guerra insistió sobre un punto en particular.

—Stobart le dijo que Mumford tenía que encontrarse con uno de nuestros contactos en Padang, ¿no?

—Exacto.

—¿No tenía que ir Mumford a nuestra base de aquí?

—Sólo puedo decir lo que Stobart me dijo. ¿Por qué no van y se lo preguntan a Stobart?

—Stobart no es tan fácil de atrapar como usted, Todpuddle. Hay un dicho nuestro que dice que el pez pequeño se pesca pero que el grande muere de muerte natural.

—Déjese de proverbios. ¿Qué van a hacer conmigo?

Budda no respondió. Yendo hasta un armario, lo abrió y extrajo de él un artilugio sencillo que evidentemente funcionaba como un

radioteléfono. Algo en su manera de hablar sugirió a Tyne que se estaba dirigiendo a un superior, presumiblemente de la base de Sumatra. Interesado, Tyne se irguió y se sentó sobre la mesa; nadie le empujó esta vez. Al parecer, el interrogatorio había terminado.

Devolviendo el instrumento a su lugar, Budda comenzó a impartir órdenes a los otros Rosks.

Tyne se deslizó de encima de la mesa y quedó en el suelo. Sus ropas estaban todavía húmedas y pegadas al cuerpo. Las ligaduras que aseguraban sus manos a la espalda parecían hacerse más rígidas a cada momento.

—¿Nos vamos a casa ya? —preguntó.

—Usted va a ir a su casa eterna —dijo Budda—. Ha cumplido usted su misión maravillosamente, señor Todpuddle, y le estoy enormemente reconocido. Vamos a capturar a Mumford a toda velocidad y dejaremos que nuestra dama invitada, la señorita Benda Ittai, cosa el saco donde usted será metido y arrojado a las azules aguas. Es una vieja forma de sepelio en Alfa. ¡Adiós!

—No puede dejarme así —dijo Tyne. Pero los otros ya se alejaban a toda velocidad y subían a cubierta. Tyne se volvió hacia la Rosk.

Tyne sabía ya que ella era hermosa. Lo había advertido instintivamente al entrar, aunque su mente permaneciera ocupada en otras cosas. Ahora que la miraba fijamente pudo darse cuenta de que no se había equivocado. Benda Ittai era pequeña pero nerviosa, enormemente grácil a pesar de sus extrañas ropas. Tyne advirtió que llevaba un cuchillo, una hoja indonesia.

Se le acercó cautelosamente, farfullando bruscamente en su lengua nativa.

—No te molestes, Mata Hari —avisó Tyne—. No te entiendo una palabra.

Pudo oír cómo los otros pasaban al submarino; estarían metidos como arenques en lata, pensó. Cuando se hubieran marchado, se arrojaría contra la pequeña asesina, le daría un buen trompazo y se largaría.

Pero el pequeño ser adivinó sus intenciones. Sacando una vieja vela de lona de un armario, la extendió sobre la cubierta.

Moviéndose ágilmente, hizo a Tyne una especie de llave de judo y lo tendió sobre la lona. Antes de que se enterase de lo que estaba pasando, se encontró envuelto entre sus pliegues. Todo forcejeo fue inútil. Se quedó inmóvil, escuchando. Benda Ittai estaba cosiendo la lona, muy rápidamente, con una aguja automática. Justo entonces comenzó a sentir miedo.

Una vez indefenso Tyne, la mujer ascendió a cubierta para regresar un minuto después. Rodeó el bulto con una cuerda y a continuación lo arrastró, sacudida tras sacudida, por las estrechas escaleras. La dura lona le protegía de los golpes más duros. Cuando alcanzó el nivel de cubierta, Tyne comenzó a suplicar piedad. Su voz sonaba desesperadamente velada.

Le empujó por la cubierta hasta la baranda.

Sudando, gimiendo débilmente, advirtió que estaba cayendo por un lado. Helo aquí, Leslie, se dijo a sí mismo con furiosa desesperación. Ahora le estaba balanceando. Cayó y experimentó contra sus huesos la bendita presencia de un bote. La muchacha lo había dejado caer contra lo que parecía ser un bote de remos.

Tyne se encontraba aún medio desmayado de alivio cuando la muchacha aterrizó a su lado. El bote se meció levemente, y a continuación se alejó del queche. Tenía un motor, pero era completamente silencioso.

Una momentánea e irrelevante consideración sobre los Rosks le asaltó. El sumatrino común es muy pobre. Su horizonte se encuentra amurallado por las necesidades económicas. El concepto del término lealtad difícilmente significa algo para él, pero la oportunidad de vender con provecho un bote de pesca, un cuchillo, o un queche es algo que no puede dejar pasar.

Hasta cierto punto, los Rosks se habían aposentado en un terreno neutral. La política del poder es un deporte que el pobre no puede permitirse. La absoluta pobreza, como el poder absoluto, corrompe en términos absolutos.

—Tengo una forma de ayudarte, Todpuddle —dijo Benda Ittai, posando su mano sobre la lona que aprisionaba a Tyne.

Por ahora, la situación escapaba a las posibilidades de Tyne, y escuchar que ella hablaba inglés resultaba tan tranquilizador que sólo pudo pensar en murmurar a través de la lona:

—Me llamo Tyne Leslie.

—Los otros de mi grupo no saben que hablo terrícola —dijo ella—. Lo he escuchado secretamente por vuestras teledifusiones.

—Debe ser muy importante para ti que los otros no lo sepan —dijo Tyne—. Sácame de esta tumba portátil. Realmente me has atemorizado, créeme.

Con su afilado cuchillo cortó la lona. Sólo hizo un agujero para el rostro, de modo que Tyne quedara convertido en una especie de momia, que la miraba inevitablemente.

Benda Ittai estaba tan nerviosa como un rompeolas.

—No me mires como si fuera un traidor a mi raza —dijo ella intranquila—. No lo soy.

—No es eso lo que estaba pensando —replicó él, sonriendo a su pesar—. Pero¿cómo encajarte en el conjunto? ¿Qué vais a hacer con Murray?

—No me preguntes. ¡No me preguntes nada! Todo este asunto es demasiado complicado para que tú lo entiendas. Conténtate tan sólo con que no haya dejado que te ahogaras. Ya está bien por un día.

El mar aún mantenía la calma de un lago, envuelto por la niebla. Benda maniobraba según la brújula, y un minuto más tarde una isla pequeña, coronada con las inevitables palmas, se dibujó entre la niebla frente a ellos. La muchacha paró el motor y condujo el bote hacia una entrada de mar que había entre dos brazos de vegetación.

—Te dejaré aquí y harás lo que te parezca —dijo ella—. Cuando Budo Budda regrese al barco, le diré que he cumplido con mi deber. El agua es poco profunda aquí. Cortaré tus ligaduras y podrás llegar a tierra firme. Pronto pasará cualquier bote y te verá, no lo dudes.

—Escucha —dijo él desesperadamente, mientras ella cortaba la costura de la lona—, te agradezco mucho que me hayas salvado la vida, pero por favor, ¿qué lío es éste?

—Te dije que el asunto es demasiado complicado para tu entendimiento. Conténtate con esto.

—Benda, lo que dices implica que soy demasiado poca cosa para jugar un papel en este asunto. Eso no le hace mucho bien a mis complejos. Debes decirme qué ocurre. ¿Cómo puede ser tan vital la información que Murray posee, hasta el punto de que todo el mundo esté dispuesto a matar por obtenerla?

Lo hizo saltar del bote antes de desatar la ligadura de sus muñecas, por si acaso intentaba saltar sobre ella. Se quedó metido

en el agua hasta la cintura. Ella le arrojó el cuchillo. Mientras Tyne intentaba atraparlo, brillante como un pez bajo el agua, dijo ella:

—Murray lleva encima lo que vosotros llamáis microfilm. En esa película hay un informe completo sobre la inminente invasión que una flota de naves procedente de Alfa realizará sobre la Tierra. La nave que llegó a vuestro planeta cinco años atrás no es lo que pensáis; engañamos a tu gente. Se trata de una avanzadilla, un ejército de reconocimiento del terreno, destinada a realizar los estudios preliminares para las naves que os invadirán. Contra tal amenaza que se avecina, ni tú ni yo, cualquiera que sea nuestra opinión, nada podemos hacer. Ya es demasiado tarde. ¡Adiós!

Desvalido, Tyne permaneció en el agua, contemplándola hasta que se perdió en medio de la dorada niebla.

IV

El sistema solar progresaba hacia la inalcanzable estrella del verano, Vega. El sistema Tierra-Luna giraba en torno al sol, huésped y parásito eternamente codo con codo. El planeta daba vueltas alrededor de su inaprensible eje. Los océanos, intranquilos, se mecían desde la eternidad sobre sus lechos. Mareas de multiplicada vida se crispaban cruzando los continentes. Sobre una pequeña isla, un hombre permanecía sentado, cortando la cáscara de un coco.

Su reloj indicaba que eran las 4.20 hora local. Al cabo de tres horas oscurecería. Si la tórrida niebla se mantenía hasta la puesta del sol, sus posibilidades de ser encontrado y rescatado serían escasas.

Tyne se puso en pie, masticando todavía el último pedazo de coco, y arrojó la cáscara vacía al agua. En pocos minutos volvería a estar a flote. Echó pestes contra su propio desvalimiento. Sin el sol como guía, ni siquiera podría señalar la ubicación de Sumatra en el horizonte. Allí, dondequiera que estuviera, el destino del hombre se estaba decidiendo. Si el Gobierno Mundial pudiera hacerse con la información del precioso microfilm, se tomarían medidas efectivas para la defensa. Stobart se había referido vagamente a «información»; ¿conocía el auténtico valor de lo que Murray tenía? Quizás fuera Tyne el único hombre en el mundo que conociera el tremendo peso de lo que se jugaba en la balanza.

¿O lo sabía Murray también?

Murray había asesinado a su amigo y traicionaría a su especie. ¿Qué clase de hombre era Murray?

—Si algún día le pongo las manos encima... —dijo Tyne.

Estaba resuelto a dejar de ser utilizado por otros en este inmenso juego. Tan pronto como le fuera posible, tomaría la iniciativa. Al igual que la fuerza de rotación del ecuador, otras fuerzas desconocidas le habían estado manejando hasta este momento; a

partir de ahora, se movería por sí mismo.

Así, pues, hizo una excursión por la isla, donde había sido abandonado. No tenía mucho más de diez acres de extensión; probablemente se tratara de algún desperdigado miembro del archipiélago Mentawai. En la parte más alejada, por encima de un macizo de rocas que se prolongaba hasta internarse en el mar, se erguía una fortificación en ruinas. Posiblemente databa de los altercados entre Java y Sumatra, allá en pleno siglo veinte.

La fortificación consistía en dos estancias. En la interior, podía verse una mesa podrida y un cofre de hierro enmohecido. Dentro de éste había una linterna rota, un azadón y un pico. Estantes enmohecidos se encontraban alineados en una pared de la habitación.

En el curso de las siguientes horas, Tyne estuvo ocupado en levantar su propia defensa. No le iban a coger desprevenido otra vez.

Mientras trabajaba, su cerebro repasaba febrilmente lo que la muchacha alienígena le había dicho. Estaba asombrado no sólo de la ingenuidad de la Tierra al aceptar como verdad pura y sencilla la historia que habían contado los Rosks al llegar, sino también de la perfidia del planeta II de Alfa al aprovecharse de los generosos impulsos del hombre. Por otra parte, era difícil ver qué otra conducta podrían haber seguido. La Tierra no tenía razón alguna para creer que la nave Rosk fuera otra cosa que lo que afirmaba de sí misma. Y si los Rosks, ciertamente, estaban embarcados en una invasión inminente, entonces, desde el punto de vista militar, sus observaciones preliminares del ambiente físico y mental de la Tierra adolecían de sólida táctica.

La exasperación abotargaba a Tyne. Esta misma sensación le había asaltado hacía unos días, cuando había asistido a las mesas consultorías del C. de las NU. A causa de las malditas oposiciones, le parecía inevitable condenar a las personas implicadas; más bien había que maldecir el estado de fuerzas que les hacían aparecer como lo que eran.

Después de una hora de trabajo, un haz de luz apareció; la niebla se aclaró y el sol brilló nuevamente. Bajas nubes en el horizonte señalaban la posición de Sumatra. Las ropas de Tyne se secaron, su encendedor funcionaba otra vez. Hizo un buen fuego,

preocupándose por mantener su luminosidad para cuando el sol se ocultara.

Por fin, acabada su tarea, se tendió sobre la arena, contemplando la playa donde había sido abandonado por Benda Ittai. En la distancia aparecieron las luces de uno o dos buques atómicos, que no advirtieron la señal de Tyne. Por fin se durmió.

Cuando despertó, sintió frío; estaba entumecido. Soplaban un fuerte viento. Eran sólo las diez menos veinte. Sobre el mar emergió un segmento de luna, majestuosa y soberbia. Y un bote de pesca se estaba acercando a la isla.

¡Tyne iba a ser rescatado! A la vista de la tranquilizadora forma familiar de un bote local, se dio cuenta de cuánto había temido ver aparecer el queche de Budo Budda en su lugar. De súbito estalló en gritos de júbilo.

—¡Aquí! ¡Estoy aquí! ¡Socorro! —gritó en malayo, saltando y echando más leña al fuego para reanimarlo. El bote de pesca cobró velocidad, y en seguida se encontró lo bastante cerca como para escuchar las voces.

El bote llevaba una luz en mitad del mástil. En él se veían tres hombres. Uno de ellos gritó una respuesta mientras los otros arriaban la única vela. El bote varó.

Ya de camino hacia sus salvadores, Tyne se detuvo. Aquellos hombres estaban vestidos como árabes. Y uno de ellos... ¡llevaba un arma en la mano! Su sentido de la alarma lo zarandeó. Se dio la vuelta y echó a correr.

—¡No se mueva, Tyne Leslie!

Con resistencia, se detuvo y se volvió. De los dos hombres que habían saltado del bote, uno se echó atrás la capucha. A la luz de la luna, brilló su mata de pelo blanco, semejando una nube que nimbara su cráneo. Era el coronel de la guerra Budo Budda. Su pistola apuntaba a Tyne.

No estaban separados por más de veinte yardas, Budda y su compinche Rosk junto al borde del mar, Tyne en la parte más alta de la estrecha playa, próximo a una arboleda. Era una noche tranquila y tan silenciosa que uno podía oír sus propios pasos.

—Ha sido un gran detalle colocar la luz para que nos guiase —dijo Budda—. Estábamos ya cansados de buscarle por un montón de islas pequeñas.

Ante aquellas palabras, Tyne se dio cuenta de que su hallazgo no había sido accidental. Su corazón latió más aprisa cuando, se percató de que sólo una fuente podía haber informado que él estaba aún con vida. Sin pensarlo, exultó:

—¿Dónde está Benda Ittai?

Budda rió. Su risa pareció más bien una tos.

—La hemos puesto a buen recaudo. Es una imbécil, pero una imbécil peligrosa. Es una traidora. Hace tiempo que lo sospechábamos y le tendimos una trampa para atraparla. No la dejamos sola en el bote con usted, como dijimos que haríamos; secretamente, un hombre se ocultó para espiarla. Cuando la muchacha regresó sola, tras dejarle a usted aquí, nuestro hombre la sometió a delicado interrogatorio y la convenció.

No obstante, fuera lo que fuere lo que hubiera revelado la muchacha, no les había dicho dónde le había abandonado. Era una gran chica, fuera Rosk o no. Tyne pensó con dolor en el regreso de la chica al queche, sólo para ser asañada. Recordó su nerviosismo; los recuerdos parecieron venirle a la cabeza como un viento fresco.

—¡Es usted demasiado sanguinario, Budda! —exclamó—. Morirá por ello algún día.

—Pero no hoy —dijo Budda—. Venga aquí, Tyne. Quiero saber lo que le contó la Ittai.

Así que era por eso por lo que no le habían disparado desde el principio. Necesitaban descubrir si Benda había transmitido algo que ellos desconocían.

Sin replicar, se dio la vuelta, corrió playa arriba, buscando los árboles. De súbito escuchó el ruido de los disparos; el inconfundible agudo silbido de la pistola reglamentaria de los Roskianos, semiautomática del 88 largo. Pero ya estaba entre los árboles y los matorrales, confundido en la negrura, a salvo en la oscuridad.

Inmediatamente, giró a la izquierda, siguiendo una trayectoria que le conduciría hasta el mar sin abandonar la protección de los árboles. Mientras avanzaba, oteaba frecuentemente sobre su hombro. Budda y sus compañeros, por el momento, no habían emprendido la persecución; tras la pobre actuación que Tyne había ejecutado anteriormente, cuando estaba en sus manos, probablemente no habían esperado que exhibiera el espectáculo de la iniciativa. Tras sostener una breve consulta, cogieron una

antorcha del bote y comenzaron a subir playa arriba, gritando su nombre.

Por entonces, Tyne ya había dado un rodeo a su flanco. Se agazapó en un pequeño risco que daba sobre el bote y la playa. Tanteando por entre los matorrales, encontró tres pesadas piedras.

Los dos Rosk habían alcanzado ya la cima de la playa. Tyne contuvo la respiración. Los otros gritaron al unísono, agitando la antorcha, internándose en la trampa preparada con antelación. Para prevenirse contra las eventualidades, Tyne había utilizado el azadón, que había descubierto, para cavar un profundo agujero en la arena, en el camino que cualquiera que arribara a la isla tendría que tomar. Cubierto el agujero con estantes podridos de la vieja fortificación y esparcida por encima un poco de arena, se convertía en una trampa perfecta. Cuando los Rosks pisaron las ocultas tablas, cayeron de cabeza en el agujero. Debido, a las condiciones del terreno en aquel punto, una avalancha de arena se abalanzó sobre ellos.

La ventaja de Tyne podía ser temporal, cosa de segundos en el mejor de los casos.

Mientras el Rosk del bote se erguía para ver qué ocurría, Tyne arrojó contra él la primera piedra. El hombre se destacaba claramente contra la reluciente superficie del agua, y estaba apenas a unas yardas de distancia. La piedra alcanzó su brazo. Se volvió, Alzando la 88. Un pedazo de roca del tamaño de un pie humano le alcanzó en el estómago.

Mientras el otro se encogía, Tyne bajó de su arenosa loma y saltó sobre él como un leopardo, golpeándole de lleno. Un golpe con otra piedra le dejó fuera de combate. Tyne le arrojó sin ceremonias contra la húmeda arena, saltando ágilmente por encima y empujando el bote hacia el mar. Subió al bote e izó la vela. Un disparo desde la costa hizo añicos el farol que pendía del mástil. Tyne sintió sobre su carne el petróleo y el vidrio roto. Se rió.

Volviéndose, vio las figuras de los otros, cuya negrura resaltaba en la arena, salir de la trampa y correr hacia el agua. De nuevo dispararon. Los impactos se perdieron en el mar mientras Tyne se echaba al suelo.

Los Rosks podían nadar como tiburones. Durante sus primeros años en la Tierra, antes de que los líos comenzaran habían

participado en los Juegos Olímpicos, ganando todas las competiciones acuáticas con facilidad. No podía dudarse de que eran capaces de nadar a la velocidad de un bote de pesca impulsado por una suave brisa.

Echado sobre el fondo de la embarcación, la mano de acero de Tyne tropezó con la pistola abandonada por el Rosk que había puesto fuera de combate. La cogió susurrando palabras de agradecimiento.

Budda y su compañero se mantenían en la orilla, todavía disparando y agitando su antorcha. Hacían blancos perfectos. Apoyándose sobre la borda para hacer puntería, Tyne apuntó al coronel de la guerra. El viento azotaba ahora la vela, empujando el bote, dejando la isla a sotavento. Intentó sincronizar su fuego con el vaivén, haciendo caso omiso de un proyectil que estalló apenas a un pie de su rostro.

Era divertido intentar matar a alguien en una noche tan hermosa... ¡Ahora!

El arma Rosk era soberbia. No tenía retroceso. A través del nivel del agua, Budda graznó de pronto como una rana y cayó hacia delante, en el agua, arrastrando consigo la antorcha.

—¡Dios mío! —exclamó Tyne. Lo dijo una y otra vez mientras el bote cobraba velocidad, internándolo en las olas clarioscurecidas por la luna. Tras el impacto de la muerte vino la exaltación; casi estaba asustado por el salvaje deleite de su nueva situación. Podía hacerlo todo. Podía salvar el mundo.

La exaltación se mitigó al preguntarse dónde estaría ahora Budo Budda; si el Rosk superviviente se mantenía contemplando fijamente la oscuridad del agua. Pero deliberadamente, Tyne encaró asuntos más prácticos.

Faltaba hora y media para la medianoche. El tiempo alejó de él como la estela que el bote dejaba tras de sí. Tenía que encontrar a Murray antes que los Rosks dieran con él... a menos que ya lo tuvieran en sus manos. Obviamente, lo primero que iba a hacer en cuanto llegara a tierra era un informe a Stobart de todo cuanto sabía, a cualquiera de las autoridades. Pensar en continuar una caza solitaria de Murray era estúpido; sin embargo, Tyne sentía deseos

de emprender la búsqueda, de encontrarse cara a cara con el monstruo y...

Sí, quería matar al corpulento y lacónico capitán del espacio. Incluso —y era una especie de necesidad urgente— quería sentir aquel terrible éxtasis de matar en defensa propia.

Pero otra parte de su naturaleza deseaba simplemente resolver la incógnita cerrada en tomo a la desaparición de Murray y cuanto lo envolvía. Simplemente Tyne empezó a pensar en que había permanecido inconsciente durante los vitales segundos transcurridos en el Área 101, segundos de los que Murray había dado una versión y Stobart otra. La verdad podía estar tanto en uno como en otro. La verdad era una fuerza mayor, casi como la gravedad, y al igual que ésta, existía siempre, aún cuando la gente no advirtiera jamás su presencia.

Guardándose la pistola, Tyne siguió recordando. Uno de los momentos memorizados, medio oculto en el caos del cerebro o bien olvidado, era el que lo situaba en un coche de niño, con poco más de tres años. Estaba agitando un juguete adosado al cochecito. El juguete caía al suelo. Cada vez que lo recogía, aquel objeto inmundo se le caía de las manos. Lo había intentado con otros juguetes, con sus zapatos, su sombrero, sus mantas. Todo se le caía. Aún recordaba la desazón que le producía aquello. En la actualidad, todavía odiaba semejante ausencia de opción.

La verdad existía allí con la misma inevitabilidad; no tenía más que ir hasta los hechos acumulados y ella eventualmente se le revelaría por sí sola. Esta vez el intervalo poseía cualidades inapreciables: el futuro de la Tierra dependía de él.

Por el momento le parecía casi un problema abstracto. Sabía que debería odiar a los Rosks, a los cinco mil que allí había, a los millones que habían quedado en Alfa II. Sin embargo, el odio no emergía; ¿se debería acaso al hecho de conocer a uno que reunía las cualidades de la belleza y la valentía?

Prestó atención al velamen. La vela era inmanejable, el bote no estaba preparado para su medida de destreza. Probablemente, reflexionó Tyne, él tardaría más en ir de la isla a Sumatra que las naves exploradoras en recorrer la distancia entre Sumatra y la Luna. El progreso era una fiebre desde que muchas partes del planeta se habían vuelto estériles; mil siglos más y los campos de trigo

seguirían siendo cultivados a mano. Para una raza que ubicaba el logro de sus bendiciones en la vida futura, las innovaciones materiales podían ser completamente irrelevantes, Tyne, en consecuencia, iría donde los vientos soplaran.

Pero tenía suerte. Un viento del suroeste se despertó. Al cabo de media hora, avistaba la costa. Una hora después, Tyne se encontraba bajo los riscos, intentando descubrir un lugar donde efectuar el desembarco. Sobre un pequeño promontorio de roca, dos cabañas nativas se combaban bajo el peso de la paja; un fuego amarillo ardía en una de ellas. Atracando el bote entre la arena y las piedras, Tyne saltó y buscó a los moradores.

Entre los árboles había un pequeño *kampong*. Olía agradablemente. Tyne encontró a un viejo, fumando su última pulgada de puro al claro de luna, el cual le conduciría a una carretera. Mientras emprendían el camino, Tyne escuchó con alivio que apenas estaba a doce millas al sur de Padang.

—Ni a una hora de camino —dijo el viejo— hay un teléfono por el que puede hablar con la capital. Si quiere decirles que le envíen un vehículo más rápido, se lo enviarán.

—Gracias por la oferta. Lo haré como usted dice. ¿Dónde está el teléfono? ¿En una casa particular o en una tienda?

—No, está donde los nuevos trabajos del mar, donde agua del mar se transforma en alimento.

Tyne comprendió perfectamente. El viejo se estaba refiriendo a la planta de plancton en Semapang. Cuando llegaron a la carretera, le dio las gracias al anciano efusivamente y le pidió que aceptara el bote de pesca como regalo. Muy complacido, el viejo le ofreció a cambio algo de comida envuelta en una hoja de palma, insistiendo que se la llevara. Tyne le dio las gracias. La hoja enrollada contenía arroz cocido, agradablemente condimentado y algunas tiras de *asswabi*. Comió famélicamente mientras caminaba. La carretera no tenía más que una pista, con la línea señalizadora perfectamente visible a la luz de la luna. Al otro lado estaba la jungla, silenciosa como un bosque inglés. Repulsiva como un verano inglés.

Pasaron cincuenta minutos antes de que captara la primera señal de la existencia de la planta de plancton. Por entonces, se sentía menos fresco que al principio. La luna estaba ocultándose tras un cúmulo de nubes. Apoyándose contra un árbol, se detuvo para

descansar y reconsiderar situación. Un trueno gruñó por encima de los árboles. Cuando preguntó a Mina en el Roxy, ésta había dicho que Murray se había dirigido a la planta de plancton. El capitán de la patrulla de espionaje podía tener tan sólo la razón para visitar tal lugar. La planta estaba automatizada por completo; a lo sumo, sólo había en ella un ingeniero durante el día y un guarda por la noche. Murray podía haber elegido este lugar como refugio hasta tomar contacto con el agente Rosk. Pensándolo bien, parecía un sitio bastante improbable de elegir, pero, precisamente por esto, podría haberlo escogido.

La mente de Tyne se iba poniendo en orden. En su bolsillo estaba la pistola Roskiana. Buscaría a Murray él solo; si estaba allí, le atraparía. Había un asunto personal que solventar con él. Luego, tendría tiempo de sobra para telefonar a Stobart, del CNU.

A través del esmaltado contorno de los árboles, se vislumbraba la mole de la planta de plancton. Bajo el claro de luna daba la sensación de ser un iceberg. Y, al igual que éste, gran parte de su volumen estaba bajo el agua, y al borde del mar, la parte trasera mirando a tierra, su maciza parte frontal sumergida en el Océano Índico.

Todos los días, millones de toneladas de agua de mar eran absorbidas hasta sus grandes cubas, para ser devueltas más tarde, libres de su contenido de plancton. Los diminutos organismos se filtraban a unos tanques con soluciones nutritivas, donde eran alimentados y engordados, antes de pasar al proceso de sintetización, por el que se convertían en alimento concentrado, altamente nutritivo, aunque desprovisto de sabor. Tales plantas, situadas a intervalos en las costas del Océano Índico y los mares de China habían ayudado considerablemente a subsanar las condiciones de miseria en que permanecían las zonas de los trópicos.

Tyne se aproximó a la planta con precaución.

Aunque nunca había estado allí anteriormente, todo le parecía familiar, gracias a la publicidad que se le daba. Sabía que la planta era casi imposible de tomar por asalto. ¿Dónde, pues, iba a cazar a un hombre escondido? Una respuesta pareció la más efectiva: por la parte del mar.

En aquel lugar, multitud de arcos y contrafuertes en la boca

submarina de la planta podían servir para refugiarse de los elementos... y de quienes anduvieran a la busca del que allí se ocultara.

Ahora, Tyne estaba llevando a cabo esa busca.

Se deslizó junto a un aparcamiento desierto de coches. Algunas nubes cruzaban la luna; se sintió feliz de poder aprovecharse de esta posibilidad. Al final del aparcamiento se levantaba un alto muro. Al otro lado de éste había un estrecho corredor y luego el edificio más grande. Transportó un bidón de gasolina vacío, y se encaramó sobre él, tomó impulso y saltó hacia arriba. Arañando desesperadamente, logró aferrarse a lo alto del muro. Se izó, quedó acuclillado sobre él y escuchó atentamente. Nada se oía. Sólo el murmullo del mar, la amortiguada llamada de un pájaro nocturno.

La imposibilidad de alcanzar el edificio lo poseyó en aquel momento. Las blancas paredes se levantaban ciento cincuenta pies por encima de su cabeza, extendiéndose impenetrables a ambos lados, decoradas tan sólo por una oscura franja algunas yardas más allá. Manteniendo la cabeza gacha, Tyne se arrastró por la cima del muro; la franja oscura resultó ser una escalera de acero que comenzaba a unos catorce pies sobre el suelo y conducía hasta el mismísimo techo del edificio.

Situándose enfrente de la escalera, se enderezó sobre el muro y saltó hacia delante, por encima del pasillo que se abría debajo. Aferrándose a los barrotes con ambas manos, consiguió hacer pie. Su mano metálica se había torcido en su enclavadura debido al esfuerzo realizado; quedó colgando inmóvil hasta que le pasó el dolor. La oscuridad se volvía más y más tupida mientras aguardaba. Un trueno retumbó sobre su cabeza. Luego, comenzó el ascenso.

Mientras subía, comenzó a llover. Tyne la oyó repiquetear contra la jungla que le rodeaba. Un instante después, le zarandeaba como si quisiera aplastarlo contra la red. Se preguntó agriamente cuánto tiempo hacía desde que había logrado secar por completo sus ropas, y siguió ascendiendo.

Una vez en el techo, se quedó agachado y oteó en su torno, intentando taladrar las densas tinieblas. Las nubes ocultaban ahora la luna. A su derecha logró ver los altos tubos de la ventilación, y oyó cómo la lluvia tamborileaba contra ellos. Se puso a maldecir a media voz. Echó pestes contra el universo entero, los soles y las

lunas, especialmente contra los planetas, por haber fabricado fenómenos tan espeluznantes como la vida y los temporales.

Arrastrándose con manos y rodillas, buscó la parte que daba al mar. Una última arista que trepar, trastabillando peligrosamente, y alcanzaría la cima de la fachada del edificio. Bajo él se encontraban los arcos y cavidades en que esperaba encontrar a Murray. Más abajo, ahora turbulento, yacía el mar.

Apenas alcanzaba a verlo, escrutando afanosamente, rugiendo incesantemente junto a los vertederos, arrojándose y separándose de la planta. Justo debajo de él había a superficie de agua relativamente en calma. Se encontraba en el interior de la malla de plancton, una vasta pantalla perforada que aseguraba que nada mayor que un pequeño camarón pudiera ser absorbido en el proceso interno de la planta. Al otro lado de la malla, montañas de espuma.

En medio del ruido que le rodeaba, había perdido la precaución de ocultarse. Se había puesto en pie y ahora gritaba, poniendo ambas manos alrededor de la boca:

—¡Murray!

El grito fue absorbido por los canales de la insonorización. No lo intentó por segunda vez.

Con el agua corriéndole por la cara, Tyne comenzó a trepar de nuevo a lo largo del parapeto principal, buscando alguna otra escalera de inspección que le permitiera emprender el descenso por la fachada.

Encontró una. Sonriendo de satisfacción, colgó las piernas sobre el borde de la pendiente. Mientras trataba de buscar un apoyo donde poner el pie, resonó un tiro.

Tyne se quedó de una pieza. Pegó la cabeza contra el hormigón y tensó el cuerpo hasta sentir dolor. Resultaba imposible decir de dónde había partido el disparo, si de arriba o de abajo. Durante diez eternos segundos, permaneció rígido. Luego se lanzó escaleras abajo tan rápido como pudo, desatendiendo el dolor de su mano buena y de la muñeca. El viento le azotaba mientras corría.

No sonaron más disparos. Pero en la oscuridad alguien le estaba siguiendo.

Tyne saltó desde los peldaños hasta una estrecha pasa reía. Allí había un refugio. Los arquitectos responsables de la artificialidad

elaborada de esta fachada que daba a mar la habían cubierto con una serie de pequeños y ciegos túneles. Si Murray se encontraba por los alrededores, había posibilidades de que estuviera allí. Mientras Tyne penetraba en el primer arco, un pájaro asustado chilló junto a su rostro. Tyne se quedó inmóvil hasta que su corazón dejó de dar tumbos.

Comenzó entonces a ir de un arco a otro, buscando a Murray. Era una tarea que destrozaba los nervios. Bajo sus pies, el excremento de los pájaros, sumamente resbaladizo, la hacía doblemente peligrosa.

Había alcanzado el tercer arco cuando una acuosa luna emergió por un momento. Echando una ojeada por encima del hombro, Tyne vio a una figura humana bajando las escaleras que él había abandonado poco antes. ¿Hombre o Rosk? Y si era hombre, ¿era Murray? Actuando rápida aunque indecisamente, se dio la vuelta para dar cara a su perseguidor. Sus pies patinaron sobre el cemento resbaladizo, cayendo contra el borde.

Antes de que pudiera ponerse a salvo, Tyne había caído de la pasarela. Por un momento, sus diez dedos, cinco de acero, cinco de carne, arañaron el aire; luego cayó al mar.

Las oscuras aguas acusaron el impacto del encuentro. Cayó sobre el hombro, desapareciendo bajo la superficie. Cuando emergió boqueando, vio que estaba dentro de la malla de plancton.

Alguien parecía estar gritando desde algún lugar muy lejano. La lluvia se precipitaba como si se tratara de un sujeto sólido, alzando un arsenal de salpicaduras sobre mar, de manera que la superficie era imposible de definir. Tyne se sintió sofocado mientras nadaba buscando el futuro.

Entonces escuchó un nuevo ruido. Era bajo y continuo, como el bramido de un toro suprahumanamente irritado, estacándose por encima de los demás ruidos. Tyne sintió que sus piernas eran atrapadas, su avance detenido, como el sonido por sí mismo lo hubiera sujetado. Estaba siendo arrastrado hacia abajo. Forcejeando, gritando, se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Las puertas subterráneas de la planta se habían abierto. Él se encontraba en el interior del recinto. Iba a ser convertido en jugo plancton.

En algún lugar bajo él, las compuertas se ensanchaban. El

hombre era arrastrado hacia abajo, cada vez más, por entre la garganta de la gran planta, tan desvalido como la hoja en medio de la tempestad. Los últimos resquicios de luz y aire fueron arrancados de su mundo.

V

Sus embotados sentidos registraban el ruido del pantanoso líquido: un ruido saturado de fragores que lo arrastraban a la muerte.

En las absurdas tinieblas que se abrían ante los ojos de Tyne, las siluetas, retorcidas como gusanos, participaban de su agonía. Imágenes de su vida pasada burbujeaban, a modo de bullente espuma, en la superficie de su cerebro. Incidentes de su historia personal acudían a su recuerdo, envolviéndole como si lo estuvieran protegiendo de las desdichas del momento presente. Luego desaparecieron.

La burbuja del pasado había hecho explosión. Su cabeza estaba de nuevo fuera del agua. Exhausto, tragando bocanadas de aire, Tyne procuró mantenerse a flote en las precipitadas aguas. Súbitas luces acompañaban la inundación que se desataba en torno a él. Se encontraba en algún lugar dentro de la inmensa planta automatizada, débilmente iluminada aquí y allá por pilotos multicolores. La fábrica estaba controlada cibernéticamente por ingenios robóticos. Nadie le salvaría si no lo hacía por sus propios medios.

Aliviado por encontrarse con la cabeza fuera del agua Tyne no advirtió al principio lo siniestro de su nueva situación. Simplemente, se sentía a salvo por flotar sobre la superficie de una marea en ascenso, tragando y expulsando aire no sin dolor. Más allá de un grueso vidrio alcanzaba a ver el interior de la planta, donde una sombría fila de depósitos, trabajando a sacudidas, hacía girar lentamente tinas de jalea; infinidad de prensas y tubos se sumergían hasta el subsuelo. También podía ver sucesivas plantas del edificio sumergido mientras el agua iba ascendiendo cada vez más.

Su mente se sintió entonces golpeada por lo que parecía una concienciación gradual. Inquisidoramente, Tyne miraba a su

alrededor. Había ascendido desde el fondo de un gran tubo de vidrio con un diámetro de unos quince pies, que se elevaba hasta unos seis pisos de altura, y ahora se encontraba prisionero en su interior.

Mirando a través del vidrio con repentina agitación descubrió otros gigantescos tubos adosados paralelamente al suyo, como los intestinos de algún gran órgano dotado de válvulas. Los conductos se iban estrechando desde la base al techo de la planta, atravesando todos los pisos, y se llenaban rápidamente con el agua de mar que penetraba en ellos.

Tyne miró hacia arriba. El techo se iba aproximando.

El conducto se estaba llenando y el agua alcanzaría la cúspide.

Esto era inevitable. Supo inmediatamente dónde estaba. Los conductos de entrada recibían las tomas de agua. Cuando estuvieran llenos, grandes émbolos filtradores descenderían lentamente desde lo alto como pausados pistones, filtrando el agua de mar, comprimiendo el plancton contra el fondo del conducto; y no sólo el plancton sino también cualquier otro cuerpo sólido que allí se encontrara.

Afortunadamente, Tyne Leslie estaría ya muerto por asfixia antes de ser machacado contra el fondo.

Entre la turbulenta superficie del agua y la parte inferior del émbolo, sólo quedaban unos nueve pies, distancia que decrecía lentamente.

Tyne advirtió el movimiento del agua dentro del bolsillo de su pantalón. La pistola Rosk todavía se encontraba allí. Sacándola, Tyne la alzó por encima de la superficie del agua.

Seis pies quedaban entre su cuerpo y el émbolo.

Rogó porque el hombre que le dijera cierta vez que aquellas armas eran insensibles al agua hubiera dicho la verdad. Empuñándola firmemente, se volvió hacia lo que encaraba su espalda, y apuntó contra el vidrio que lo aprisionaba.

Cinco pies de aire sobre él.

Apretó el disparador. Como siempre ocurría con arma tan increíble, no hubo retroceso. El grueso proyectil quebró el conducto por abajo y los laterales, convirtiéndolo en un instante en una multitud de astillas de vidrio, de un pie de grosor algunas, otras como un par de pisos. Tyne fue arrastrado por el peso del agua

liberada.

Transportado al interior de la fábrica, un gran golfo se extendió por un momento por entre los arcos de la inmensa planta sita bajo él. Luego, con un impulso se cogió a una viga de la que quedó colgando. Sus brazos crujieron a la altura de los hombros, pero permaneció sujeto. Siguió Colgado durante un buen rato que le pareció interminable. Mientras estaba en esta posición, se vio sobrepasado por una horrisona corriente de agua y cristales, catarata que contenía la muerte. Con gran esfuerzo, se izó sobre la viga del raíl hasta quedar a salvo; a duras penas se dio cuenta de que estaba vivo.

Otro sonido llegó hasta él, un sonido fácil de identificar: una sirena daba la alarma; había perforado directamente el gran conducto y una alarma automática se había disparado.

Ser cazado allí significaría el fin de todo. Perder el derecho a su libertad podía significar perder la última oportunidad de encontrar a Murray, incluso perder la última oportunidad de transmitir la información vital obtenida de Benda Ittai a las autoridades adecuadas. Tyne se puso en pie, chorreando, echándose hacia atrás el pelo mojado, apartándolo de los ojos. Estaba sobre una pasarela; un par de pies más allá, cajas de plancton puro, ahora en forma de lonjas, pastas y otros adminículos nutritivos, se movían rápidamente sobre una cadena de transporte. No muy lejos de allí, se escuchaban repiquetear rápidos pasos.

La oscuridad estaba traspasada por espaciadas luces, unas rojas, otras anaranjadas, otras azules. Mirando al resplandor de aquellas luces, Tyne vio una figura que, corriendo por la pasarela, se precipitaba hacia él. Una... ¡Dos figuras! Quienquiera que le hubiera perseguido en el exterior, se las había arreglado para perseguirle también en el interior. Alguien que tenía llaves para entrar.

—¡Leslie! ¡Tyne Leslie! —gritó una voz.

La voz, en virtud de la acústica del edificio, se amplió, distorsionó y se convirtió en algo metálico; Tyne no lograba reconocerla, ni siquiera hubiera podido hacerlo en circunstancias más favorables. Muerto de miedo, se convenció de que los Rosks iban tras él. Saltó sobre la cadena de transporte.

Resbaló, dándose contra una caja, que arrojó al otro lado; la

cadena corría a más velocidad de lo que había pensado. Un poco alarmado, Tyne se izó sobre sus rodillas, mirando hacia atrás para ver dónde se encontraba su perseguidor. En aquel momento, su cuerpo cayó bajo una luz anaranjada. Echando pestes por haberse descubierto a sí mismo, Tyne se giró para ver hacia dónde le transportaban.

Una entrada muy baja se abría justo enfrente.

Contra su voluntad, Tyne gritó alarmado. Se echó cuerpo a tierra. Al instante, tinieblas impenetrables le tragarón. Se encontraba en un túnel. Su codo chocó contra una de las paredes laterales y lo encogió precipitadamente.

No se atrevió a levantar la cabeza. Nada podía hacer sino permanecer acurrucado entre las cajas.

La cadena emergió repentinamente en una zona de almacenamiento. Un robot cargador, bajo una brillante luz, trasladaba las cajas desde la cadena hasta unos camiones, cuyas puertas se cerraban una vez el remolque estaba lleno. Él no se iba a dejar meter allí, así que saltó de la cadena justo antes que el robot lo cogiera.

No tuvo tiempo de elegir el lugar de caída, de modo que dio dolorosamente contra el suelo, poniéndose en pie lenta y débilmente. Su reloj le indicó que eran cerca de las tres y media de la madrugada. Debería estar en la cama durmiendo. Se sentía molido.

Mientras se ponía en pie, sus dos perseguidores aparecieron en la salida del túnel. Por lo visto, sabían mejor que Tyne lo que había al otro lado del túnel; mientras eran arrojados al interior del almacén, saltaron primero uno, luego el otro, aterrizando sobre sus pies. Antes de que Tyne pudiera moverse, le tenían rodeado.

—Vamos, Leslie; te sacaremos de aquí —dijo uno de ellos, sujetándole con fuerza por el brazo.

Estaban enmascarados.

Sus rostros eran invisibles, a excepción de la frente y los ojos, que le contemplaban por encima de anudados pañuelos.

—¿Quiénes sois? —preguntó débilmente—. ¿Por qué os disfrazáis como monjas de clausura?

—Las explicaciones vendrán después —dijo uno de los hombres—. Hay que sacarte de aquí antes de que medio Padang venga a

investigar el origen de la alarma.

La sirena aún estaba tronando, y los hombres condujeron a Tyne un par de pisos más abajo. Allí abrieron una puerta con una llave especial y le empujaron a través del umbral, al aire libre. Trotando torpemente, descendieron una cuesta, iluminada a intervalos por algunas luces. Aunque la lluvia persistía, su fuerza había decrecido y vacilaba; la tormenta había pasado. El agua se precipitaba trepidante a ambos lados del camino.

Había una puerta al final del pasaje. El más corpulento de los dos hombres, evidentemente el de mayor autoridad, sacó otra llave, abrió la puerta y salieron al exterior.

Fueron a dar a un aparcamiento de coches casi desierto, no muy lejos del punto por donde Tyne escalara el edificio. Corriendo, se detuvieron junto a un viejo modelo Moeweg, un coche atómico alemán. El más corpulento se puso en el asiento del conductor, mientras los otros se precipitaban en el asiento trasero. Dio al contacto y al instante comenzó a moverse el coche.

Mientras pasaban aceleradamente frente a la entrada de la planta, vieron acercarse en dirección opuesta al primer vehículo que había respondido a la alarma. Sobre el techo portaba foco; era un coche de la policía, del que, al cruzarse con el viejo Moeweg, saltó un hombre uniformado haciendo señales de alto. El corpulento aceleró.

—¡Maldita sea! Si nos toman la matrícula —dijo por encima del hombro al que estaba junto a Tyne—, tendremos problemas¡Tan cierto como que me he de morir! Voy a desviarme para no toparnos con el tráfico; no hay tiempo para andarse con aclaraciones con un puñado de polizontes locales.

Un coche de bomberos los pasó y un helicóptero zumbó sobre sus cabezas. Brillantes haces de luz por entre los árboles señalaban una corriente de tráfico que se encaminaba hacia el escenario de la alarma. El corpulento giró el volante. Dejaron la carretera y se introdujeron por un estrecho camino que se sumergía en la jungla.

El camino no permitía el paso de nada más grande que un carro de bueyes. El follaje golpeaba las ventanas mientras seguían avanzando.

¡Es absurdo!, pensó Tyne, ¡absolutamente absurdo! Tuvo tiempo de preguntarse por qué había secundado la acción de los otros.

Había visto cómo la gente del ecuador, en las zonas más calurosas, daba vueltas y más vueltas cada vez más rápidamente; en cierto sentido, comprendió que era cierto. Estas personas simplemente se desplazaban en círculos. En un minuto eras cazador y al minuto siguiente cazado. Tomaban rápidamente sus decisiones, incluso aquellas que, al parecer, estaban basadas no tanto en el entendimiento racional como en el deseo de seguir esperando continuamente en un inmenso e indeterminado juego.

¡Un juego! ¡He aquí el secreto de todo! Los hombres de acción podían penetrar en un contexto que implicaba la vida y la muerte sólo porque una vez sumergidos en él, el riesgo se vuelve irreal. Era un ajedrez jugado con adrenalina en vez de intelecto. Habían sobrepasado las normales reglas de conducta.

Lo terrible era que, aunque Tyne lo veía ahora con claridad, había sido también atrapado en el juego... voluntariamente. Los sucesos del mundo se habían convertido en algo demasiado grave para ser tratado seriamente. Uno podía escapar de todas sus implicaciones introduciéndose en el maníaco submundo de la acción, donde la sangre y las mentiras marcaban la pauta. De la misma forma, vio que el péndulo que imperaba en el submundo se inclinaba a su favor. Aquellos hombres le habían atrapado a Tyne cuando menos se lo esperaba; ahora que estaba en sus manos, podía relajarse aunque sin perder la alarma; en un sentido, no le preocupaba gran cosa; ellos llevaban la peor parte. Cuando las presiones llegaran a un determinado nivel, serían ellos los que nada se esperarían... y él podría eludirlos. Era inevitable, el gran péndulo podría inclinarse hacia el otro lado...

—Ya estamos bastante lejos —dijo el corpulento, una vez se hubo internado el Moeweg unas cien yardas en la jungla. El hombre que estaba junto a Tyne no soltó prenda.

Él coche se detuvo, y con un esfuerzo, Tyne centró su atención en el presente. Su mente, trabajosamente, había estado elaborando la teoría —incluso le había dado el título medio jocoso de Principio de Leslie sobre la Acción Recíproca, o Teoría Compensatoria de la Actividad Irresponsable («Efecto de Leslie») — con la misma atención que otrora elaborara los preliminares de los informes oficiales.

El corpulento apagó los focos, quedando sólo los pilotos de

posición para iluminarles. Fuera, la lluvia había cesado, aunque el movimiento del follaje disparaba ráfagas de gotas contra el techo de la carrocería. Eran las cuatro y cuarto, una hora de la noche bastante entumecedora.

—Bien —dijo Tyne—, supongamos que ahora me dicen quiénes son ustedes, a qué se dedican y qué creen que están haciendo.

Bajando el trapo con el que se había cubierto la parte inferior del rostro, el corpulento se volvió para mirar a Tyne.

—Primero —dijo, en tono amable y educado—, debemos excusarnos por haberle tratado de esta manera, señor Leslie. El tiempo apremiaba y no teníamos otra alternativa. Quizá deba añadir (excúseme) que nada de esto hubiera sido necesario si usted nos hubiera esperado para darle explicaciones cuando intentamos detenerle en la fachada de la planta de plancton. Su salto fue espectacular pero innecesario.

—No salté —dijo Tyne irónicamente—. Resbalé.

Abruptamente, el corpulento rompió a reír. Tyne, no menos súbitamente, le hizo coro. La tensión se relajó considerablemente. El enmascarado que estaba a su lado no se movió.

—Ésta es la situación —dijo el corpulento—. A propósito, me llamo Dickens... Charles Dickens. No es el verdadero nombre, claro. Estoy trabajando con el hombre que usted conoce como Stobart, el agente del C. de las NU; su brazo derecho, como si dijéramos. Usted desapareció durante algunas horas y, la verdad, estábamos francamente preocupados. Ya ve, su papel en este asunto es ambiguo; naturalmente, nos gustaría saber de qué lado está usted.

—Naturalmente. ¿Qué les hizo buscarme en la planta de plancton? —inquirió Tyne—. ¿O no puedo preguntar?

—No le estábamos buscando —dijo Dickens—. Simplemente, estábamos investigando la planta cuando llegó. Como usted, esperábamos encontrar allí a Murray Mumford.

—¿Cómo sabe que estaba buscando a Murray?

—Usted gritó su nombre, ¿lo recuerda? Por otra parte, está Mina, la mujer de Murray, que le dijo que se dirigiera allí. Ella le contó que Murray había dicho que estaría en la planta de plancton.

Repentinamente, Tyne guardó silencio. Las palabras de Dickens le habían traído a la memoria un recuerdo vital, algo que había recordado durante aquellos terribles momentos de asfixia inminente

en la planta. La memoria le proporcionó la clave del paradero de Murray; debía alejarse de Dickens y su silencioso compañero tan pronto reuniera toda la información que pudiera sacar de ellos. Volviendo al presente, preguntó:

—¿Cómo descubrieron lo de Mina, Dickens?

—Stobart lo descubrió. La interrogó después de dejarla usted. No nos hemos estado quietos.

—No me hable de Stobart. Es un tipo que debería aprender mejores modales antes de mezclarse con las personas.

—Stobart es algo así como un sicólogo —dijo Dickens—. Deliberadamente hizo lo posible para que dejara usted de buscar a Murray.

Tyne sonrió para sí. Los tíos pensaban que tenían en la mano todas las respuestas. Lo que no sabían era que él había dejado de buscar a Murray desde el momento en que los Rosks le habían raptado en el taxi. Stobart podía cerrar herméticamente su psicología con aquello.

—De modo que Stobart me quería como un espectador manipulado —dijo—. ¿Por qué?

—Usted constituyó una de sus ideas improvisadas. Los Rosks le habían arrinconado en el Roxy cuando llegó usted. Usted fue una distracción para despistarles. Hoy por hoy, usted está siendo doblemente utilizado. Después de que los Rosks le dieron un paseo en queche...

—¿Qué? —Tyne explotó. Súbitamente, se sintió henchido de furiosa ira. El hombre silencioso situado junto a él le puso una mano sobre el brazo para contenerle, pero Tyne se la apartó con su puño metálico—. ¿Quiere decir que su gente sabe lo del queche? ¿Y dejaron que ocurriera? ¿Ustedes permitieron que me torturaran... porque fui torturado? ¿Y dejaron que ese secuaz de Ap II Dowl, Budo Budda, se paseara por ahí como si tal cosa? ¿Todo el tiempo supieron lo del queche, pudiendo haberlo reventado? ¿No está infringiendo el acuerdo interplanetario sólo con estar allí?

—No se excite. No sabíamos que usted había sido conducido al barco; los Rosks le atraparon con demasiada rapidez como para que nos diéramos cuenta. Estábamos esperando importantes acontecimientos; Ap II Dowl tenía que visitar el queche al cabo de unas horas, y justo entonces teníamos que atraparlo allí. Si nos

hacemos con él, muchos de los problemas de la Tierra encontrarán solución.

—Usted no sabe cuántos problemas tiene encima —dijo Tyne agriamente—. Está a punto de ser atacada por una flota invasora procedente de Alfa II. Éstas son las noticias que Murray lleva consigo.

—Lo sabemos.

—¿Qué lo saben? ¿Cómo lo saben?

—Tenemos nuestros medios, señor Leslie; dejémoslo estar así.

Mientras Dickens hablaba, se escuchó un zumbido. Un radioteléfono estaba instalado sobre el tablero de mandos del Moeweg, Dickens lo cogió y habló por él en voz baja; entre algunas palabras, Tyne captó su propio nombre.

—¿Es que no tiene nada que decir? —preguntó al hombre sentado junto a él. El otro se encogió de hombros sin responder.

Repentinamente, Dickens dejó caer el auricular y juró blasfemando. Maldijo con rabia, de la forma más obscena posible. Era sorprendentemente ostentoso por su parte.

—Leslie, lo ha jodido todo de arriba abajo —dijo, volviéndose en el asiento—. Era Stobart el que me llamó. Dijo que estuvo usted cautivo en un islote llamado Achin Itu hasta más o menos las diez de la noche... es decir, de la noche de ayer. Encontraron en la playa su mechero con sus iniciales. ¿Cierto?

—Me gustaría recuperar el mechero; me costó cincuenta fichas. Dígaselo a Stobart, ¿quiere?

—Escuche, Leslie, usted disparó contra el coronel Rosk, Budda. ¿Sabe lo que hizo? ¡Alejar a Ap II Dowl! Cuando se enteró de la muerte de Budda, se quedó en la base. Nuestros compañeros arribaron al queche una hora después, mientras usted estaba jugando al ratón y al gato en la planta de plancton, y no encontraron nada sino información inútil.

—No me culpe, Dickens. Llámela una de mis ideas improvisadas, ¿eh? Alguna vez tenían que salir mal los planes de Stobart, concédame la oportunidad. Me ha emocionado mucho oír lo que ha dicho.

—Usted va a volver conmigo a Padang, Leslie, ahora mismo. Y vamos a encerrarle hasta que aprenda a no obrar por su cuenta y riesgo.

—¡Oh, no, usted no va a hacer eso! —dijo Tyne, medio levantándose del asiento. Algo duro se apretó contra su costado. Miró hacia abajo. El compañero silencioso le estaba apuntando con un revólver, mirándole fijamente por encima del pañuelo. Dickens encendió de nuevo los faros del coche mientras Tyne se echaba atrás, desvalidamente, en su asiento.

—Eso es, relájese —dijo Dickens—. A partir de ahora, vivirá a expensas del gobierno.

—Pues tengo una corazonada para dar con Murray —dijo Tyne—. Se lo juro, Dickens, soy capaz de ir hasta él sin vacilar. Todavía lo quieren¿no?

—Lo trataremos en el edificio del CNU —dijo Dickens, poniendo en marcha el motor—. Pero las cosas son demasiado complejas para usted, compadre. No hay lugar para los aficionados. Y usted nos ha hecho ya bastante daño. Hay otra cosa que usted no sabe. ¿Se ha detenido a pensar por qué los Rosks no pueden pasar de la Luna a la Tierra, por sí mismos, un rollo de micropelícula más pequeño que su meñique? Hay una razón que explica por qué hicieron que lo transportara Murray. Fue robado a los Rosks.

—¿Quiere decir que los Rosks robaron la película a los Rosks?

—Sí, eso es lo que dije y lo que quiero decir. ¿Nunca oyó hablar de la facción pacífica de los Rosks, la FPR, dirigida por Tawdell Co Barr? Son pocos y componen una organización medio ilegal, que se alzó contra Ap II Dowl y que quiere lograr la paz con los terrícolas. En el Área 101 de la Luna no puede haber más de un puñado. Pero se las arreglaron para hacerse con la película y, claro, quisieron enviarla a la célula mayor de la FPR, en la base sumatrina. Supongo que será usada con propósitos propagandísticos, para mostrar a los Rosks cuán maniaco y sanguinario es Dowl.

»Le digo esto para que vea por qué la situación es tan compleja para usted, está compuesta de tantas capas como una cebolla.

Mientras hablaba, Dickens arrancó. Las ruedas giraron en el barro pero el coche no se movió. Mientras habían estado esperando a que decreciera la alarma en la carretera principal, el pesado vehículo se había hundido en el cieno. Tyne apenas se daba cuenta de lo que pasaba mientras mascullaba para sus adentros lo que Dickens le había dicho. Esto aclaraba la actuación de la chica Rosk, Benda Ittai, que le había salvado la vida.

—¿Ha oído hablar de Benda Ittai? —preguntó Tyne. Al pronunciar su nombre en voz alta sintió un inesperado placer.

—¡Nos estamos hundiendo, joder! —exclamó Dickens—. ¡Oh, cómo adoro Sumatra! Benda Ittai es probablemente de la FPR. Los hombres de Stobart la encontraron en el queche cuando lo arribaron. Los Rosks se la iban a cargar. En tales circunstancias, nuestros hombres creyeron que lo mejor era dejarla libre; se lo digo, Stobart es un blando: yo la habría encerrado. ¡Maldito sea este país de pantanos! Ahora entiendo cómo se encuentran voluntarios para las expediciones lunares. Sí, si hubiera estado de mi mano, la habría metido en prisión; los habría encerrado a ustedes dos... escuche, voy a salir para poner alguna cosa bajo las ruedas. Leslie, si intenta escapar, mi amigo le disparará a la pierna. Hace daño. Si quiere probar la experiencia, inténtelo y vea.

Salió del coche, dejando la puerta abierta. Sus pies aplastaron la hierba mojada, apoyándose contra el capó del Moeweg.

El corazón de Tyne zumbaba. Se preguntó si tenía alguna oportunidad de desembarazarse del tipo de al lado. Dickens era visible a través del parabrisas, bañado por la brillante luz que sólo resaltaba la sombría y acechante oscuridad del bosque. El agente había sacado un cuchillo y estaba cortando arbustos, que colocaba en las ruedas delanteras.

Pero en el exterior se estaba moviendo algo más. Vino chasqueando desde la copa de los árboles con vibrante susurro. Arbustos y pequeñas ramas se retorcieron; todo pareció volverse vivo ante su aproximación.

Dickens se enderezó y lo vio. Rápido en sus reflejos, dejó caer lo que había cortado y buscó su pistola sin perder un segundo. Mientras su mano se alzaba, disparó por dos veces contra el objeto atacante, luego se giró, penetró en el Moeweg y cerró la puerta tras sí. Furioso, hizo un nuevo intento por sacar al coche del barro. El objeto volante cargó contra ellos, brotando de las tinieblas.

—¿Qué es eso? ¿Qué mierda es? —preguntó Tyne, asustado. Comenzó a sudar. Sus oídos se embotaron con el ruido que producía el artefacto.

—Es un espía volador de los Rosks —dijo Dickens, sin volver la cabeza—. Una especie de ojo volante. Por televisión informa de todo cuanto ve a la base Rosk. He visto uno que han capturado en el

cuartel general. Van desarmados pero no son del todo inofensivos. No importa que... ¡mierda!

Fueron lanzados un pie hacia delante, luego de nuevo hacia atrás, sin que las ruedas consiguieran agarrarse al suelo. El aereoespía planeó, luego descendió casi al nivel del suelo. Tyne lo vio ahora claramente. Era un disco hinchado, quizá tuviera cinco pies de diámetro y dos pies con seis pulgadas en la parte más ancha. Lentes de tamaño diverso conformaban el canto y la superficie inferior. Un foco lanzaba contra ellos un cegador chorro de luz.

Rotores, probablemente montados sobre un giroscopio, propulsaban la máquina y producían aquel zumbido que hacía que los arbustos de los alrededores se movieran con inquietud, como si intentaran escapar a la observación. Los rotores estaban instalados en el interior del disco, protegidos por una impecable malla a fin de evitar cualquier daño.

Se lanzó repentinamente hacia delante. Incluso Dickens se sobresaltó instintivamente y justo en ese momento, el aereoespía golpeó el parabrisas, reduciéndolo a pequeños fragmentos.

Dickens juró en voz alta.

—¡La base Rosk no está muy lejos de aquí! —gritó—. Apenas a unas cuantas millas a través de la jungla. Si ese objeto nos ha identificado, puede ser que nos destruya el coche, para tenernos a raya hasta que una patrulla Rosk nos atrape. Cúbrase la cara, Leslie, ¡no deje que vean quién es usted!

El aereoespía se había alejado. Planeaba por algún lugar encima del vehículo. No podían verlo pero podían oírlo: parecía la venenosa nota, pero ampliada, de una corneta. Toda la hojarasca que rodeaba el coche se agitó furiosamente, provocando su propia tormenta. Tyne se estaba poniendo un pañuelo sobre la cara cuando Dickens dio marcha atrás al coche. Con un brioso empuje, el viejo Moeweg salió del pozo que él mismo había hecho. Al instante volvió al ataque el aereoespía. Con un movimiento de costado, se lanzó contra una de las ventanas de la parte trasera. Pero no se retiró, sino que permaneció allí, empujando, empujando a través de la ventana rota, parpadeando sus lentes con malicia. El coche retumbó, el artefacto se desasíó.

El agente silencioso se revolvió en el asiento y disparó a través de la ventana. Su frente era grisácea y estaba...

—Apunta a sus rotores por entre las mallas —bramó Dickens—. Es la única forma de ponerlo fuera de combate.

—Es la única forma de ponerlo fuera de combate.

Temerariamente, se lanzaron hacia atrás por entre las sendas de la jungla. Dickens conducía mirando por encima de su hombro, el volante en una mano, la pistola en la otra.

—Ese cacharro puede aplastarte si intentas correr tras él —dijo—. Hacerte papilla contra el suelo.

—No se me había ocurrido salir —replicó Tyne. Lo único que se le había ocurrido era salir.

Mientras lo decía, el hombre silencioso abrió la puerta, quedándose con medio cuerpo fuera para lograr un mejor impacto en mitad de los órganos vitales del aereoespía. El objeto reculó inmediatamente hacia arriba, hasta las ramas que se extendían por encima de ellos... y cayó precipitadamente contra una de las ruedas traseras. El Moeweg patinó de costado por sobre los arbustos y se detuvo con el motor bramando estérilmente.

Tyne no se detuvo a pensar. Sabía que estaban atrapados y que el artefacto podía abatir el coche si se lo ordenaban.

El agente silencioso había sido arrojado contra el suelo a causa del choque. Deslizándose por la puerta abierta, Tyne saltó hasta él, recogió su pistola y reptó sobre el suelo. Se hundió entre los arbustos, temerariamente, sin hacer nada por escapar. Arrastrándose sobre manos y rodillas, empezó a avanzar, a despecho de los cortes y desgarrones que pudiera provocarse. Algunos disparos sonaron tras él: no sabía si Dickens disparaba contra él o contra el aereoespía.

Se desplazó rápidamente. Se metió en medio de una pequeña laguna cubierta de vegetación y salió al instante. Una leve claridad, quizá el primer destello del alba, le ayudaba.

Sabía lo que hacer. Se estaba dirigiendo a un macizo de árboles gruesos con ramas a baja altura. El aereoespía tendría serios impedimentos, pese a todas sus habilidades. El denso follaje lo detendría.

Tyne estaba ahora en pie, corriendo inclinado. No sabía ciertamente en qué dirección iba. El sordo rumor, tan determinable, sonaba tras él. El destello de una luz se vislumbraba entre las hojas, mientras el faro le detectaba. Las hojas se retorcieron. ¿Dónde

estaban los condenados árboles?

Resoplando dificultosamente, golpeaba contra la vegetación que le alcanzaba hasta el pecho. Parecía interminable.

Luego emprendió un precipitado trote, metiéndose en medio de una hilera de árboles, arañándose entre las zarzas. Cuando llegó un minuto más tarde, difícilmente pudo levantarse. Mirando por encima de su cabeza, vio una protectora red de ramas. Las más pequeñas se balanceaban empujadas por un viento artificial.

Jadeando, Tyne permaneció allí como un animal atrapado.

Era todo cuanto podía hacer. No había imaginado que pudieran perseguirle; había creído que aquello se quedaría vigilando el coche y a los dos agentes del CNU. Aunque... si las transmisiones que el objeto había efectuado a la base Rosk habían logrado identificarle como el terrícola al que Benda Ittai se había confesado, entonces había buenas razones para aquella persecución.

Hojas y matojos se removían en torno a él. El zumbido resonante llenó sus oídos. Saltando como macho asustado, Tyne se colgó de una rama. Aupándose, subió hasta diez, quince pies por encima del nivel del suelo, abrazándose al tronco en medio de un grueso brote de ramas horizontales.

Ahora estaba mejor situado. Miró por entre los árboles. En la dirección contraria a la pendiente que había dejado se abría un rápido río. Al otro lado del río le pareció divisar una vía férrea.

El aereoespía le había visto. Planeó bajo, en vuelo rasante, buscando con sus luces. No podía elevarse hasta él a causa de las ramas, que le protegían tal como había esperado. Entonces la máquina se arrimó a la base del árbol. Por vez primera, al mirar abajo, Tyne vio sus grandes ventiladores que giraban tras un protector enrejado. Disparó contra ellos con la pistola del agente. Su brazo sufrió una sacudida, el tiro había sido impetuoso.

La máquina se alejó y cargó contra el árbol. Luego lo rodeó, buscando otra forma de atraparlo. Casi al mismo tiempo, Tyne vio correr a Dickens pendiente abajo. Guiándose por el ruido del aereoespía, el agente había seguido a Tyne.

Las ramas se agitaron. El aereoespía estaba ascendiendo a través de pequeñas ramas, rompiéndolas y forzándolas, buscando la altura de Tyne. Tyne rodeó el árbol, poniéndose en la otra parte del tronco. Si podía resistir hasta que despuntara el día, el objeto no

podría volver a la base a no ser que aceptara el riesgo de ser detectado. Escudriñó en dirección a Dickens, pero éste había desaparecido.

De nuevo cambió de posición, para mantener el grueso del árbol entre él y la máquina. Esto significaba descender hasta una rama más baja. Debía procurar descender inadvertidamente. En tierra estaría indefenso. El objeto gruñía airadamente, como un inmenso trompo girante, empujando persistentemente contra una masa de ramas. Se desplazó a un lado; de nuevo Tyne cambió de posición.

Repentinamente resonó un grito, y el sonido de zapatos golpeando metal.

Tyne miró en torno al árbol.

Dickens había saltado o caído sobre el aereoespía. El agente había trepado por un árbol próximo y se había lanzado o deslizado hacia delante. Ahora estaba encaramado sobre la cúspide del disco, luchando por asirse a él.

—¡Dickens! —gritó Tyne.

El agente resbalaba sobre la pulida superficie del aereoespía. Sus piernas se agitaban, coceando en el aire. Luego atrapo un saliente en la malla central de la máquina y se izó hasta una posición más segura. Mientras el aereoespía se batía entre las ramas, el agente sacó su pistola, apuntando a las aspas de los rotores.

Todo esto habría cogido a los Rosks (que obviamente controlaban el gran disco) completamente por sorpresa. Primero se quedó inmóvil, luego se movió. Su peculiar zumbido se aceleró y el aparato se lanzó precipitadamente.

Dickens fue golpeado por una rama. Parcialmente aturdido, resbaló una vez más sobre el costado; su pistola había caído, golpeando esta o aquella rama, resonando metálicamente hasta llegar al suelo.

—¡Salta, Dickens, por el amor de Dios! —gritó Tyne.

Era difícil asegurar si el agente oía algo. Estaba siendo llevado por entre la espesura, sostenido arduamente, la cabeza medio protegida por los brazos. Las últimas hojas lo rozaron y el aereoespía salió al aire libre, ascendiendo lentamente.

Sin importarle nada, Tyne saltó del árbol para caer sobre una rama poblada de flores. Sujetándose, salió de entre los árboles, y echó a correr bajo el aereoespía gritando incoherentemente. No se

atrevió a disparar por miedo a dar a Dickens.

En la tenue claridad de la mañana el disco era claramente visible a unos treinta pies de altura. El artefacto puso rumbo hacia la base sumatrina, donde los Rosks, conjeturó Tyne, aguardarían. Dickens, con toda probabilidad, tenía el mismo pensamiento. Gateó hasta la parte central del disco, golpeando las pantallas de la superficie superior. En un momento había destrozado un fragmento de pantalla, pedazo que dejó al descubierto los rotores.

Se quitó el zapato y lo arrojó en medio de los rotores.

Al instante, el dinámico zumbido se convirtió en un violento golpeteo. Luego, se escuchó el chirrido de metales rotos. Con un último quejido de sonidos en *staccato*, el aereoespía comenzó a descender, ladeándose peligrosamente.

Tyne advirtió, mientras seguía corriendo, que el artefacto caía en medio del río, arrastrando consigo a su pasajero. Desaparecieron en las aguas y no emergieron de nuevo.

VI

Eran las nueve y cuarto de la mañana.

Tyne Leslie estaba sentado en la parte trasera de una cafetería china, comiendo de una bandeja de galletas. Sus mejillas estaban distendidas, su cabeza despejada; había ido a una barbería donde le habían afeitado y masajado cabeza y hombros. Cuando por último entró en Padang noventa minutos antes, después de una infructuosa búsqueda de Dickens a lo largo del río, se había sentido desfallecer. Después del afeitado, el masaje y el desayuno, se sentía otra vez vivo, alerta, la cabeza despejada, capaz de afrontar los aguijonazos del futuro.

Había escrito ya una nota para el subsecretario Grierson, un segundo secretario de quien Tyne había sido subsecretario, advirtiéndole del conato de invasión a la Tierra. La nota había sido entregada en el edificio de la Misión Diplomática Británica y pasaría una hora antes de que llegara a manos del subsecretario. El tiempo que transcurriera antes de que se emprendiera cualquier acción, era otro asunto.

Mientras tanto, el tiempo apremiaba. Murray había podido estar en cualquier parte de Padang durante las anteriores veinticuatro horas. Si el agente Roskiano de la FPR había sido incapaz de dar con Murray, sería porque había sido perseguido por su propia gente, los Rosks leales a Ap II Dowl. Indudablemente, las partes interesadas en la captura de Murray aumentaban; la FPR, los hombres de Dowl, el UNU y, posiblemente —si es que habían oído hablar del asunto—, varios grupos terrícolas interesados en sentido nacional. Y Tyne.

Tyne. Había dicho a Dickens que era capaz de ir derecho hasta Murray. Era la verdad. Por paradójico que sonara, podía haberlo hecho el día anterior, antes de que Stobart le hablase.

La verdad estaba escondida, dispuesta, como tantas veces

ocurría, en su interior, esperando el momento oportuno para revelarse a sí misma.

Cuando Tyne preguntó a Mina en el Roxy, ella declaró que Murray le había dicho que estaría en la planta de plancton. Ella había dado por supuesto —y Tyne lo había aceptado— que Murray se refería a la planta de Semapang, donde había estado a punto de ahogarse. Cuando Stobart la había interrogado después, había obtenido la misma respuesta; de ahí que Tyne y Dickens se hubieran encontrado en el edificio.

Pero Murray había querido decir algo bastante diferente al aludir a la planta de plancton.

En aquellos terribles segundos en que Tyne luchara contra la asfixia en los interiores de la planta de Semapang, algunas escenas de su vida pasada habían aflorado a su memoria. En una de ellas aparecían Murray, Allan Cunliffe y él mismo desayunando en el hotel Merdeka tras una pesada noche. Mientras él y Allan tomaban el café, Murray despachaba un abundante desayuno, quejándose todo el rato de la bazofia que servían. «En el Merdeka es todo sintético», había dicho. «No importa que parezca comida, es plancton en el fondo. Como dicen los americanos, es una planta. ¡Una planta de plancton! Os lo digo, pareja, vivimos vegetalmente en una planta de plancton. Antes de que nos demos cuenta, el progreso nos ofrecerá mujeres de plancton...»

A partir de entonces, cuando se referían ocasionalmente al Merdeka, lo habían hecho como «la planta de plancton».

Todo esto había pasado a través de la mente de Tyne. Ahora sabía que para encontrar a Murray tenía que volver a Merdeka; aquél era el sitio al que se había referido Murray; Mina había sido despistada, y también Stobart; claro, ellos no sabían nada de la broma. Tyne había estado una vez, infructuosamente, en el Merdeka; ahora, iba a hacer las preguntas adecuadas a la gente apropiada. Pagó la consumición y salió del café. Ya había comprado munición de repuesto para la pistola robada que tenía en el bolsillo. Caminó por la acera de las calles, atento a cualquier peligro. Una manifestación de protesta de los Desplazados, acompañada por tambores y pancartas («ROSKS, LARGAOS DE NUESTRO MUNDO», «LAS POTENCIAS DE LA TIERRA HAN SIDO ENGAÑADAS», «SUMATRA HA SIDO SACRIFICADA»), sirvió para que Tyne pudiera desplazarse semioculto

hasta el vestíbulo del hotel.

La familiaridad, a un tiempo bienvenida y repugnante, del lugar, le asaltó como una neblina penetrante. A aquella hora, antes de que sonara la vida política de Padang, con sus interminables conferencias y discusiones, el salón estaba repleto de esos hombres a cuya clase Tyne perteneciera anteriormente: hombres intranquilos (¡pero sonrientes!) que continuamente iban de aquí para allá, siempre negociando aunque sin eficiencia. Tyne les evitó, sintiéndose tan extraño a ellos como un Rosk.

Atravesó el edificio hasta el patio posterior, donde dos ancianas chinas se arreglaban el cabello recíprocamente al calor del sol.

—Por favor, ¿han visto a Amir? —preguntó Tyne.

—Está en el almacén, preparando las raciones.

El «almacén» era una vulgar cabaña al otro lado del patio, levantada entre otros dos edificios y que daba a un pequeño callejón trasero. En el exterior había un camión con un rótulo en malayo, chino, ruso e inglés, que decía «Alimentos sintéticos de plancton de Semapang». El Merdeka estaba preparando su minuta diaria para la alimentación de sus clientes.

Mientras Tyne se acercaba, un conductor uniformado salió del almacén, subió al camión y se alejó. Tyne se acercó a la puerta del almacén. Amir estaba allí solo, con el brazo izquierdo en un cabestrillo, inclinado sobre una caja y tomando notas. Tyne entró, cerrando la puerta tras él.

Amir había sido bastante amigo de Allan y de Tyne.

Ahora sólo había miedo en su oscura e inteligente cara cuando alzó la vista y reconoció al visitante.

—¿Qué te ha pasado en el brazo, Amir?

—¡Creí que estaba usted muerto, señor Leslie!

—¿Quién te dijo eso?

—¡No debería estar aquí! Es peligroso, señor Leslie. El Merdeka está constantemente vigilado. Por favor, váyase en seguida. Por el bien de todos, váyase.

Era lamentable contemplar su agitación. Tyne le cogió por el brazo sano y dijo:

—Escucha, Amir, si sabes que hay peligro, debes saber algo de lo que está pasando. La vida de todos los habitantes de la Tierra está en juego. Tengo que encontrar a Murray Mumford cuanto antes. ¡En

seguida! ¿Sabes dónde está?

Ante su sorpresa y embarazo, el joven sumatrinó se echó a llorar. No hizo ningún ruido mientras lloraba; sus lágrimas corrieron mejillas abajo, hasta caer en el suelo. Se llevó una mano a los ojos.

—Mi país ha tenido problemas por culpa de otros países. Dentro de nada me uniré a los Desplazados. Cuando nuestro número sea lo bastante grande, forzaremos a todos los extranjeros a que dejen nuestra tierra.

—Y a los Rosks —añadió Tyne.

—*Todos* los extranjeros. ¿Sabe que hay funeral esta tarde, en Bukit Besar? ¿Sabe por quién? Por la chica medio holandesa, Mina.

—¡Mina! ¿Ha muerto? —exclamó Tyne.

—Los funerales se celebran por eso, generalmente —dijo Amir cáusticamente—. Los Rosks la mataron porque tenía relación con su amigo Mumford. Quizá le interese saber que los Rosks vinieron a buscarme ayer; me torturaron. Quizá vengan hoy a matarme. Usted vino al Merdeka ayer y yo le evité. Hoy no he podido hacerlo y probablemente muera.

—Absurdo, Amir. Los Rosks no te buscarán otra vez —dijo Tyne—. ¿Qué te preguntaron ayer?

Amir dejó de llorar tan repentinamente como había comenzado. Mirando a Tyne a los ojos, apartó el brazo del cabestrillo y comenzó a quitarle las vendas. En un minuto quedó desnudo, mostrándolo con una penetrante mezcla de horror y orgullo.

—Los Rosks me preguntaron dónde estaba escondido Mumford —dijo Amir—. Y como no se lo dije, me hicieron esto.

La mano izquierda le había sido amputada a la altura de la muñeca. En su lugar, inútil, había sido colocada una mano de chimpancé.

Hasta la mano artificial de Tyne se quejó de dolor.

—Lo siento —dijo—. Lo siento, Amir.

—Esto es lo que opinan de los hombres.

Apartó la mirada y añadió con voz alterada:

—Pero no les dije dónde está Murray. A usted se lo puedo decir. Cuando llegó aquí ayer por la mañana, dijo que iba a ocultarse en el viejo templo de Deli Jalat, callejón abajo. Ahora, por favor, váyase. Váyase y no vuelva a preguntarme nada más.

—Lo siento de veras —dijo Tyne, deteniéndose en la puerta—. Esto lo cobrarás algún día, Amir. Ten paciencia y lo verás.

Amir no se giró para mirar.

Fuera, Tyne se quedó junto a un bajo muro de piedra y sacó la pistola. Amir le había imbuido más sentido del peligro de lo que él hubiera admitido para sí mismo. Lentamente, alzó la cabeza y miró a su alrededor.

Uno o dos nativos estaban trabajando frente a las escasas viviendas que daban a la pequeña calle trasera a la que había ido a parar; ninguno de ellos parecía estar interesado en Murray. Con dolor, se dio cuenta de la amarga verdad que había dicho Amir. Para la población local, las naciones que se habían aposentado en Sumatra eran tan intrusas como los Rosks. Ambos grupos eran igualmente contrarios a su forma de vida. Los Rosks se aprovechaban de su habilidad para viajar más allá de su perímetro con su típica indiferencia oriental, sobre la que habían caído dos formas de explotación. Puesto que las poderosas naciones occidentales habían tratado con más consideración a Sumatra en los pasados siglos, podían ahora recibir más consideración por parte de Sumatra.

Cuando se disponía a escalar el muro, vio a un hombre que venía de la dirección del Merdeka. Caminaba lentamente, mirando con precaución a derecha e izquierda. Era Stobart.

Iba en otra dirección distinta de la del templo. Cuando vio que el camino estaba desierto, aceleró su paso. Mientras Tyne demoraba su intento, Stobart deslizó un susurro apenas emergido de sus labios. Ningún sonido audible surgió de ellos; fue ultrasónico.

Nada más desaparecer el agente del CNU, Tyne trepó por el bajo muro y se encaminó hacia el templo, donde Murray le había dicho a Amir que estaría escondido. El encuentro con Murray se acercaba; en el bolsillo de Tyne, se encontraba lista la pistola.

A pesar del calor que el sol dejaba caer sobre sus hombros, la visión era clara. Sabía exactamente lo que tenía que hacer. Iba a matar a Murray.

Sólo una cosa le preocupaba y no iba a permitir que desviara su puntería. Murray, esperando al agente de la FPR con el microfilm, había cubierto bien su rastro; Stobart (que sin duda había seguido el rastro de Tyne en el vestíbulo del Merdeka) era una prueba de que

todavía estaba libre, a pesar de que las demasiado escrupulosas potencias estuvieran irritadas contra él. No obstante, Tyne, trabajando solo, estaba a punto de dar con él. ¿Cómo era aquello?

Dos fuentes de información le habían llevado hasta Murray: la información de Mina sobre la «planta de plancton»; y, luego, lo de Amir sobre el templo. Tanto los del CNU como, sin duda, los Rosks, habían obtenido lo mismo de Mina; ninguna de estas dos partes había sacado nada de Amir. La información de Mina sólo podía ser interpretada correctamente *por Tyne*; Amir había dado voluntariamente los datos que él poseía *sólo a Tyne*. ¿Por qué?

Una sola respuesta se le ocurría. Murray había esperado que Tyne le persiguiera. Antes de ocultarse, había dejado deliberadamente aquellos dos mensajes con Mina y Amir, *convencido de que Tyne le seguiría*. Sin embargo, Murray sabía muy bien que Tyne podía tener sólo una razón para seguirle: vengar la muerte de Allan Cunliffe en la luna. Y los motivos por los que un hombre pudiera dar pistas para su localización a su asesino eran bastante oscuros. Seductoramente oscuros.

Murray tenía que explicarse frente a la pistola robada y antes de que los proyectiles se incrustaran en su cuerpo. Tenía que explicarse... y, claro, entregar el microfilm; entonces podría morir. Tyne experimentó aquel toque de fría claridad otra vez. Una vez más se encontraba en la tórrida zona de los sucesos. El ecuador de la acción giraba más y más rápido en torno a él; sin embargo, no podía advertir una cosa.

—Entre, señor. Preguntaré por su amigo entre los sacerdotes —dijo el acartonado enano de la entrada. Se alejó descalzo y solícito. Las mujeres perdidas y los *tuans* blancos eran especialmente bienvenidos aquí.

El templo Deli Jalat cubría varios acres de terreno que, en otro tiempo, habían intentado utilizar para la instalación de granjas avícolas. El edificio central constituía una noble imitación de un tardío templo hindú, muy ornamentado, aunque a su alrededor se veía, como vehículos destrozados en torno a una carretera obstruida, cierto número de pedazos sobresalientes, la mayoría de ellos de listones y hierro.

Tyne no podía estarse quieto y echó a andar por las lajas tras el portero. En el aire oscilaba un agradable aroma dulzón, un perfume

que parecía arrastrar consigo su propia emoción indefinible. Había allí un jardín de especias, sin duda cultivado a mano. Al fondo, una mujer con ropas chinas y sandalias de madera, se volvió a mirarle, luego corrió hacia una puerta. Se parecía... sí, le había parecido Benda Ittai. Instintivamente, Tyne aceleró su paso; la fuerza del sol caía sobre él de plano.

De repente se imaginó a sí mismo conduciendo a la mujer hasta el abandonado jardín de especias y fornicando allí con ella. No era una escena que se hubiera propuesto. Sus pensamientos volvieron otra vez a Murray.

En la última puerta, el portero cayó casi sobre él con excitación, agitando los brazos con ansiedad.

—No, señor, ¡aquí no, señor! Quédese en la puerta, señor. ¡Por favor, espere! Los sacerdotes no estarán preparados...

—No he venido a ver a los sacerdotes —dijo Tyne.

Empujó a un lado al hombre y entró en las sombras interiores del edificio. Era como si el sol se hubiera detenido precipitadamente, mostrando la habitación que había más allá, aun sin entrar del todo: una sala fresca, toda de madera, salvo por dos jarrones de piedra que se erguían en el centro. Tres hombres, sacerdotes, con aquel vengativo y arriesgado aire que la religión impone a los más duchos, se le aproximaron rápidamente y a un tiempo.

—Por favor, condúzcanme hasta Murray Mumford —dijo Tyne—. No puedo esperar.

—Ésta no es hora de visita —dijo uno de ellos, agitando ineficazmente las manos.

—Lo siento. No puedo esperar.

Los tres sacerdotes empezaron a hablar en un dialecto, parloteando rápidamente entre sí. Estaban asustados y rabiosos. El miedo ganó.

—Será mejor que me siga —dijo uno, dirigiéndose a Tyne.

Tomaron un camino ascendente con algunos anchos y crujientes escalones, en el que se advertía un olor a gato. Se adentraron en pasillos de madera y de piedra, hasta detenerse, por último, junto a una puerta insignificante, situada debajo de otra escalera. El sacerdote quitó la barra a la puerta y la abrió. Apareció una pequeña antesala donde había dos puertas situadas frente a la que

ellos cruzaban.

—La de la derecha —dijo el sacerdote.

Mientras Tyne penetraba en la antesala, el sacerdote cerró la puerta tras él. La semioscuridad que le envolvía ahora le hizo moverse con precaución hacia la puerta de la derecha; aguardando, alzando la pistola, abrió la puerta de golpe.

Era una habitación larga y estrecha con una ventana en un extremo. Ocupando gran parte del espacio, había una cama de madera junto a la puerta, ahora utilizada como mesa y asiento.

Benda Ittai, en ropas chinas, estaba sola, en pie, en medio de la habitación, con la boca abierta en una mueca de sorpresa.

—Entre, señor Todpuddle —dijo, utilizando el nombre que Tyne asumiera cuando había sido interrogado en el queche de Budo Budda.

Él asintió, como en un breve reconocimiento de su belleza.

Zarpa en alto, Tyne dio un paso hacia el interior. Murray Mumford estaba en pie tras la puerta, las manos alzadas sobre la cabeza. Rodeando su cintura llevaba un cinturón del Servicio Espacial; un revólver sobresalía de su desabotonada pistolera.

Tyne giró lentamente sobre sus tacones, alzando su propio revólver para apuntar al pecho de Murray. Se percató de su rostro, tenso como el cuero, contorsionado en una mueca de asesino.

—Me alegro de que finalmente lo hayas conseguido, Tyne —dijo Murray, intentando incidir en sus viejas fórmulas—. Aparta la pistola y métetela en alguna parte. Bienvenido a mi humilde...

—Ponte junto a la chica —dijo Tyne con sequedad—. Voy a quitarte la pistola. Mantén las manos en alto. Eres un canalla, Mumford... un soplón, un traidor.

—Si no tuvieras ese juguetito en la mano, te rompería el cuello por decir eso —dijo Murray con encono y ruborizándose.

—¡No, no lo harías! ¿Vas a negarme que estás pasando información a los Rosks, información absolutamente vital para la Tierra?

Murray, manteniendo las manos en alto, miró fijamente a Tyne mientras se deslizaba hacia Benda. Su agradable rostro parecía cansado y ensombrecido.

—Si quieres discutirlo, arroja las dos pistolas sobre ese alto anaquel —dijo.

El anaquel al que se refería corría paralelo a una pared, junto al techo. Tyne ni siquiera le dedicó una mirada. Tenía a los dos juntos ahora, a los pies de la cama.

—No quiero discutir nada contigo, Murray —dijo.

—Adelante, dispárame, pues. Pero probablemente comprendas tan bien como yo que sólo un loco obraría así, echándolo todo a perder.

—Dame el microfilm, Murray.

—No lo tengo.

Tyne apretó el revólver convulsivamente. No se había esperado tal cosa.

—¡Detente! —Benda Ittai hizo un nervioso movimiento hacia delante. Aunque macilenta, aún poseía un impresionante aspecto de lozanía y belleza—. No hay tiempo para disputas, de lo contrario nos cogerán aquí. Señor Leslie, ponga las pistolas sobre el anaquel y entonces se lo explicaremos. Es realmente necesario.

Tyne dudó. Estaba en un lugar ridículo y lo sabía. El asunto vital no era su urgencia personal por vengarse, sino la necesidad de conseguir la película. La mujer Rosk hizo que le fuera posible retroceder sin perderles demasiado de vista. Sacó el revólver de la cartuchera de Murray y lo colocó junto con el suyo en el anaquel.

—Perfecto —dijo Murray, bajando las manos y buscando mezcal. Tyne notó con satisfacción que sus manos temblaban cuando encendió su pipa. Sus propias manos (incluso la de metal) temblaban de la misma forma.

Tomando otra vez la iniciativa, dijo a Benda:

—Deduzco de su presencia aquí que es usted el agente Rosk con el que tenía que encontrarse Murray.

—Eso es exacto —dijo ella—; como usted sabe, fui atacada —añadió sonriendo, satisfecha por la declaración subterránea.

—Has supuesto bien —dijo Murray—, ahora deja de suponer y escúchame. Tenemos muy poco tiempo y necesitamos tu ayuda.

—¡Mi ayuda! —explotó Tyne—. Vengo aquí para matarte, Murray, y ahora me sales con...

Benda Ittai puso su mano sobre el brazo de Tyne. La sintió blanda y caliente. A 105.1, claro.

—Por favor, dele una oportunidad para que se explique —suplicó—. No hable tanto: ¡escuche! ¡Escuche tan sólo!

—Sí, suena como advertir a un político —dijo Murray. Estaba recuperando rápidamente el autodomínio. Tyne también lo recuperó; se sentó en la cama y aceptó un cigarrillo de Murray.

—Adelante. Pero hazlo bien, lo mejor que puedas.

—El microfilm tiene que ser entregado a la señorita Ittai —dijo Murray— y ella debe llevarlo a la Base de Sumatra, a los de la FPR de allí. ¿Recuerdas a Tawdell Co Barr, el primer Rosk que habló a la Tierra? Él es el líder de la Facción Pacífica, secretamente opuesta a Ap II Dowl. La FPR es débil; sólo tienen una última oportunidad para cobrar fuerza y poder así derrocar a Dowl. Si pueden exhibir esta película, esta prueba de los violentos y sanguinarios planes de Dowl, a una mayoría de Rosks, la población se alzaría en rebelión contra el dictador.

—Nuestra gente es tan humana como la de ustedes —interrumpió Benda—. Por favor, vea este terrible asunto como una lucha moral y no como una aventura de detectives. Cuando sus ojos se abran y comprendan qué es lo que han estado respaldando, se alzarán contra Dowl.

—¿Está intentando decirme que ignoran que forman parte de una avanzadilla invasora?

—Claro que no lo saben. ¿No lo entiende? —dijo ella con desesperación—. Todos nosotros nacimos en la nave, creyendo que éramos colonos. Sin duda, debieron darse órdenes selladas que pasaron de una generación de dirigentes a otra.

—Entiendo —dijo Tyne. Lo vio; he ahí cómo las maniobras políticas pueden ser expandidas hasta cualquier parte de la galaxia. Los dirigentes planeaban, intrigaban, y la mayoría los seguía como ovejas... a menos que vieran por sus propios ojos el destino de rebaño que otros trazaban para ellos.

—Usted tiene ya pruebas de que no soy partidaria de Ap II Dowl y sus rufianes —dijo Benda con calma, probablemente consciente del efecto que provocaba en Tyne—. Al menos, confíe en mí. Déjeme llevar el microfilm a mi gente, la FPR. Ellos lo utilizarán mejor que si fuera a parar a manos del Gobierno Mundial. ¿Puede entenderlo?

Sí, todo estaba muy claro, pensó Tyne amargamente, sabiendo que los otros dos estaban buscando en su rostro cualquier señal de lo que pudiera decir. Pero ni él sabía lo que podía decir. La

intención, coger el microfilm o destruirlo, se había ido desintegrando a medida que se acercaba la oportunidad. Ahora estaba frente a un problema que jamás se hubiera imaginado ante las pulimentadas mesas del CNU.

Si no interfería —por ejemplo, si lo mataban—, el subsecretario Grierson pondría en marcha la maquinaria de defensa. La pequeña fuerza de los Rosks sobre la Tierra sería aplastada antes de que llegaran los refuerzos. ¿Y cuándo llegarán? Bueno, presumiblemente no serían muy misericordiosos; quizá no se arriesgaran a un bombardeo nuclear desde el espacio.

Si Stobart y sus hombres llegaban allí, cogerían el microfilm sin demora; lo encontrarían dondequiera estuviese escondido. Nunca caería en manos de los Rosks. También eso aceleraría un contraataque contra los pérfidos alienígenas.

Si los hombres de Ap II Dowl llegaban primero... bueno, ésta sería la peor alternativa de todas.

Por ahora, sin embargo, la iniciativa no estaba en manos de Grierson, ni de Stobart ni de Dowl; sino en las de Tyne. Sin proponérselo, recordó la Teoría de la Actividad Irresponsable que había, formulado; podía haber sido lúcido a la vez. Se encontraba allí, enfrentado al problema de mayor envergadura de todos los tiempos; ¿cómo iba a resolverlo?

Volviéndose hacia la ventana, miró irritadamente al exterior a través del polvoriento cristal, para ocultar su indecisión a Murray y a la chica. En el vivo paisaje exterior, algo se movió. Un hombre... o un Rosk, había saltado de un matorral a otro. La ocasión de Tyne se precipitaba.

Abruptamente, se volvió hacia el interior. La FPR debía tener conocimiento de los planes invasores, tal como Benda había sugerido; a lo mejor, las mayores disensiones plagaban la base sumatrana. Igualmente, la Tierra tenía que conocer detalles; así podrían prepararse para las eventualidades.

—Puede hacerse una copia del microfilm, señorita Ittai —dijo—. El CNU conservará la copia para su estudio. Le será dado entonces un salvoconducto para regresar a su base con el original y entregárselo a Tawdell Co Barr.

Se volvió a Murray que fumaba sentado en el borde de la cama.

—Como te darás cuenta, el tiempo apremia —dijo—. Dame el

microfilm rápidamente.

—Parece que no lo has captado bien —dijo Murray. Se restregó los ojos, dando la impresión de estar cansado y de mal humor; era como si de repente hubiera advertido que tanto si triunfaba personalmente ahora como si no, la vida triunfaría por encima de él al final de todo, impersonalmente, claro, pero con tan escaso remordimiento como si la competición hubiera sido personal—. Por el amor de Dios, Tyne, ¿no te resulta obvio que te estás comportando como un tonto? Como te dije antes, no tengo el microfilm.

Las figuras ocultas tras los matorrales... estarían en pie ahora, quizá cubriendo la última distancia que las separaba del templo. Y también Allan Cunliffe, erguido, tieso como un palo. Las dos imágenes, productos de la urgencia y la rabia, golpearon la mente de Tyne. Se arrojó contra Murray.

Murray medio se enderezó, para caer bajo el asalto. Juntos rodaron sobre la cama. El centro, vencido por el peso, golpeó contra el suelo. Tyne se puso encima de Murray. Encogido, éste alzó la rodilla hasta el plexo solar de Tyne, que a su vez, alzó la mano de acero y la descargó contra un lado del cuello de Murray. Azulándosele los labios, Murray dejó de forcejear.

—Esto te calmará... tu... —jadeó Tyne. Se había cegado peligrosamente. Ráfagas de color ondeaban como banderas ante sus ojos. Se sacudió la cabeza para captar unos golpes producidos en el exterior, antes de darse cuenta de que estaban dándolos en la puerta.

Observando por entre la destrozada cama, vio a Benda Ittai abrir la puerta; uno de los sacerdotes entró y habló rápidamente con ella. Al cabo de un minuto, ella corrió junto a Tyne.

—El enemigo está rodeando el edificio —dijo—. Los sacerdotes les han visto. Tenemos que salir, ¡rápido! Tengo un helicóptero oculto en el exterior. ¡Vamos!

Alargándole su mano sana, ella se la cogió y tiró de él hasta ponerle en pie. Murray gruñó al librarse del peso. Tyne dejó que le condujeran al exterior mientras el sacerdote les guiaba. Mientras corrían por el laberinto del edificio, Tyne iba recobrando el juicio. Antes de salir del templo, recordó que se había olvidado la pistola, pero ya era demasiado tarde para volver a buscarla.

Desembocaron en un patio rodeado por pequeñas celdas destinadas en su día a los novicios. Todo se tambaleaba; sin duda estaba construido con viejos ladrillos. Bajo una pequeña choza, fabricada con algún material de camuflaje, había un helicóptero. Benda corrió hacia él. Manipuló una esquina de la choza y se desinfló de arriba a abajo, plegándose como una persiana. Recogiéndola, la metió en el helicóptero y a continuación trepó hasta él.

Tenía unas piernas atractivas, pensó Tyne. Sus poderes de deducción y observación retornaban. Hasta la sensación de náusea en su estómago estaba desapareciendo.

Se sentó al lado de ella mientras el sacerdote regresaba hacia el templo. En seguida, Benda puso en marcha las hélices. Pudieron ver los tórridos remolinos que levantaban a su alrededor. Grandes lagartos verdes corrieron por el patio.

—¡Mira! —gritó Tyne, señalando.

Sobre una hilera de celdas apareció una cabeza. Luego unos hombros. Después un fusil que descendía y apuntaba al helicóptero. ¿Rosk u hombre? ¿Lo sabría Benda? Todo cuanto había dicho ella en el templo era «El enemigo está rodeándonos». Con aquello, podía haberse referido a los secuaces de Ap II Dowl o a los de Stobart. Esto indicaba la ambigüedad del papel que ella jugaba.

Casi clavando su codo en las costillas de Tyne, Benda metió la mano en un abultado bolsillo. Tenía allí uno de aquellos peligrosos revólveres del 88. Medio inclinándose fuera de la cabina, disparó contra el personaje del tejado.

Falló.

Tyne vio saltar astillas de la arista del techo, y al francotirador golpeado en la cara por las esquirlas. Al llevarse las manos al rostro, el fusil se le escapó. Entonces el helicóptero comenzó a elevarse.

Un hombre salió del templo y corrió por la zona iluminada por el sol. Era Stobart, el rostro cubierto de sudor, su gran cuerpo agitándose por el ejercicio. Aunque empuñaba una pistola en una mano, no hizo el menor intento de disparar; en su lugar, se dirigió a Tyne, gesticulando vivamente. Con el ruido de las hélices no consiguió oír ni una sola palabra.

—¡Justo a tiempo! —gritó Benda.

Elevándose rápidamente sobre las edificaciones del templo, se

dirigieron al este mientras contemplaban allá abajo como unos hombres de tamaño fórmico corrían. La sombra del helicóptero sobrepasó las hormigas. Éstas disparaban hacia lo alto, pero sin resultados.

VII

Tyne se puso a reflexionar. Era obvio que la encantadora señorita Ittai, lejos de haber salvado su vida, como al principio había creído, lo había metido en el helicóptero casi en forma de secuestro. Por razones que sólo ella sabría, había querido alejarle de su propia gente. Su cerebro todavía estaba resentido por el efecto del rodillazo que Murray le había propinado en el estómago; con viveza, sacudió la cabeza. Aún se sentía un poco aturdido, pero gran parte del asunto lo veía perfectamente claro.

Y uno de los puntos más evidentes era que la pequeña belleza estaba poniendo rumbo a la base sumatrina de los Rosks a la máxima velocidad.

Una pequeña y redonda nube se formó ante ellos, y luego otra más allá. Sintieron un violento golpe y el aparato basculó turbulentamente. Alguien les estaba disparando desde abajo con un cañón antiaéreo.

Tyne miró hacia abajo, pero sólo pudo ver carreteras y plantaciones. Por los alrededores de Padang, dispuestos en círculo, estaban las fortificaciones y puestos de defensa de las Fuerzas Armadas del CNU. Stobart podía haberse dado prisa en dar la noticia. En un minuto, pensó Tyne, los interceptores estarían tras ellos. No le gustó la idea.

La chica había tenido el mismo pensamiento. Con gran esfuerzo, estaba sacando el máximo partido posible a la maquinaria. Otra explosión los zarandeó, empujándoles lateralmente. Cerrando los mandos en posición ascendente, ella se volvió hacia Tyne. De repente cogió la pistola.

—Odio hacer esto —dijo—, pero tienes que darte cuenta de que he de hacer todo lo posible por lograr mi objetivo. Esta misión debe llevarse a cabo a toda costa. Aparte de ello, nada nos importa. Si haces algo sospechoso, te mataré. Tendré que matarte.

—Ya sé lo que pretendes, Benda —dijo Tyne—. ¿Por qué no aceptaste lo de duplicar el film, tal como propuse en el templo?

Ella sonrió para borrar tal idea.

—¿De veras crees que tu gente nos dejará escapar, a ti, a mí o la película, en caso de que nos atrapen? Eres un aficionado, Tyne.

—Ya lo he oído antes, gracias. ¿Qué quieres hacer conmigo?

En ese preciso momento, el aparato saltó con furia. Enderezándolo y sin dejar de apuntarle, Benda dijo:

—Probablemente nos siguen, así que puedes saltar. Una de nuestras minihélices está tras de ti, un objeto que equivale a vuestros paracaídas. Póntela y salta. Eso distraerá a las Fuerzas del CNU. Posiblemente, cuando te vean caer, dejarán de dispararme. Además, este pequeño cacharro correrá más sin tu peso.

—Lo has preparado todo —dijo Tyne, admirado—. La base Rosk no puede estar muy lejos. ¿Quieres algo más antes de que salte?

La pistola osciló ligeramente.

—Sí —dijo—. Desenróscate la mano falsa y dámela.

Algo así como una sensación de triunfo invadió a Tyne. De modo que sus suposiciones eran acertadas. Benda le había «rescatado» por la misma razón que Murray había permitido que le siguiera: porque Tyne era absolutamente esencial para el plan. En todos los sucesos que hasta ahora le habían sucedido, él había constituido el centro.

Murray había buscado un lugar seguro para el microfilm, un lugar donde, no obstante, pudiera contactar, aún en el caso de ser interceptado. Así, cuando Tyne permaneció inconsciente en el viaje de vuelta del Área 101 de la Luna, había sido cosa fácil deslizar el microfilm en algún lugar hueco de uno de sus dedos de acero. Luego había jugado con los sentimientos de Tyne para estar seguro de que éste iba a seguirle, haciéndole la búsqueda convenientemente accesible. Todo el tiempo que Tyne había creído estar actuando por libre impulso, siguiendo los embates de la acción, no lo estaba haciendo sino bajo los cálculos de algún otro. La muñeca había bailado sin advertir las cuerdas que la manipulaban.

Leyendo la rabia y el resentimiento en el rostro de Tyne, Benda alzó la pistola en señal de alerta.

—¡Dispara! —dijo él—. ¡Por el amor de dios, dispara, muchacha! Soy mucho menos que un aficionado. Cuando lo pienso,

veo claramente por qué dejaste a Murray en vez de dejarme a mí en el templo; antes de que yo os sorprendiera, él te dijo dónde estaba escondido eh microfilm, ¿no?

—Lo siento —dijo ella—. Fuiste un chico dulce. —Cerrando los ojos, ella disparó. Tyne contempló la leve contracción de su mano al apretar el gatillo.

Tyne abrió su mano sana, mostrándole la palma llena de cartuchos.

—Te vacié la pistola mientras manipulabas los mandos. Pensé que podías resultar peligrosa; di en el blanco, ¿no?

Inesperadamente, ella rompió a llorar; fueron como las lágrimas de cualquier chica. Tyne no advirtió al pronto el alivio que aquellas lágrimas expresaban; alivio por haber cumplido con el deber y haber fallado ante la necesidad de eliminar una vida. Quitándole la pistola, Tyne se la guardó en un bolsillo.

Luego prestó atención al helicóptero.

La barrera de antiaéreos había quedado atrás. Ahora sobrevolaban la jungla, aún ganando altura. Aguzando la mirada a despecho del resplandor solar, Tyne miró hacia atrás. A sus espaldas, una forma de V se movía lentamente sobre la abigarrada superficie, ascendiendo progresivamente. Era un interceptor tripulado que los perseguía a gran velocidad.

Era cuestión de bajar o ser derribado. Tyne echó mano de los mandos, puso en ángulo las hélices, dejándolos abajo. Por el momento sólo experimentó alegría.

Más adelante, un azulado huevo irrumpió en el paisaje. Era la anclada nave de Alfa II. ¡Estaban cerca de la base Rosk! Tyne gruñó con cierto placer. Al menos se había salvado a sí mismo. Un poco más y salvaría la situación; Benda permanecía inútilmente a su lado, como ausente. Ahora lo controlaba todo él.

Sintió más que oyó que el interceptor ascendía. Tyne manipuló el volante, alejándose de lado, aunque no estaba fuera de peligro. Una carga aérea explotó encima de la cabina. Los mandos se detuvieron instantáneamente, fundidos sus elementos vitales.

Tyne echaba pestes mientras el helicóptero se inclinaba sobre su parte trasera. Se golpeó la cabeza contra un saliente y por un momento se sintió fuera del escenario, mientras la chica Rosk manipulaba infructuosamente los mandos. Entonces la jungla se

puso a dar vueltas y Tyne recuperó los sentidos totalmente. ¡Iban a estrellarse!

—¡Sujétate! —gritó.

De modo que todo lo controlaba él, ¿eh? Y todo cuanto controlaba consistía en decir: ¡sujétate!

¡Cayeron!

En el terrorífico impacto, jirones verdosos lo llenaron todo. El helicóptero se partió como una cerilla de madera. Aun así tuvieron suerte. Habían caído en medio de la espesura de un gigantesco cacto, algunos de cuyos tallos medían veinticinco pies de altura. El conjunto actuó como un gran colchón de pulpa, deteniendo la caída.

Gruñendo, Tyne rodó por el suelo. Benda cayó sobre él. Sujetándola, aún gruñendo conmocionado y aliviado, sé arrastró fuera del destrozo, se desplazó por entre el roto cacto y se puso en pie. Vacilante, miró a su alrededor.

El helicóptero se había aplastado contra un viejo lecho de lava. Lleno de agujeros y surcos, apenas había vegetación, excepción hecha del brote de cacto. Era un paisaje tan prohibido como imposible de imaginar. Un cuarto de milla más allá se alzaba una baja muralla: el fortificado perímetro de la base sumatrina. Tan pronto lo vio, Tyne cayó de rodillas. No procedía entrar con ira en tal lugar.

Mientras intentaba arrastrar a la chica que estaba inconsciente tras un brote de cacto, una sombra pasó por encima de él. El interceptor se estaba acercando a tierra. Le sorprendió que todavía no hubiera ninguna actividad procedente de la base Rosk; era sabido que disparaban contra cualquier aparato terrícola que se acercase a su perímetro. Instaló a Benda tan confortablemente como supo y corrió a enfrentarse con sus perseguidores.

El interceptor había aterrizado, proyectando primero sus amortiguadores. El piloto ya estaba sobre el desigual terreno en dirección a Tyne; aunque su cabeza estaba inclinada mientras seguía las huellas de Tyne sobre la lava, éste lo reconoció. Oculto tras unas columnas de cactus, empuñó la pistola de Benda y esperó.

—¡Arriba las manos! —dijo, nada más aparecer el otro.

Sorprendido, Allan Cunliffe obedeció.

—No tienes por qué apuntarme con eso, Tyne —dijo con calma.

Entreabrió los labios y pareció rondar el nerviosismo.

—Creo que sí —replicó Tyne—. Hasta hace unos diez minutos creí que estabas muerto; ahora quiero que me des unas cuantas explicaciones.

—¿No te dijo Murray que todavía estaba vivo?

—No, Murray no ha tenido mucho tiempo para decirme muchas cosas. Lo descubrí por mí mismo, lo creas o no. Nada más supe que Murray me había engañado para que le siguiera; supuse que su historia de que te había pegado un tiro en la Luna era mentira. Ésta fue la berza con la que me sostuvo como un asno; para empezar, lo había considerado improbable. Obviamente, eso significaba que tú estabas tan implicado como él. Quítate el cinturón.

—Se me caerán los pantalones.

—Aléjate del cacto entonces.

—No parece muy contento de verme, Tyne; estás completamente equivocado.

—Tan equivocado que no me fío de nadie. Te veo como a un enemigo, Allan.

Tyne cogió el cinturón y comenzó a atarle las manos a la espalda. Mientras lo hacía, Allan protestó:

—Escucha, Tyne, puedes confiar en mí como siempre. ¿Crees que he trabajado para los Rosks? Te diré algo: yo era un agente del CNU antes de conocerte... incluso antes de enrolarme en el Servicio Espacial. Y puedo demostrar que todavía lo soy. Mira, los dos hombres que estuvieron contigo en la planta de plancton y que fueron en coche hasta que apareció el aereoespía...

—¿Dickens y el tipo mudo? —preguntó Tyne—. ¿Qué pasa con ellos?

—Yo era el callado, Tyne. Tuve que mantenerme callado y enmascarado para que no me reconocieras.

Allan quedó ahora indefenso, los pantalones caídos hasta las rodillas. Con repentino arrebato, Tyne lo empujó, haciéndole arrodillarse mientras le cogía con violencia por la camisa.

—¡Allan, hijo de puta! ¿*Por qué* no hablaste? ¿Por qué tuve que ir de aquí para allá en medio de la oscuridad, sin nadie que me ayudara?

Allan intentó desasirse de él.

—Todavía tenías que creer que estaba muerto, en caso de que

abandonaras la búsqueda de Murray —dijo—. El tiempo apremiaba; nosotros queríamos que siguieras adelante. ¿No ves que cuando Dickens te hubiera dado la información necesaria íbamos a dejarte escapar?

—¡Puedes estar mintiendo ahora!

—¿Por qué tendría que mentir? Sin duda tienes el microfilm ahora... alcanzaste a Murray; todo lo que hay que hacer es entregarlo al CNU cuanto antes. Dámelo y corramos a lugar seguro.

El corazón de Tyne retumbaba. De modo que Allan... en un tiempo su amigo, ahora (cogido en una tierra de nadie de intrigas) su rival, no sabía de qué manera había ocultado Murray los planes de invasión. Sujetándolo por la pechera de la chaqueta, Tyne lo condujo detrás de un macizo de cactus, fuera de la vista de la base Rosk, todavía sorprendentemente silenciosa y amenazante.

—Dime qué ocurrió en el Área 101 cuando yo permanecía inconsciente —exigió—. Cuando, según lo establecido, tú tenías que morir.

—No es ningún secreto —dijo Allan—. Quedaste fuera de combate cuando te alcanzaron en el hombro. Murray y yo intentamos llevarte hasta la nave y, claro, los Rosks nos pescaron y nos desarmaron. Sólo eran tres... ¿lo sabías?, pero con sus trajes más eficientes nos cercaron. Nos dijeron que ellos y el que manejaba los focos eran miembros de la facción pacífica, la FPR, dirigida por Tawdell Co Barr, en la Luna. Pero se las arreglaron para robar los planos; había sido bastante fácil. El problema era transportarlos a la Tierra: los tres estaban bajo sospecha.

»Cuando escuchamos los hechos, Murray se ofreció voluntario para contactar con el agente de Padang. Para estar seguros de que sería así, dijeron que me retendrían como rehén. Vi cómo Murray te llevaba hasta la nave y partía.

—¿Cómo te escapaste de allí? —preguntó Tyne suspicazmente.

—No me escapé. Me dejaron ir voluntariamente después de un tiempo. Al principio, pensé que era por la razón que me habían dado, esto es, que no podían ocultarme en ninguna parte de la policía secreta de Ap II Dowl; pero no era así. Me querían soltar para poner a las fuerzas del Gobierno Mundial tras la pista de

Murray. Me dirigí hacia el cuartel general del CNU, en la Luna, en el vehículo lunar que me proporcionaron y comuniqué con Doble K Cuatro, el agente que conoces con el nombre de Stobart. Cuando te encontré en el bar de Roxy, ya había hablado conmigo y sabía lo que pasaba y lo que pasaría. Volví entonces a Padang tan pronto como me fue posible, y me reuní con Stobart y Dickens. Por entonces...

—Un momento —dijo Tyne.

Pudo oír un gimoteo cada vez más fuerte en el cielo. Había estado escuchándolo. Otros interceptores estaban tomando este camino. Allan alzó la vista con la esperanza grabada en los ojos. Tyne tenía menos de cinco minutos por delante.

—No sé de „qué estás hablando —dijo secamente a Allan—. Me dices que esos Roskianos pacifistas te dejaron marchar para que pusieras a los nuestros tras la pista de Murray, justo cuando todo dependía de que estableciera su contacto. ¿Dónde está el sentido de todo esto?

—Todo se preparó para que pareciera que todo dependía de la misión de Murray. De hecho, aquellos chicos de la FPR eran listos; querían que Murray fuera capturado con la película. Nunca pretendieron nada sino que los planos cayeran en manos de la Tierra. Si Murray ha jugado doble con ellos, tanto mejor. Claro, el agente de Tawdell en este lugar, la Ittai, no sabía eso, ella quería encontrar a Murray de buena fe.

—¿Y por qué tanta vuelta? ¿Por qué no se limitaron a enviar el microfilm por correo, una vez robado, y dirigido al CNU?

Allan rió débilmente.

—¿Y quién se lo habría creído? Ya sabes cómo está la situación política. Si el film se nos hubiera enviado directamente, probablemente habría sido considerado como otro de tantos trucos de Ap II Dowl. La FPR del Área 101 hasta había situado aquel extraño objeto que fuimos a investigar fuera de la cúpula como un cebo; y fuimos los ratones que se acercaron a olisquear el queso.

Tyne se levantó. Podía ver ahora los interceptores, tres volando bajo. En cualquier minuto, a partir de ahora, podían ver el helicóptero destrozado y bajarían.

—Está claro —dijo a Allan—. El episodio ha sido un rodeo del principio al fin y yo he tenido que dar casi todas las vueltas. Hay

una cosa que, sin embargo, no está clara.

Esperanzadamente, Allan se izó sobre un codo y preguntó qué era.

—No sé en quién confiar. Todo el mundo está jugando un doble juego muy sutil.

—Puedes confiar en Stobart, en el caso de que te niegues a confiar en mí. Sin duda estará en uno de esos tres interceptores.

—No confío en nadie, ¡ni siquiera en ese gordo seboso de Stobart!

Inclinándose, estiró de los pantalones de Allan, atándoselos en torno a los tobillos.

—¡A sudar, compadre! —exclamó—. Tus compañeros estarán aquí en un par de minutos y te pondrán los pantalones. Y no te olvides de Benda Ittai. Está inconsciente por el golpe. Mientras tanto, voy a hacerme cargo de tu aparato.

Haciendo caso omiso de los gritos de Allan, corrió sobre el lecho de lava hasta el interceptor. Los otros aviones estaban sobrevolando su posición. Mientras se instalaba en el asiento, la radio estaba llamando:

—... ¿Por qué no responde? ¿Qué ocurre ahí abajo? —Era la voz de Stobart, áspera pero identificable.

Asimilando la voz de Allan lo mejor que pudo, Tyne cogió el micrófono y dijo:

—Molesto retraso... pelea con Leslie... He conseguido hacerme con él... Bajen.

—¿Ha conseguido el microfilm? Murray Mumford informa que se encuentra en la mano falsa de Tyne.

—No lo tengo. Bajen —dijo Tyne, cortando la transmisión. Se puso en tensión y preparó los motores. Apuntando hacia el cielo, el interceptor respondió perfectamente; Tyne había volado con tales aparatos en sus días de entrenamiento.

Con regocijo, pensó en la indecisión que nublaría la mente de Stobart. Sí, Stobart sería suspicaz, pero tendría que aterrizar para enterarse de algo. Tyne deseó de pronto que los cañones de la base Rosk abrieran fuego. Lo justo para asustar al agente.

Comprobó el combustible, y vio que los tanques estaban casi llenos. Excelente; podría llegar hasta Singapur, centro del Gobierno Mundial, en un solo salto. No se desenroscaría la mano de acero

sino ante el Gobernador General del CNU, Hjanderson.

VIII

Era, y la persona más escrupulosa estaría de acuerdo, una celda hermosa, cómoda, con aseo y cuarto de baño (completado con ducha y aparatos) instalado, estaba amueblada con impecable aunque poco inspirado gusto, y provista de libros, cine cúbico y películas; había aire acondicionado, luminosidad oculta, aunque al cabo seguía siendo una celda.

La comida era excelente y Tyne había comido bien. El colchón era confortable y había dormido a gusto. La alfombra era gruesa, y Tyne caminaba sin descanso de un lado a otro de la misma.

Su mano izquierda no seguía a la muñeca izquierda.

Había sido confinado allí hacía veinticuatro horas. Llegado a Singapur poco después de las dos de la tarde anterior, había sido arrestado en seguida, interrogado largamente y confinado en aquel lugar. Sus interrogadores se habían comportado civilizadamente, manipulando su mano de acero incluso con excusas. Desde entonces, sus deseos habían sido atendidos y su paciencia se había acabado.

Un golpe sonó en la puerta. ¡Llamaban para entrar! Parecía el no va más de la ironía. Un hombre delgado, con cara de bolso viejo, vestido con traje impecable, entró e intentó sonreír a Tyne.

—¿Sería tan amable de seguirme para entrevistarse con el gobernador Purdow? —preguntó.

Tyne ocultó la cólera que le invadía y siguió, casi rozándole la espalda, al lechugino que lo condujo hasta una ancha y desnuda sala donde un uniformado octogenario se levantó de detrás de un escritorio. Era el gobernador de la prisión. Purdow, un personaje atento, con agradable sonrisa en su rostro liso como una manzana.

—¿Cuánto tiempo voy a estar encerrado aquí? —preguntó Tyne, dirigiéndose hacia el escritorio—. ¿Cuándo voy a poder ver a Hjanderson? ¿Sobre qué mierda quiere usted hablar conmigo?

—Soy el gobernador de esta institución —dijo reprobadoramente el anciano, sin dejar de sonreír.

—Menos ceremonia. Todo lo que quiero saber es si soy o no un héroe de guerra. Si lo soy, ¿es éste acaso el trato que ustedes creen me divierte?

—Usted es ciertamente un héroe, señor Leslie —dijo el gobernador—. Nadie lo niega. Por favor, siéntese, túrnese un cigarrillo y quítese lo de las guerras de la cabeza.

El gobernador Purdow dio la vuelta al escritorio. Se quedó frente a Tyne, contemplándole hasta que se sentó; entonces dijo:

—Tal vez le consuele saber que sus dos socios en este asunto, Murray Mumford y Allan Cunliffe, también están detenidos aquí. No perdemos el tiempo. Se están ordenando las versiones de los tres.

—Lo que le digo es que no hay necesidad de encerrarme con llave para hacer eso. Vine voluntariamente, ¿no?

El gobernador inclinó su grisácea cabeza.

—Cuando usted llegó, el CNU había lanzado una llamada de captura contra usted, vivo o muerto. Tuvo suerte, señor Leslie, pues nos las arreglamos para dar con usted y ponerle a salvo antes de que bandos menos considerados le atraparan. Un agente, al que creo que usted conoce como Stobart, tenía razones para temer que, después de engañarle usted ayer, se hubiera convertido en un traidor. Simplemente, tomó las precauciones habituales en él.

—No me mencione a Stobart, gobernador. Me pone fuera de mí. Dígame tan sólo para qué me quería. ¿Puedo recuperar mi mano?

El gobernador Purdow esbozó una amplia sonrisa. De cerca, no era una sonrisa muy atractiva.

—En pocas palabras —dijo—, le he convocado aquí porque quiero hacerle ver que está en el mejor lugar... que, lejos de ser olvidado, constituye usted el primer móvil de toda esta intensa actividad, que en parte, se mantiene en secreto incluso para usted mismo. También quiero decirle que el gobernador general Hjanderson se lo agradecerá personalmente tan pronto como le sea posible. Creemos, ya ve, que ha actuado usted con excelentes intenciones.

Sobresaltándose, Tyne arrojó el cigarrillo sobre la mesa y se puso en pie. Le sacaba una cabeza a Purdow, pero el otro no se movió.

—¡Políticos! —espetó—. ¡Ustedes son todos iguales! Diplomacia y sospechas... ¡pero nada más! ¡Nadie que confíe en nadie! ¿No aceptan nada que no ocurra ante sus narices?

—Usted ha tenido que correr muchos riesgos por comportarse justamente así —dijo el gobernador. Se dio la vuelta, rodeó otra vez el escritorio, para sentarse finalmente con un suspiro de cansancio. Su manicurada mano derecha hizo un gesto de contención—. En ninguna parte hay confianza, Leslie. Lo lamento tanto como usted, pero yo afronto la realidad. Ningún joven es realista. Esos planes de invasión desde el II de Alfa de Centauro... no se debe saber ni una palabra de ellos; ésa es una buena razón para que usted siga permaneciendo con nosotros. Inténtelo... por favor, intente pensar menos en usted mismo y ponga en su lugar los graves problemas que se esconden tras esos planes. Sithers, conduzca a nuestro huésped hasta su... habitación.

El hombre de cara arrugada se adelantó. Tyne se encogió de hombros, caminando hacia la puerta con indiferencia; sabía que no obtendría nada de Purdow, ni siquiera apretándole como una esponja. Ya tenía experiencia con tipos así.

Se detuvo en el umbral.

—Dígame tan sólo una cosa, un pequeño secretito de estado, gobernador —suplicó—. Todo el cuento que Allan Cunliffe me soltó acerca de que los Rosks estaban montando todo el lío para poner el microfilm en nuestras manos... ¿es verdadero o falso?

Una extraña expresión —sin duda otra sonrisa— cruzó el rostro del gobernador y desapareció.

—Cunliffe ha sido un excelente agente durante un buen número de años —dijo— y, aunque le garantizo que no hace falta comprobarlo, todo cuanto le dijo fue exacto. La FPR quería proporcionarnos los planes de la invasión. Sin embargo, hay un pequeño detalle que no es del todo exacto, porque posiblemente él no lo supiera. Los planes de invasión son probablemente falsos.

El resto del día transcurrió para Tyne con intolerable lentitud.

Reflexionó, como el gobernador le había sugerido que hiciera, sobre los graves problemas contenidos tras los planes de invasión de los Rosks. Uno de ellos tomaría por sí solo una milla. Todavía no

estaba del todo claro que la tecnología de Alfa II estuviera más desarrollada que la de la Tierra en esta última década del siglo vigésimo segundo: ni siquiera la construcción de una gigantesca nave interestelar iba, en teoría, más allá de las posibilidades de la Tierra. Pero una invasión interestelar implicaba muchas cosas. Implicaba, ciertamente, alguna forma de comunicación más-rápida-que-la-luz entre las fuerzas de Ap II Dowl y Alfa II. Implicaba, asimismo, una energía más potente que la usada para conducir hasta aquí la primera nave, pues ninguna invasión tendría sentido si se llevara a cabo en el curso de dos generaciones. Implicaba, indudablemente, una integración de los recursos planetarios enormemente superior a cualquiera soñada por la Tierra. Implicaba, por encima de todo, una sobrecogedora confianza en el éxito; ninguna invasión de tal envergadura se emprendería a no ser que se contara probadamente con una victoria segura.

El cuadro, admitió Tyne, no era sino lóbrego. El papel que había jugado apenas era el prólogo de un grueso volumen de catástrofes.

Pero¿y si el plan era falso?

¿Qué significaría eso? ¿Les había engañado la FPR, quizá, para hacerles creer que las fuerzas beligerantes querían hacer una cosa cuando realmente pretendían hacer otra? Tyne permaneció así hora tras hora en su celda tan confortable y cómoda, inventándose preguntas inútiles que responderse a sí mismo. Pero las respuestas iban más allá de él.

Si le disgustaba no conocer las respuestas, más le disgustaba conocer las preguntas.

Al tercer día de encarcelamiento, Tyne fue llamado de nuevo a presencia del gobernador. Se mostró correcto ante el anciano.

—No he tenido noticias —dijo—. ¿Cuál es la situación general? ¿Han realizado algún movimiento los Rosks?

—La situación ha cambiado radicalmente desde la última vez que nos vimos —dijo Purdow, contrayendo el rostro en múltiples gestos mientras sonreía—. Y puedo decir, señor Leslie, que me alegro de que no haya entrado aquí lamentándose de su encierro. ¿Lo ha estado meditando?

Tyne suspiró.

—No soy realmente un hombre de acción, gobernador, pero eso no quiere decir que tenga que quedarme a poner huevos aquí. ¿Para qué me ha llamado esta vez?

—Acepte un cigarrillo de mezcal, joven. El gobernador general del CNU, señor Hjanderson, está aquí para verle; y yo debería advertirle que modere su lengua para la mejor marcha de la entrevista. Ahora, por favor, discúlpeme un minuto.

Desapareció por una puerta trasera con cansado andar de viejo. Para matar el tiempo, Tyne observó al asistente que le había conducido hasta allí; el asistente se llevó la mano a la boca y tosió.

Nada más entrar Hjanderson, Tyne le identificó al instante; aseado, de unos cincuenta años, con aspecto de mulato gordito, oliendo agradablemente en virtud de su aromático jabón de afeitar. Estrechó rápidamente la mano de Tyne y se sentó frente a él, con las manos sobre las rodillas.

—Prometí venir y verle a usted —dijo— y he cumplido mi promesa. Lamento haberme demorado tanto en cumplirla. Éstos han sido días de crisis. Crisis muy grave.

—Me complacería creer que he sido de alguna utilidad. Quizás pueda recuperar mi mano ahora, señor.

—¿Utilidad? Sí, Leslie, pienso que usted jugó su papel tal como lo entendió. Ya sabe, nunca estuvo usted en el tablero sino parcialmente. Hemos recibido una gran ayuda por parte de la chica Roskiana, Benda Ittai, a quien usted, dándola por muerta, dejó junto al helicóptero destrozado.

Con un esfuerzo, Tyne contuvo un impulso que habría echado a perder su representación; su empleo en el CNU le había acostumbrado a tales gambitos.

—Aparte del hecho de que no di por muerta a la chica cuando la dejé, ¿cómo está ella? ¿Dónde se encuentra? —preguntó.

—Radiante. Está aquí —dijo Purdow, poniéndose en pie. Con sus delgadas y venosas manos tocó (por alguna oculta razón que sólo él sabría) el brazo del abrigo de piel que Benda vestía, mientras la conducía por la puerta trasera y la introducía en la sala.

—¡Benda! —exclamó Tyne. Olvidando al gobernador general del CNU, corrió hasta ella y la tomó por las manos. Caliente; 105.1, extraña; pero hermosa y sonriendo maravillosamente. No iba a permitir que se marchara tan fácilmente.

—No te he visto desde que intentaste disparar contra mí —dijo afablemente.

—La situación ha cambiado —dijo ella, sonriendo todavía. El atormentado aspecto que ella mostrara cuando le abandonó en la isla desierta había desaparecido ahora.

—Puesto que su aparición ha hecho perder el interés por la situación política —dijo secamente Hjanderson, poniéndose en pie —, sólo me queda decir que es usted ahora un hombre libre, señor Leslie. Sin embargo, debo mencionarle que posiblemente obtenga usted alguna clase de condecoración; la EDCE, probablemente.

—La llevaré siempre encima —prometió Tyne—, pero antes de que se vaya, por favor, dígame qué hay sobre la invasión... qué ha ocurrido, qué ha pasado con eso.

—La señorita Ittai puede contarle los detalles —dijo Hjanderson sonriendo y alargando una fina mano—. Ahora tendrá que perdonarme; tengo que asistir a una conferencia. Naturalmente, me siento satisfecho de haber podido verle. Le deseo muy buena suerte en el futuro.

—Claro —murmuró Tyne vagamente. Se volvió a Benda antes de que Purdoe condujera al exterior al gobernador general—. Preferiría preguntarte esas cosas sentados a la mesa de algún restaurante, pero ¿qué ha pasado que yo no sepa?

—Quizá lo de la mesa venga más tarde —dijo ella—. A partir de ahora, tanto si quiero como si no, tengo que estar en tu lado de la valla. No puedo volver con mi gente. He ahí por qué he contado la verdad al gobernador general como yo descubrí que era.

»Los planes para la invasión, como creo que habrás oído decir, son falsos. Y no sólo esto. La FPR también era una organización espúrea. No me malinterpretes: muchos de sus miembros deseaban realmente la paz entre el Hombre y el Rosk como yo misma deseaba y aún deseo. Pero Tawdell Co Barr es, y puede haberlo sido siempre, un tigre de Ap II Dowl. No dudo que nos hubieran aniquilado a todos una vez conseguidos sus propósitos.

—Budo Budda quiso matarte después —dijo Tyne.

—Oh, calla; me temo que yo era la víctima expiatoria. Ni siquiera Budo Budda sabría que la FPR era un falso frente... de otro modo no habría perseguido a Murray. Sin duda, sólo debían saberlo Ap II y Tawdell Co Barr.

—¿Y cómo lo descubriste?

Ella se encogió de hombros, el rostro contraído como si recordara algún horrible momento de revelación.

—Durante algún tiempo, pequeños sucesos en la Base me habían hecho sospechar, pero no supe lo que realmente estaba pasando hasta que nos estrellamos junto a la Base sumatrina. Entonces ni siquiera abrieron fuego contra nosotros ni enviaron gente en nuestra captura. Aquel silencio sólo podía significar una cosa: los planes se habían fabricado sólo para que los viera el CNU. Eran falsos, y su único objetivo era el de asustar a la Tierra.

—Desde luego lo hicieron bien —asintió Tyne—. Esto explica por qué la bobina de microfilm estaba en la Luna. Obviamente la dejaron allí para llamar la atención.

A Benda Ittai se le humedecieron los ojos, como si la traición de sus camaradas la conmocionara profundamente. Volviéndose hacia Purdow, que permanecía solícito allí cerca, preguntó Tyne:

—¿Qué se proponía Ap II Dowl con todo esto?

Con un gesto apenas perceptible, Purdow condujo a Tyne al otro lado de la sala.

—Todo esto es muy triste para la muchacha —dijo en tono oficial—. Ya ve que la amenaza de invasión era el último farol de Dowl. Cuando le hubiéramos expuesto en el Consejo nuestro conocimiento del plan, probablemente habría dicho que llamaría una flota de ataque si no le dábamos toda Sumatra, o quizá África también, o la mitad del planeta, o cualquier cosa que su mente megalómana concibiera. Fue un engaño del principio al final, Leslie. Obró usted mal, si me permite decírselo, al meterse en esto.

—Hemos estado arriesgando el pellejo todos —dijo Tyne— para apoyar exclusivamente los propósitos de Dowl. Pero ¿cómo están tan *seguros* de que fue un farol?

Por respuesta, el gobernador sacó un papel de su bolsillo y lo desplegó. Tyne reconoció el escrito como un síntoma de que había venido a través de secretos conductos gubernamentales.

—Esto llegó justo antes de que le llamara a usted —dijo Purdow—. Por favor, léalo. Lo encontrará aclarador.

El mensaje decía: «Circulación: Niveles GobA-C sólo y Lista 566 como especificación. Comienzo de texto: Observatorio Holy, Luna, confirma Alfa Centauro próxima nova. Aumento magnitud aparente

Menos Uno espérase para fin de año. Este aumento de temperatura será suficiente para eliminar la vida de sus planetas. Círculos autorizados confirman que los primeros signos del efecto de nova habrían sido observados localmente tres generaciones atrás en manchas solares y fenómenos inscritos. Nave Rosk puede considerarse como bote salvavidas; no hay duda de que otros botes salvavidas partieron hacia sistemas cercanos. Por ahora, oportunidades de invasión altamente improbables, repetición altamente improbables. Curso de acción sugerido: lectura cumbre de texto de esta acción, con aviso a Ap II Dowl de que calme sus ánimos y se marche. Fin del texto. 10/10/2193 Luna-Singa-Rayos Y».

Tyne apartó sus ojos del escrito, lentamente, con la mirada perdida. Una frase le rondaba la cabeza, frase de algún personaje histórico cuyo nombre no recordaba: «Aún las empresas de gran vigor y momento. Con tales consideraciones yerran su curso. Y pierden el nombre de acción». ¿Era de Shakespeare? Se sintió confuso; desde el punto de vista diplomático, naturalmente, era un triunfo. Los Rosks habían sido desvelados en toda su debilidad, quedando así a merced de las decisiones de, la Tierra. Sin embargo, en la cabeza de Tyne, el espectáculo de los océanos evaporándose, los niños achicharrándose lentamente, los planetas convirtiéndose gradualmente en cenizas, le parecía poco menos que un final feliz.

—Debo decirle que lo he descrito a usted —dijo el gobernador Purdow, mirando fríamente a Tyne— más bien como un joven difícil e impertinente. ¡Qué típico de su generación es el no reaccionar ante noticias tan grandes!

—¡Por Dios! —exclamó Tyne—. Estaba pensando...

—Perdóneme si le interrumpo; no dudo de que está usted pensando en su gloria personal; su rostro lo expresa como un libro abierto. Cuando el gobernador general Hjanderson le puso en libertad, esperaba que usted se marcharía al momento. Por favor, ¿lo hará ahora? Y algo más: llévase a la señorita Ittai. Comprendo que ejerce sobre usted alguna especie de encanto; para mí, siempre quedará como la última prueba del descarrío Roskiano.

Tyne miró duramente al anciano, tan pulcro, tan sonriente. Con inesperado autocontrol, contuvo su ira. Quiso decir que tan imposible sería entender a un Rosk como a un hombre, pero las palabras no afloraron a sus labios. No hubo palabras; se dio cuenta

de que podía comprender a Purdow, pero no más de lo que él comprendía a Tyne.

Frustrado, se volvió a Benda Ittai. Aquí, al menos, había alguien a quien valía la pena comprender.

Como si tuviera que emplear una vida en ello.

—Vayámonos y busquemos esa mesa de restaurante que antes mencioné —dijo, cogiéndola por el brazo.

Ella le sonrió. Una sonrisa muy comprensible.

ARTHUR C. CLARKE

Descubrir un relato de Arthur C. Clarke, que anteriormente no haya aparecido en antologías ni editado en cualquier otro volumen de obras del autor es casi como buscar una aguja en un pajar. Pues Mr. Clarke nunca ha sido un escritor prolífico, de manera que cada nuevo relato que produce, encuentra lugar rápidamente en cualquier volumen. El secreto que hay tras este relato que aquí se publica por vez primera dentro de un volumen, es que fue publicado en una pequeña revista de ciencia ficción de mal agüero, llamada *Fantasy*, bajo el pseudónimo de Charles Willis. Como su contrapartida del otro lado del Atlántico, Isaac Asimov, Clarke tiene un profundo interés y no menos conocimientos respecto de la ciencia y algunos de sus relatos primerizos de antes de la Segunda Guerra Mundial, manejaron ya tópicos científicos, tales como las luchas espaciales y los planetas. En los últimos años, sin embargo, a causa del horizonte abierto en sus trabajos, ha encontrado revistas tan dispares como *Playboy*, *Vogue* y *Reader's Digest*, que muestran más que profundo celo en publicarlos. En muchos aspectos ha desempeñado un papel mayor en conceder autoridad y dignidad a un género demasiado a menudo rechazado como mero aportador de «cohetes y monstruos de ojos saltones».

NÁUFRAGO

Castaway

La tormenta todavía permanecía en auge. Hacía tiempo que él había cesado de forcejear contra ella, aunque las corrientes de gas ascendente lo hubieran transportado hasta las regiones amargamente frías situadas a diez mil millas por encima de su nivel normal. A duras penas se daba cuenta de su error: nunca debería haber entrado en el área de alteraciones, pero todo se había desarrollado tan precipitadamente que no hubo la menor oportunidad de fuga. El viento de-millones-de-millas-por-hora se había apoderado de él mientras aquél ascendía de lo profundo y estaba lanzándolo hacia lo alto en el gran tornado formado en la fotosfera: un túnel ya lo bastante ancho como para inundar un centenar de mundos.

Hacía mucho frío. A su alrededor, el vapor de carbono se estaba condensando en nubes de polvo incandescente, girando salvajemente a embates de los feroces vientos. Era algo que nunca había visto con anterioridad, aunque las partículas de corta vida y sólida materia no comunicaban sensación alguna mientras resbalaban por su cuerpo. Ahora no eran más que burbujeantes corrientes allá abajo, que provocaban esplendorosas ondulaciones con su furioso movimiento.

Ahora se encontraba a una altura verdaderamente considerable, y su velocidad no manifestaba síntomas de decrecer. El horizonte estaba casi a cincuenta mil millas más allá y el conjunto de la gran mancha yacía abajo bien visible. Aunque no poseía ojos ni órganos de visión, los modelos de radiación que pasaban a través de su cuerpo construían un vivo retrato de la espantosa escena de abajo. Como una gran herida a través de la cual la vida del Sol estuviera desangrándose hacia el espacio, el vértice se situaba ahora a miles de millas de profundidad. Desde una orilla, una larga lengua de llamas estaba intentando formar un puente ya medio completado, desafiando los chorros de viento verticales que con ella se cruzaban. En pocas horas, si sobrevivía, uniría ambos bordes del abismo y dividiría la mancha en dos. Los fragmentos serían arrojados, los fuegos de la fotosfera los inundarían y pronto el gran globo despejaría su mancha de nuevo.

El Sol estaba todavía retrocediendo y, gradualmente, en su tardía y diminuta conciencia brotó la idea de que jamás regresaría. La erupción que lo había lanzado al espacio no le había

proporcionado velocidad suficiente para escapar para siempre, pero una segunda fuerza gigantesca estaba comenzando a ejercer sus poderes. Durante toda su vida había permanecido sujeto al fiero bombardeo de la radiación solar, que caía sobre él desde todas direcciones. Pero no iba a durar mucho. El Sol estaba ahora muy abajo, y la fuerza de la radiación estaba internándolo en el espacio como un viento de envergadura. La inmensa nube de iones que era su cuerpo, más tenue que el aire, estaba precipitándose en las tinieblas de lo exterior.

Ahora, el Sol era un globo de fuego que quedaba muy atrás, y la gran mancha apenas algo más que una oscura mota ubicada en el centro del disco. Al frente estaban las tinieblas, ciertamente poco consoladoras, pues sus sentidos estaban muy lejos de poder detectar el débil titileo de las estrellas o el pálido reflejo de los planetas en órbita. La única fuente de luz que podía detectar irradiaba de sí mismo. En un desesperado esfuerzo por conservar su energía, condujo su cuerpo junto a una nube esférica. Ahora era casi tan denso como el aire, aunque la repulsión electrostática entre sus billones de iones constituyentes era demasiado grande para una mayor concentración. Cuando al cabo se debilitara su fortaleza, se dispersarían en el espacio y no quedaría la menor traza de su existencia.

Nunca experimentó el empuje gravitacional que se abría ante sí y permanecía inconsciente de su velocidad cambiante. Pero, ahora, su conciencia se percató de que se aproximaba a un campo magnético que agitaba la vida indolente. Adelantó sus sentidos, sumergiéndolos en las tinieblas, pero para una criatura cuyo hogar estaba enclavado en la fotosfera del Sol cualquier luz procedente de cualesquiera otros cuerpos era billones de veces más débil de lo necesario para ser adivinada, y la permanencia en el campo de fuerza a través del cual era deslizado se convirtió en un enigma más allá de la comprensión de su alma rudimentaria.

Las tenues franjas exteriores de la atmósfera amortiguaron su velocidad y cayó suavemente hacia el planeta invisible. Por dos veces experimentó una extraña y desgarrante sacudida mientras atravesaba la ionosfera; luego, a velocidad no mayor que un copo de nieve que desciende, se internó en el gas denso y frío del aire más bajo. El descenso duró muchas horas y su fuerza estaba

declinando cuando por fin fue a reposar sobre una superficie mucho más dura de lo que jamás hubiera imaginado.

Las aguas del Atlántico eran bañadas por la brillante luz del Sol, pero las tinieblas eran para él absolutas salvo por el lejano resplandor del infinitamente distante Sol. Yació durante evos, incapaz de cualquier movimiento, mientras las llamas de la conciencia se consumían en su interior y los últimos restos de su energía se desintegraban en medio de frío tan inconcebible.

Pasó mucho tiempo antes de que notara la nueva y extraña radiación que se abría paso a través de las tinieblas: radiación de especie jamás experimentada antes: Perezosamente, condujo su mente hacia allí, considerando qué podía ser y de dónde procedía. Estaba más cerca de lo que él había creído, pues su movimiento era perfectamente visible y ahora ascendía hacia los cielos, aproximándose al Sol mismo. Pero no se trataba de un segundo sol, pues la extraña luminosidad era cerúlea y mortecina, y sólo por una fracción de ciclo su brillo caía sobre él de lleno.

El enigmático resplandor se aproximó más y más; y mientras el ritmo de su brillo crecía, advirtió una extraña y desgarrante resonancia que pareció alterar su ser entero. Ahora caía sobre él como un mayal, desgarrando su vitalidad y provocando la pérdida de su último asidero a la vida. Había perdido todo control sobre las regiones exteriores de su comprimido pero todavía enorme cuerpo.

El final vino rápidamente. La intolerable radiación estaba ahora directamente sobre él, no ya pulsando sino derritiéndose sobre él en un continuo diluvio. Luego ya no hubo dolor ni preguntas, ni siquiera la añoranza del gran mundo dorado que había perdido para siempre...

En el panorama perfilado bajo el gran aparato volador, el largo lápiz del rayo de radar recorría el Atlántico hasta el límite del horizonte. Rodando en sincronía sobre el Indicador de Posición en el Plano, la delgada línea del tiempo base trazaba una reproducción de cuanto yacía abajo. Por el momento, la pantalla estaba vacía, pues la costa de Irlanda tenía más de trescientas millas. Aparte de alguna ocasional y brillante mancha azul —la más grande superficie de buque llegaba a ser de cincuenta mil pies— nada sería visible

hasta que en un tiempo de tres horas la costa oriental de América comenzara a penetrar en el plano.

El navegante, comprobando su posición continuamente por la red de radios del Atlántico Norte, raramente tenía necesidad del radar por esta parte. Pero para los pasajeros, el gran indicador sobre el puente de operaciones era una fuente de constante interés, especialmente cuando el tiempo era malo y nada había que ser visto debajo sino las ondulantes colinas y valles del cielo poblado de nubes. Había todavía algo mágico, incluso en ésta era, en torno al radar. No importaba cuán a menudo lo hubiera visto uno antes: era fascinante contemplar el diseño que de las costas se formaba sobre la pantalla, registrar los puertos y naves y, como ahora, las colinas, ríos y lagos de la tierra que abajo se abría.

Para Edward Lindsey, de regreso de una semana en Europa, el Indicador de Posición en el Plano poseía un doble interés. Quince años atrás, como observador de radio de un Comando Costero en la Guerra de Liberación, había pasado largas y aburridas horas sobre aquellas mismas aguas, contemplando lo que entonces era una forma de pantalla primitiva, de cinco pies. Sonrió mientras su mente retrocedía a aquellos días pasados. Lo que habría pensado entonces, pensó, si se hubiera visto como ahora era: un próspero contable, viajando confortablemente a diez millas sobre el Atlántico casi a la velocidad del sonido. Pensó también en el resto de sus compañeros y se preguntó qué habría sido de ellos durante los años de intervención.

Al límite de la observación, justo cruzando el círculo radial de trescientas millas, un brote de luz comenzaba a internarse en el gráfico de la pantalla. Aquello era extraño: no había tierra allí, pues las Azores estaban mucho más al sur. Aparte, esto parecía demasiado mal definido para ser una isla. Lo único que podía ser era una nube tormentosa cargada de lluvia.

Lindsey se acercó a la ventana más próxima y echó una ojeada al exterior. El tiempo era extraordinariamente apacible. Abajo de todo, las aguas del Atlántico alzaban sus olas en dirección al este, hacia Europa; incluso el horizonte del cielo era azul y ausente de nubes.

Volvió al I.P.P. El eco era ciertamente muy curioso, aproximadamente oval y, hasta donde podía juzgar, de unas diez

millas de longitud, aunque estaba demasiado lejos para aventurar medidas con precisión. Lindsey hizo algunos rápidos cálculos mentales. En veinticinco minutos estaría bajo ellos, pues estaba claramente en bisectriz con la línea que representaba la trayectoria de la nave espacial. ¿Trayectoria? ¿Derrota? Señor, ¡cuán rápidamente se olvida uno de esas cosas! Pero no importaba que el viento pudiera lograr alguna pequeña diferencia en la velocidad a la que viajaban. Volvería y echaría una nueva ojeada a menos que los del bar le retuvieran.

Veinte minutos más tarde se encontraba incluso más intrigado. El notable óvalo de luz azul que brillaba sobre la cara oscura de la pantalla estaba ahora sólo a cincuenta millas. Si ciertamente era una nube, era la más extraña que nunca hubiera visto. Pero la escala del gráfico era aún demasiado pequeña para aclararle detalles.

Los controles del indicador estaban cerrados con llave de seguridad bajo el rótulo que indicaba: se ruega a los PASAJEROS NO DEPOSITEN VASOS VACÍOS SOBRE EL INDICADOR. Sin embargo, un control había sido dejado al servicio del personal. Un dial de tres posiciones masivas —material garantizadamente irrompible— era capaz de seleccionar para cualquiera los tres diferentes radios de extensión: trescientas, cincuenta y diez millas. Normalmente se usaba el radio de trescientas millas, pero el de cincuenta podía permitir una mayor cantidad de detalles y era excelente para observar el paisaje de tierra. El de diez millas era muy poco usado y nadie sabía por qué estaba allí.

Lindsey giró el dial a 50 y el gráfico pareció explotar. El eco misterioso, que se había estado aproximando al centro de la pantalla, yacía ahora en su costado una vez más, agrandado seis veces. Lindsey esperó a que los restos del antiguo gráfico se desvanecieran; luego se inclinó y examinó minuciosamente el nuevo.

El eco casi llenaba el tramo entre los círculos que indicaban las cuarenta y cincuenta millas, y ahora pudo ver claramente su extrañeza casi sin aliento. De su centro irradiaba una curiosa red de filamentos, mientras en su centro resplandecía una brillante área

quizá de dos millas de longitud. Podía ser sólo fantasía... aunque podía jurar que la mancha central emitía pulsaciones muy lentamente.

Casi incapaz de creer lo que sus ojos veían, Lindsey miraba fijamente la pantalla. La contemplaba con hipnótica fascinación hasta que el nebuloso óvalo estuvo a menos de cuarenta millas; entonces corrió al teléfono más cercano y llamó a uno de los oficiales de radio de la nave. Mientras aguardaba, prosiguió la observación echando una ojeada al océano que se abría a sus pies. Podía ver al menos hasta cien millas... pero nada había allí sino el Atlántico azul y el cielo abierto.

Había un largo tramo desde la sala de control hasta el puente de operaciones y cuando el subteniente Armstrong llegó, ocultando su disgusto bajo una máscara de cortés aunque no obsequioso servicio, el objeto estaba a menos de veinte millas. Lindsey señaló el aparato.

—¡Mire! —dijo simplemente.

El subteniente Armstrong miró. Por un momento reinó el silencio. Luego hubo una curiosa y medio contenida exclamación y él saltó hacia atrás como si hubiera sido empujado. Se inclinó nuevamente hacia delante y pasó su manga por la pantalla como si intentara apartar algo que no debiera estar allí. Irguiéndose al instante, sonrió tontamente a Lindsey. Luego se acercó a la ventana de observación.

—No hay nada —dijo Lindsey—. Ya he mirado yo.

Después de la conmoción inicial, Armstrong se movió con eficiente velocidad. Volvió a la pantalla, abrió los controles con su llave maestra e hizo una serie de rápidos ajustes. Al instante, el tiempo base comenzó a girar a velocidad creciente, proporcionando una visibilidad mucho mayor que hasta entonces.

Ahora estaba todo mucho más claro. El núcleo brillante *estaba* palpitando y claros destellos de luz eran despedidos lentamente a lo largo de los radiantes filamentos. Mientras contemplaba, fascinado, Lindsey recordó repentinamente una ojeada que había echado en otro tiempo sobre una ameba en un microscopio. Al parecer, el subteniente había tenido el mismo pensamiento.

—¡Pa... parece vivo! —susurró incrédulamente.

—Sí —dijo Lindsey—. ¿Qué opina que puede ser?

El otro dudó durante un rato.

—Recuerdo haber leído en cierta ocasión que Appleton o algún otro habían detectado fragmentos de ionización descendiendo en la atmósfera. Es lo único que eso puede ser.

—¡Pero su estructura! ¿Cómo explica eso?

El otro se encogió de hombros.

—No puedo —dijo.

Estaba verticalmente bajo ellos ahora, desapareciendo en la ciega área del centro de la pantalla. Mientras esperaban que emergiera de nuevo, volvieron a mirar al océano. Era siniestro: nada podía verse. Pero el radar no podía mentir. Algo *debía* haber allí.

Se desvanecía rápidamente cuando volvió a aparecer un minuto después, para extinguirse como si el pleno poder del radar hubiera destruido su cohesión. Pues los filamentos se estaban seccionando, e incluso mientras observaban el óvalo de diez millas comenzó a desintegrarse. Hubo algo espantoso en ver aquello, y por alguna incomprensible razón Lindsey experimentó un brote de piedad, como si fuera testigo de la muerte de alguna bestia gigantesca. Sacudió la cabeza irritado, pero no pudo apartar el pensamiento de su cabeza.

Veinte millas más allá, los últimos restos de ionización fueron dispersados por el viento. Pronto, tanto el ojo como el radar vieron igualmente las ininterrumpidas aguas del Atlántico batiendo sin fin hacia el este como si ninguna fuerza pudiera molestarlas.

Y a través de la pantalla del gran indicador, dos hombres se miraban sin palabras, cada cual temeroso de lo que pudiera haber en la mente del otro.

Notas

[1] Los ojos venusinos pueden distinguir entre matices cuya longitud de onda difiere apenas cinco angstroms. Ven miles de colores a los que los terrícolas permanecen ciegos. < <

[2] Los ojos venusinos pueden distinguir entre matices cuya longitud de onda difiere apenas cinco angstroms. Ven miles de colores a los que los terrícolas permanecen ciegos. < <

[3] En francés en el original: «cartón piedra». (N. del T.) < <

[4] Estremecimiento. En francés en el original. (N. del T.) < <